



**FONDO
EDITORIAL
COMUNICACIONAL**

MATER PILLUS LARGUS

Calixto S. Rojas Gómez



MATER PILLUS LARGUS

Autor:
Calixto S. Rojas Gómez



Colegio Médico del Perú

COMITÉ EJECUTIVO NACIONAL **Período 2022-2024**

Decano	: Dr. José Raúl Urquiza Aréstegui
Vicedecano	: Dr. Alfredo Alonso Celis López
Secretaria del Interior	: Dra. Wilda Cecilia Silva Rojas
Secretario del Exterior	: Dr. Víctor Leonel Llacsá Saravia
Tesorero	: Dr. Wilder Alberto Díaz Correa
Vocales	: Dr. Herminio Renán Hernández Díaz Dra. Amelia Cerrate Ángeles Dr. César Augusto Portella Díaz Dr. Leslie Marcial Soto Arquíñigo
Accesitarias	: Dra. Celia Betzabet Moisés Alfaro Dra. Milagros Dalila Sánchez Torrejón

CONSEJOS REGIONALES DEL COLEGIO MÉDICO DEL PERÚ

Dra. Elena Victoria Rios De Edwards	CONSEJO REGIONAL I LA LIBERTAD
Dr. Miguel Ángel Pinedo Saboya	CONSEJO REGIONAL II IQUITOS
Dr. Ildauro Aquirre Sosa	CONSEJO REGIONAL III LIMA
Dra. Armida Concepcion Rojas Dávila De Izaguirre	CONSEJO REGIONAL IV HUANCAYO
Dr. Antony Gustavo Tohalino Meza	CONSEJO REGIONAL V AREQUIPA
Dra. Eliana Janette Ojeda Lazo	CONSEJO REGIONAL VI CUSCO
Dr. Christian Yuri Requena Palacios	CONSEJO REGIONAL VII PIURA
Dr. Ronald Jimy Agüero Acuña	CONSEJO REGIONAL VIII CHICLAYO
Dr. Luis Felipe Muñante Aparcana	CONSEJO REGIONAL IX ICA
Dr. Andrei Alekseevich Kochubei Hurtado	CONSEJO REGIONAL X HUÁNUCO
Dr. Alberto Fernando Del Valle Espejo	CONSEJO REGIONAL XI HUARAZ
Dr. Jorge Eliseo López Claros	CONSEJO REGIONAL XII TACNA
Dr. Carlos Abelardo Morales Hernández	CONSEJO REGIONAL XIII PUCALLPA
Dr. Carlos Alberto Neira Ortega	CONSEJO REGIONAL XIV PUNO
Dr. Efraín Salazar Tito	CONSEJO REGIONAL XV SAN MARTÍN
Dr. Waldo Franz López Gutiérrez	CONSEJO REGIONAL XVI AYACUCHO
Dra. Patricia Isabel Ocampo Quito	CONSEJO REGIONAL XVII CAJAMARCA
Dr. Luis Alberto Ortiz Pilco	CONSEJO REGIONAL XVIII CALLAO
Dr. Carlos Humberto Quiroz Urquiza	CONSEJO REGIONAL XIX CHIMBOTE
Dr. Manuel Alejandro Pomazongo Goyas	CONSEJO REGIONAL XX PASCO
Dr. Giancarlo Urquiza Pereira	CONSEJO REGIONAL XXI MOQUEGUA
Dr. José Luis Osorio Ticona	CONSEJO REGIONAL XXII APURÍMAC
Dra. Lourdes Lilitana Feijoo Oyola	CONSEJO REGIONAL XXIII TUMBES
Dr. Lino Elmer Rodríguez Julcamanyan	CONSEJO REGIONAL XXIV HUANCAMELICA
Dr. Jorge Arturo La Torre y Jiménez	CONSEJO REGIONAL XXV AMAZONAS
Dr. Elard Arturo Castor Cáceres	CONSEJO REGIONAL XXVI MADRE DE DIOS
Dr. Juan Carlos Nicho Viru	CONSEJO REGIONAL XXVII LIMA PROVINCIAS

MATER PILLUS LARGUS

Autor

Calixto S. Rojas Gómez

Editado por:

© Colegio Médico del Perú

Fondo Editorial Comunicacional

Malecón Armendáriz 791, Miraflores, Lima 18, Perú.

Teléfono: 213 1400 Anexo: 2601

www.cmp.org.pe

Revisión técnica

XXXXXX

Revisión de estilo

XXXXXX

ISBN: XXXXXX

Hecho el Depósito Legal en el Biblioteca Nacional N° 2022-XXXXX

Diseño y Diagramación

Impresión Arte Perú SAC

Impresión

Impresión Arte Perú SAC

Jr. General Orbegoso 249 - Breña

999698361 - 998738077

contacto@impresionarteperu.com

Primera edición, Lima, Perú, febrero de 2023

Tiraje: XXXX ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores

FONDO EDITORIAL COMUNICACIONAL - FEC

Dr. OSCAR PAMO REYNA

Director del FEC
Médico Internista Hospital Nacional Arzobispo Loayza
Miembro del FEC
Universidad Peruana Cayetano Heredia
Académico de número, Academia Nacional de Medicina

Dr. JORGE GONZÁLEZ MENDOZA

Médico infectólogo
Secretario del FEC
Moderador, Programa para la Monitorización de Enfermedades Emergentes
(ProMED). International Society of Infectious Diseases

Dr. CIRO MAGUIÑA VARGAS

Médico Infectólogo Tropicalista Dermatólogo
Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, Perú
Académico de número - Academia Nacional de Medicina

Dr. RICARDO IVÁN ÁLVAREZ CARRASCO

Instituto Nacional Materno Perinatal
Asociación Médica Peruana de Patología Clínica
Academia Panamericana de Historia de la Medicina
Asociación de Historia de la Medicina Peruana

Dr. ALBERTO EMILIO ZOLEZZI FRANCIS

Director Comité Editorial y miembro del FEC
Médico Gastroenterólogo
Hospital Nacional María Auxiliadora
Universidad Ricardo Palma

Dr. HORACIO VARGAS MURGA

Médico Psiquiatra
Docente Principal de la UPCH
Médico Asistente
Instituto Nacional de Salud Mental
“Honorio Delgado - Hideyo Noguchi”

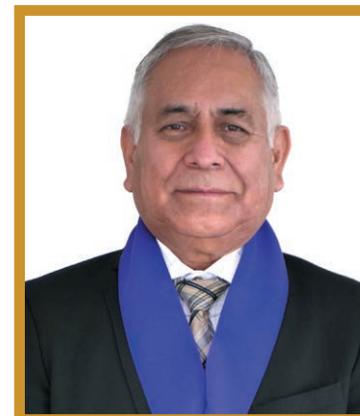
Presentación del CMP

El Comité Directivo del Fondo Editorial Comunicacional (FEC) ha decidido auspiciar y financiar la primera edición de esta novela, MATER PILLUS LARGUS, del autor: Calixto S. Rojas Gómez, obra que no solo cumple con los requisitos de calidad, pertinencia, oportunidad, equidad y respeto que consagran nuestro reglamento, sino que aborda un tema de interés en el quehacer médico diario, vivencias y otros aspectos de la salud.

Esta edición de la novela MATER PILLUS LARGUS, tiene XX páginas.

El decano y el director general del FEC/CMP felicitan al autor por la claridad y calidad del contenido del tema presentado. Con esta nueva publicación, el CMP cumple con el deber histórico de colaborar con la difusión del conocimiento, en la era que estamos viviendo, difusión que es fundamental para el desarrollo del individuo y de la sociedad.

Miraflores, febrero de 2023



Dr. Raúl Urquiza Aréstegui
Decano Nacional del CMP
2022-2024



Dr. Oscar Pamo
Director del Fondo Editorial
Comunicacional CMP

CONTENIDO

Prólogo	7
Capítulo 1	9
Capítulo 2	13
Capítulo 3	17
Capítulo 4	23
Capítulo 5	27
Capítulo 6	35
Capítulo 7	43
Capítulo 8	55
Capítulo 9	71
Capítulo 10	89

PRÓLOGO

El autor, de profesión médico, especializado en pediatría neonatal, ha recurrido a sus conocimientos de anatomía, fisiología, biología, antropología y paleontología, para elaborar un relato de ciencia ficción, aportando datos obtenidos del texto EL ORIGEN DEL HOMBRE, del autor ruso M.F. Niesturj y de los antropólogos, L. Leakey, Bernard Campbell, J. Pfeiffer, J. Napier y Charles Darwin, entre otros.

Esta novela relata el largo camino que una sufrida hembra, antecesora del género humano, sobrevivió a los primitivos peligros de vivir en un medio desfavorable, pero gracias a una luz o a un estímulo indeterminado, se enfrentó con éxito a los percances que le tocó vivir y día a día, en un planeta aún en transformación, en medio de torrenciales lluvias, prolongadas sequías, lujuriosas selvas, áridos desiertos, escasez y abundancia, logró mantenerse con vida y legar a su descendencia eso que denominamos “espíritu de lucha” y que le ha permitido al hombre, llegar hasta donde está ahora.

LA GRAN CAUSA, es el término sugerido en 1794 por Erasmo Darwin, abuelo de Charles, para designar a la fuerza misteriosa que lentamente encausó y dirige, el desarrollo del género humano, moldeando con paciencia al nuevo ser, que con el transcurso de cientos de miles de años, dominaría al planeta.

¿Cuánto tiempo demoró este proceso?

Unos dicen un millón de años, otros dos y algunos dicen que tres millones. Como fuere, los primitivos seres no se detuvieron en su progreso y generación tras generación, fueron acumulando pequeñas experiencias, transmitiéndolas a su descendencia, para lograr una mejor especie.

¿Por qué fue una hembra y no un macho, el eje del desarrollo primitivo?

Porque la hembra posee el instinto maternal, por el cual está unida a su cría, desde la lactancia hasta los primeros años, que puede ser 10 o 15, durante los cuales crea una ligadura familiar,

necesaria para el desarrollo social. Lo que no sucede con el macho, que se dedicaba a la caza y a pelear con sus congéneres y muchas veces moría muy joven.

Esta historia se ubica entre uno o dos millones de años antes de nuestra era. El antecesor del hombre aún no había llegado a la plenitud de su desarrollo, pero dentro de su ser, sentía que era diferente al resto de la fauna que le rodeaba.

Un estímulo de refulgente luz lo había separado de la animalidad. Ya no era una bestia cualquiera. Era un ser distinto, con instintos especiales y con un potencial genético, que lo llevaría a conquistar el planeta. La heroína de esta historia pasa por muchas experiencias desfavorables, soporta climas extremos, mueren sus crías, pasa por días sin comer y el constante acecho de sus depredadores, tales como otros hominos y el temible tigre dientes de sable.

De todas estas experiencias sobrevive y al hacerlo transmite a su descendencia todo lo que ha acumulado, que les sirve para afrontar el futuro y sean cada vez más hábiles y preparados para sobrevivir en el difícil mundo que les tocó vivir.

Por momentos cruel y por otros tremendamente enternecedora, esta historia hará pensar al lector, en el largo camino que ha recorrido el hombre en su desarrollo.

Es un relato de ficción basado en suposiciones que podrían haber sucedido. Probablemente investigaciones futuras determinarán la veracidad de este relato o quizás su falsedad, sin embargo, un apoyo a la veracidad de *Mater pillus largus*, es lo que sucedió con el hombre de Neandertal, que se ha comprobado que no es el antecesor del hombre moderno, sus características físicas determinadas por los hallazgos óseos lo alejan de tal posibilidad. No sobrevivió, posiblemente aniquilado por los Cromagnon. Eran hominos macrocéfalos, de talla corta, tórax ancho, con esbozo de mandíbula y la frente con un arco superciliar grueso, en general de aspecto muy grotesco. En cambio, el hombre de Cromagnon, que vivió aproximadamente por la misma época, sí es el antecesor del hombre moderno y estuvo diseminado por Europa, Asia y África, tomando los nombres según la región donde se localizaron: Grimaldi, Chancelot y otros.

Capítulo 1

Grotescas figuras humanoides aparecieron súbitamente, inundando el claro del bosque de presencia casi humana, enarbolando una invisible y desordenada bandera de posesión. Físicamente eran dos grupos diferentes, diferenciándose por el pelaje y el tamaño, unos eran los dominantes, otros los dominados. Ambos grupos tenían en común no caminar como los hombres modernos, se desplazaban corriendo con dificultad, con los miembros inferiores en flexión, apoyando los nudillos de los dedos en el suelo para mantener el equilibrio, dando pequeños saltos y con desordenados movimientos de los miembros superiores.

Impregnaron el ambiente de gruñidos sin orden, semejando un caos de ruidos guturales, en una titánica lucha por alinearse en un esbozo de entendimiento. Emitían fonemas, como muchos animales de la actualidad, de hecho, los chimpancés son los que más fonemas repiten, pero no son capaces de elaborar palabras. No tenían lenguaje, porque aun no habían llegado a la etapa de entrelazar los fonemas y formar palabras, manifestaban sus emociones en forma rudimentaria y en la desesperada porfía, sus núcleos cerebrales, sus cuerdas vocales y una energía sin nombre, aún no presente, estaba esperando en la penumbra opuesta al ocaso o quizás, el misterioso soplo invisible germinaba perezosamente, para irradiar con una luz sin color y convertirlos en unos seres extraordinarios, únicos, diferentes al resto de los seres vivientes.

Estos phitecantrophus erectus, (phitecus=mono, antropos=hombre, erectus=erguido), herbívoro-carnívoro, como muchos homínidos en distinta etapa de desarrollo, indefensos ante la grandeza de la naturaleza que les rodeaba, esperaban acosados por un desconocido sino, que les sucediera algo extraordinario, para empezar el largo camino que los diferencie de los animales. Ignoraban que la naturaleza les tenía grandes designios, que los llevaría al conocimiento de misteriosos alcances y que ellos eran la insignificante semilla que estaba en los albores de su desarrollo.

Habían dado los primeros pasos, ignorando que el trayecto era largo, tormentoso y desconocido. En su despertar, se sacudían de sus salvajes instintos primarios, para dar lugar a esbozos de sociabilidad y cambios de conducta para con sus semejantes.

Los chillidos de los dominantes llenaban el ambiente, no semejaba a ruido alguno de animal conocido, era una mezcla de sonidos guturales que rara vez se repetían. Hace miles de años, sus ancestros habían cambiado la forma de la mandíbula de alargada a una en forma de herradura, aumentando el tamaño de la cavidad oral, mejorando el movimiento de la lengua y dejando más libre el maxilar inferior, estaban preparados para iniciar la comunicación oral, pero esto aparecería miles de años más adelante.

Una forma de comunicación germinaba lentamente en los intrincados esbozos de sus cuerdas vocales, y los cambios anatómicos y fisiológicos se alternaban ciegamente, en un desesperado afán de interrelacionarse con las prístinas vías de conducción de los hemisferios cerebrales. Uno de los cambios que se verificaba en algunos humanoides era la adaptación de la dentadura a la alimentación carnívora. El maxilar superior adquiría la forma arqueada y empezaba la formación del mentón, lo que provocaba como consecuencia mayor libertad de la lengua, lo que le permitiría pasar de los gruñidos al esbozo de sonidos guturales.

Era perentorio que apareciera algún tipo de comunicación, para establecer un nexo entre las nuevas experiencias y su divulgación, sobre todo para protegerse ante las constantes situaciones de peligro. Pero sus núcleos cerebrales aún no estaban en donde debían estar y sus dendritas y axones entremezclados, y sin dirección, carecían de la organización adecuada para tan noble función.

El desarrollo de esta capacidad estaba lejos. La evolución se estaba tomando su tiempo.

Los dos grupos, vencedores y vencidos, no se encontraban solos, desde las ramas de los árboles, otros simios de menor tamaño, de grotescas formas y con larga cola, observaban la desigual pelea. Los chillidos por ratos se acallaban, para dar lugar a silencios prolongados, luego de los cuales, se sentaban para descansar de la incómoda posición bípeda.

Por ahora acaparaba toda su misteriosa energía, en la novedosa fase de la bipedestación. El esbozo de comunicación tendría que esperar. Su creación fue posterior, mucho después que los cerebros evolucionaran, al agrandarse la bóveda craneana y dejar espacio para el desarrollo de los centros motores, los lóbulos, las cisuras y la corteza cerebral.

La nueva posición para deambular traería una serie de consecuencias, desde la modificación del rostro, pasando por la verticalización de la frente, típica del hombre moderno, hasta obligar a dirigir la mirada siempre hacia delante y arriba.

La turba de semihumanos, de lejos parecía ser una desordenada manada de monos grandes, pero de cerca, se diferenciaban dos grupos.

Unos, los de menor número, tenían el cráneo dolicocefalo, de alrededor de 1200 cc de capacidad, con una discreta protuberancia frontal, abundante pelaje marrón, corto y fino, que solo dejaba libre el rostro, palma de las manos y planta de los pies.

El otro grupo, el más numeroso, eran de cráneo platicéfalo, casi de la misma capacidad que sus prisioneros, de escaso vello, de mayor talla y de piel oscura. Rodeaban en un cerrado y grotesco círculo a los prisioneros.

Evidentemente los peludos la estaban pasando mal, la mayoría estaban heridos y su escaso número les desfavorecía en la lucha. Había muerto el jefe y los sobrevivientes eran unas cuantas hembras y algunos elementos jóvenes.

El planeta estaba en pleno apogeo de la era del Pleistoceno inferior, periodo en que se desarrolló la humanización del phitecus.

Los diversos componentes de la fauna biológica, entre ellos los predecesores del hombre, bullían por la tierra, modificando sus estructuras físicas y anatómicas, tratando de adaptarse al riguroso medio. La evolución estaba en constantes cambios y los que no alcanzaban un nivel adecuado desaparecían para no aparecer nunca jamás, desconociéndose hasta ahora las leyes que rigieron para la producción y aparición de los nuevos seres que los reemplazaban.

Entre glaciación y glaciación, aparecían y desaparecían nuevas formas de vida y a través de miles de años, los que hoy estaban en un valle, tanto vegetales como animales, en los próximos milenios, no existiría ni el menor rastro de los que pasaron por dicho valle.

A inicios del Plesitoceno, simultáneamente con la aparición de los antecesores del género humano, aparecieron y desaparecieron grandes pliegues montañosos. El clima súbitamente pasaba de tropical a subtropical o al frío más riguroso. Grandes bosques emergían para luego desaparecer como si hubieran sido destruidos de un solo tajo. En este periodo, mucha fauna que logró sobrevivir o que emergieron después de la caída de gigantes meteoros, desaparecieron, otras se vieron precisadas a adaptarse y finalmente otros emigraron a medios más favorables.

Los homínidos prisioneros eran más erguidos que sus captores y soportaban mejor la posición bípeda, posiblemente si no hubieran sido tan escasos, podrían haber derrotado a sus enemigos, pues estaban mejor dotados para la lucha, porque sus movimientos eran más libres y ágiles que los de sus captores.

Los grandes monos estaban pasando por novedosas fases evolutivas, cada grupo o manada adquiría nuevas experiencias, algunas las transmitían otras se perdían por muerte de los protagonistas. En el planeta muchos phitecus se encontraban diseminados en valles y sabanas, en distinta fase de evolución, pero solo uno de ellos lograría mantenerse hasta el final.

La antropogénesis se iniciaba con vehemencia. No deseaba detenerse.

Por extensos valles, oscuras selvas y cálidos desiertos, la vida emergía como un capullo adormecido. Diversos phitecus de las más variadas formas, semejantes a los sátiros o a los machos cabríos que se popularizaron en épocas posteriores, aparecían y desaparecían del entorno terrestre.

Lo positivo de toda esta vorágine de cambios y extinciones era que casi la gran mayoría de los antecesores del hombre, guiados por un instinto invisible y extraordinario, marchaba hacia un desarrollo distinto al de sus orígenes, adquiriendo características físicas nuevas que le favorecían o desfavorecían en su supervivencia.

Ambos grupos, captosres y capturados, estaban expuestos a los mismos peligros. Sucedió intempestivamente, manadas de gigantescos mamuts, grotescos jabalíes o jauría de enormes tigres diente de sable, podrían aparecer en cualquier momento y acabar con todos ellos. Era necesario desarrollar cambios para poder sobrevivir.

Felizmente estos cambios aparecieron, lentamente y con base. Desarrollaron en sus organismos tres tendencias, que fueron factores importantes en su culturización.

La primera fue el cambio de la forma de la pelvis. Esta se hizo más transversal, aumentando su diámetro antero posterior y también modificó su ángulo, transformándola a una inclinación de 60 grados. Esta modificación trajo como consecuencia la variación del ángulo del tronco con las extremidades inferiores y también fue causante directo del aumento de la talla.

Este nuevo estado modificó la extensión de las extremidades y la posición de la cabeza respecto a la columna, en especial del sector de las cervicales. Esta nueva posición, determinó como lógica consecuencia la aparición y desarrollo de los poderosos músculos que pasaron a formar los glúteos, dándole una forma más armónica al cuerpo.

Como segunda consecuencia, se modificó la capacidad del cráneo. Aumentando la masa cerebral, quedando la incertidumbre de cuál fue primero, si el agrandamiento de la bóveda craneal o el aumento del tejido nervioso. Esto trajo como consecuencia un nuevo ordenamiento de los centros cerebrales, modificando su ubicación, que felizmente se realizó en la posición adecuada para desempeñar nobles y nuevas funciones. Al hacerse hacia arriba la bóveda del cráneo, se modificó el rostro, desapareciendo las quijadas, para transformarse en huesos aplanados, modificando la dentadura y el aspecto externo del rostro. La superficie externa del cráneo se hizo menos rugosa y desaparecieron las ásperas crestas, modificando en algo el grotesco aspecto que tenían sus antecesores.

Como última consecuencia, estaba la liberación de las manos, pues la posición erguida dejó sin trabajo a los miembros superiores. Estas quedaron libres para realizar otras tareas. La experiencia de todos los tiempos nos enseña que el que siempre actúa, aún con la natural torpeza de un principiante, finalmente llega a aprender y esto es lo que logró el phitecántropus a través de miles de años.

Capítulo 2

Repentinamente, como algo natural, una feroz tormenta se desató, envolviendo en un manto de agua a ambas hordas. Atronadores truenos que parecían quebrar el cielo y luminosos rayos que alumbraban los bosques más oscuros, impregnó el ambiente. Los más numerosos no atinaban a cubrirse del torrencial aguacero, su desarrollo no les daba para eso, pero si los prisioneros, estos se protegían de la lluvia con las manos, curvaban el cuerpo y trataban de buscar refugio. Asustados, los captosres descuidaron a sus prisioneros, quienes empezaron a separarse y correr a saltos hacia el bosque. Parecía que era la salvación de los prisioneros.

Fatalmente la tormenta no duró mucho, fugazmente como apareció, se desvaneció. Nuevamente los menos numerosos fueron acorralados y hechos prisioneros. No supieron aprovechar convenientemente la ocasión que se les presentó. En su aprendizaje no estaba esta experiencia, quizás si alguien sobreviviera podría utilizarlo en una circunstancia similar.

Generación tras generación, los que sobrevivieran, educarían en sus nuevas experiencias a los que vienen detrás. No lo transmitirían genéticamente, pero sí les enseñarían a otros, y el viejo dicho "nadie nació sabiendo", encajaría perfectamente en su desarrollo cultural.

Uno de los factores determinantes en el desarrollo fue la horizontalización del agujero occipital, permitiendo dirigir la mirada hacia el arriba y adelante. Quizás la contemplación del inmenso cielo, con todo su sobrecogedor misterio, les hiciera vislumbrar que estaban ante las puertas de un esplendoroso futuro y que ellos eran diferentes a las demás criaturas de la tierra.

Contrariamente se puede decir que hay muchos animales modernos que también lo hacen, pero les falta el toque especial, quizás divino o algo no descifrable aún, que solo los humanos tienen.

¿Por qué los monos grandes bajaron al suelo?

¿Qué circunstancias le cambiaron su forma de vida?

La respuesta quizás nunca la sabremos. Todo lo que se diga quedará en el oscuro campo de teorías y especulaciones.

Es difícil creer que si esto no hubiera sucedido, no habría llegado a desarrollarse en la magnitud alcanzada y quizás otro rumbo hubiera sido su ruta cultural. No es peregrina la idea que si hubieran permanecido en los árboles, podía haber llegado a volar, si las condiciones ambientales o coyunturales lo hubieran favorecido, tal como sucedió con algunos mamíferos, como los murciélagos, las ardillas y algunos monos platinos.

Si en vez de utilizar los miembros para descender de los árboles, los hubiera usado para saltar de rama en rama, posiblemente hubiera desarrollado sus músculos pectorales, la piel que une el brazo con el tórax, se hubiera dilatado, desapareciendo el hueco axilar para alojar a una fuerte y extensa membrana, desarrollando una formación que semeja un ala. Quizás su organismo se hubiera visto obligado a desarrollar huesos livianos y porosos. Es decir, el camino seguido hubiera tomado una ruta distinta a la alcanzada actualmente.

La respuesta a la pregunta de por qué el pre-hombre bajó al suelo, estaría condicionada a distintos factores, unos más acertados que otros.

¿Por necesidad de alimentarse, al ser consumidas las frutas y hojas del entorno arbóreo?

¿Por escasez de alimentos en las copas de los árboles y al mirar al suelo ver lozanos y tiernos tallos, lejos de su alcance, pero cerca, si bajaban del árbol?

¿Por el constante peligro de ser devorado por las gigantescas aves, los pterosaurios carnívoros?

¿Porque una devastadora sequía dejó sin árboles gran parte del planeta?

¿Por curiosidad? ¿Fue una casualidad?

¿O fue una decisión fruto del azar?

¿O una fuerza desconocida, sin nombre, le señalaba el camino, que le llevaría a conquistar su hábitat?

Es muy posible que el antecesor del hombre haya empezado a desarrollarse en lugares como las estepas o praderas, donde los grandes árboles no son frecuentes. Esto habría sido uno de los factores que lo obligaron a movilizarse sobre sus miembros inferiores y mantener la vista dirigida hacia arriba, para otear el horizonte en busca de alimento o escapar de sus depredadores.

La marcha hacia un ser inteligente estaba en camino y el azar o algún otro factor determinaría que solo una especie, dentro de todas la que existían, sea la triunfante.

En el claro del bosque, un drama de supervivencia se estaba desarrollando, el vencedor seguiría el largo sendero hacia el futuro y se convertiría en el lejano antepasado de la gran especie humana.

Mientras tanto, la caverna de donde provenían los prisioneros había quedado vacía, los phitecantropus desalojados a la fuerza, quizás nunca la volverían a ocupar. En su interior las huellas de sus ocupantes aún permanecían frescas, indicios que expresaban una propiedad adquirida a la fuerza, con brutalidad y escarnio.

Un cuero de un cuadrúpedo, semejante a un oso, aún medio fresco, donde las moscas se disputaban los restos de carne y con un olor repugnante, estaba tendido cerca de la entrada.

Huesos humanoides de toda edad estaban desparramados por el piso. Algunos fémures quebrados por la mitad, posiblemente para succionar la médula, eran lo que quedaba de un festín humano donde los más débiles formaban parte de la carnívora dieta.

El silencio, después del tumulto, se ha apoderado de la cueva.

La oscuridad de la noche cae inexorablemente. Afuera, una ligera llovizna martillaba el follaje. A lo lejos se escucha un atronador ruido, acompañado de un terrorífico resplandor. Eran los tiempos en que las tormentas campeaban en toda la faz de la tierra, conformando un elemento común de todos los días y en muchas zonas los rayos solares, aparecían perezosamente por poco tiempo.

Los diluvios de la era del Pleistoceno modificaban lentamente la geografía del planeta, haciéndolo cada vez más óptimo para el desarrollo biológico, y gran variedad de seres vivientes emergían vigorosamente, llenando los valles de un ímpetu arrollador y desesperado deseo de sobrevivir.

Del fondo de la caverna se escuchó un débil chillido, mezcla de mugido, aullido o lamento, como si fuera un pequeño animal.

En un lecho de tierra suelta y escondido entre las rocas, en la parte más interna, adonde no llegaba la luz, empezó a emitir gruñidos un humanoide pequeño. Tendría aproximadamente tres años y recién se despertaba después de un largo sueño. Empezó a arrastrarse en la oscuridad. Su instinto lo llevaba hacia el exterior. Su llanto mezcla de gruñidos con gemidos, se hacía cada vez más fuerte y se oía claramente en medio de la intermitente lluvia. Sus ojos, ofuscados por el susto de no encontrar a su madre, buscaban con afán a alguien del clan que le calmara su temor

de encontrarse por primera vez solo en medio del gran misterio de los peligros, que acechaban al antecesor del hombre.

Si hubiera estado su madre, le hubiera tapado la boca para que no atrajera las fieras que estaban al acecho, sobre todo al terrible tigre dientes de sable, principal depredador del incipiente andrógeno, antecesor de la especie humana.

Cayó la noche, la lluvia se hizo más intensa, los rayos y los truenos se apoderaron de todo el valle, opacando el gruñido de sufrimiento del indefenso ser viviente.

No tenía a dónde ir, su sentido de supervivencia le decía que tenía que permanecer en la caverna, además no podía sostenerse en sus dos pies, porque en esa época los humanoides recién empezaban a caminar cuando la madre los destetaba, generalmente después de los seis años de edad.

Su cuerpo recientemente liberado de la vida arborícola, no se acoplaba aún a la superficie terrestre, por instinto milenario su manera de deambular era a gatas.

El nuevo día llegó y el pequeño e indefenso ser viviente seguía despierto y aullando.

Tenía hambre y frío, clamaba por su madre, extrañaba el contacto de su cuerpo que le daba calor y protección. El amor maternal, aún incipiente, germinaba como una pequeña planta en medio de un desolado desierto y las crías empezaban a reconocerlas de los otros instintos, también primitivos.

Su única alimentación era la leche materna, no sabía comer frutas, hojas y tallos tiernos. Inexorablemente estaba condenado a morir, ya sea de hambre o por el ataque de un depredador.

Permaneció de bruces en el suelo durante varias horas, pasados los cuales, lentamente se arrastró hacia el interior buscando protección.

La caverna proporcionaba seguridad, emanaba una sensación agradable de calor que contrastaba con el frío del exterior y las fieras merodeadoras, por un instinto conservador, se guardaban de ingresar.

La cueva había sido el centro de reunión del desaparecido clan, pues sentían una necesidad primaria de permanecer juntos y en cualquier circunstancia, de donde sea, volvían, ya sea en caso de peligro o por una temperamental lluvia. El instinto gregario era lo primero que habían desarrollado y ya llevaban miles de años practicándolo. Este fue un factor determinante en su avance cultural, porque gracias a esta costumbre empezaron a desarrollar un sentimiento de solidaridad y ayuda ante el peligro.

Capítulo 3

La entrada pequeña, contrastaba con su espacioso interior, donde se destacaban rugosas paredes agrietadas y el suelo con salientes rocas que desnivelaban el piso. Era el hogar natural, no necesitaba de ningún artificio, era el hogar natural que el medio les ofrecía a algunos pequeños grupos, otros en cambio, por su desarrollo intelectual incipiente, no les permitía reconocer el valor de tener un refugio.

Su oscuridad y calor les protegía de los cien peligros del salvaje mundo que les había tocado vivir, pero como en toda comunidad, los instintos más superficiales, afloran con la convivencia, por lo que se producían feroces peleas, que llevaban a la muerte y posterior canibalismo a costa de los más débiles.

Cuando eran numerosos y pasaban del medio ciento, se unían para defender su caverna y lo lograban con fiereza y brutalidad, pero en las últimas lunas, al clan de los pre-hombres peludos se les tornaba difícil hacerlo, porque los machos fuertes y jóvenes estaban mermando, ya sea por muerte debido a enfermedades, encuentros con otros antropomorfos, fieras salvajes o accidentes de la naturaleza.

En las escasas noches de cielo estrellado y temperatura agradable, observaban desde la entrada los misterios del firmamento. Extasiados y absortos se sobrecogían al sentirse tan indefensos. Sus rostros reflejaban la incomprensión, y una mueca de miedo ante lo desconocido y un terrible temor interno de no saber quiénes eran, qué estaban haciendo, de dónde venían y qué les iba a suceder, les envolvía en un manto oscuro y humillados bajaban la mirada, cerrando los ojos a esperar los inexplicables designios de su existencia.

Habían cruzado la línea divisoria que los separaba de las bestias.

La animalidad lentamente estaba quedando atrás, dando un extraordinario salto en su desarrollo social, físico y espiritual. Una fuerza invisible, misteriosa y poderosa, los conducía por inexplorados caminos hacia la grandeza, guiando sus actos por la inercia de los instintos, con constantes episodios de confusión de conducta, que entremezclaban la maldad con la inocencia.

No entendían el motivo de su existencia.

Sus ojos tristes y desconsolados, reflejaban una impotencia ancestral. Con la mirada perdida, opacados por lo grandioso que era la novedad de existir y con instantáneos destellos de inteligencia, que cada vez eran más frecuentes, parecían emitir un esbozo de incertidumbre y clamaban a alguien para atenuar su pesar.

Porque ya el hombre, desde los albores de su formación, empezó a esbozar y a diferenciar lo que es bueno y lo que es malo, de manera que era necesario encontrar un ser superior que norme su conducta y buscaba subordinarse a un ser extraordinario y condicionar su servidumbre teológica que lo acompañe en su existencia.

No tenían pasado, solo contaban con el presente. La negrura de su pensamiento no estaba iluminada por ninguna luz; esta, estaba por prenderse en algún resquicio de sus intrincados cables cerebrales. Pasarían cientos de miles de años para que aparezca esa luz, al inicio en forma tenue y temerosa, pero con el tiempo se transformaría en una clara e intensa luminosidad, que guiaría su camino. Tampoco tenía futuro, porque este se formaría con el desarrollo de la inteligencia y la ayuda de la imaginación y la memoria.

En los largos y tediosos días de lluvia permanecían acurrucados, unidos unos a otros, adormitados por la tibieza del ambiente, acompañados por un sordo y letárgico aullido de temor, por no poder salir a ver el sol y conseguir alimento. En su desesperación y acosados por el hambre, se devoraban entre ellos, sufriendo las consecuencias los heridos y las crías pequeñas.

Eran perversos, pero sin maldad. Lejos estaban de esbozar conductas morales, confundían los conceptos de bueno y malo, actuaban instintivamente, la maldad aparecería más tarde, cuando la educación de los instintos se hizo más exquisita y el hombre en su perseverancia de perfección, también perfeccionó el instinto protervo.

La conducta del pre-hombre estaba regida por la emoción, pero no por la razón, esta aparecería muchos miles de años después, pasando por un proceso de aprendizaje gradual, donde las equivocaciones se repetían sin cesar, obligando a tomar nuevos rumbos y transformando lentamente la conducta hacia una inteligencia más emocional.

En la entrada de la caverna, el phitecus bebé, por efecto del hambre y falta de calor materno, se ha quedado muy débil. Expuesto al ataque de los depredadores, yace en el suelo esperando algún acontecimiento extraordinario. Si no aparecen sus congéneres o no ingresan a la cueva, su vida tiene el valor de una pequeña hoja seca.

Muy lejos, a una distancia en que se ve el relámpago, pero no se escucha el trueno, el grupo grande de pre-homínidos, tenía rodeado al menos numeroso.

Ambos grupos, prisioneros y captores, gruñían buscando una alternativa a su condición de captores y prisioneros, el deambular por los bosques se ha detenido, ahora están ocupados en resolver un problema de supervivencia.

Los captores venían de otras latitudes, donde casi no había lluvia y el sol martirizaba doce horas al día. La permanencia en estos cálidos valles había transformado su físico, salieron de su estancia vagando por los bosques en busca de comida y zonas más aptas para desarrollarse.

Eran de buen tamaño, con extremidades superiores largas y en general de aspecto grotesco. El cuerpo lo tenían cubierto con un pelambre escaso y les faltaba en gran parte de la espalda y abdomen. Caminaban con las rodillas muy flexionadas, como si estuvieran listos para sentarse. Lo más llamativo de su aspecto era el exagerado volumen del cráneo, el cual era grande y aplanado, cuya característica era que la frente casi no existía. El arco superciliar grueso estaba cubierto con tupidas cejas y sus profundas órbitas, alojaban unos ojos muy pequeños, que porfiaban por hacerse presentes. La nariz era ancha y el rostro remataba en una mandíbula inferior demasiado alargada, donde se destacaba horriblemente una dentadura en la cual sobresalían unos incisivos tan grandes que parecían colmillos.

Su cara en conjunto era grotesca y el que fungía de jefe no era el más alto, sino el que tenía la cabeza más grande.

Las fosas nasales amplias, eran una notoriedad de los seres que provenían de lugares cálidos, la naturaleza los dotaba de esa característica anatómica, para tener facilidad en la ventilación de su organismo y de esa manera bajar la temperatura corporal.

Lo contrario sucedía en los que vivían o provenían de climas fríos, donde la nariz alargada favorecía el calentamiento del aire frío del entorno.

El grupo de los prisioneros se caracterizaba por tener rasgos más regulares, para el gusto de nuestra época. Eran prehomínidos con una capacidad cerebral de más o menos de 1200 cc. Formaban parte de uno de los muchos grupos antecesores del homo sapiens. Tenían menor talla y caminaban un poco más erguidos que sus captores. La piel la tenían cubierta

de un tupido y fino vello de color marrón, y las hembras se caracterizaban por tener el cabello muy largo.

El cráneo era alargado con orejas grandes y en punta. La frente amplia y arrugada, les daba un aspecto de estar encolerizados. Los arcos superciliares eran largos y delgados, que se llegaba a confundir con la apófisis zigomática del maxilar superior y los ojos de vivaz mirada se escondían en una profunda órbita. El rostro remataba en una nariz grande y larga, con una boca con labios delgados y dientes aplanados. Otras de sus características más notables era que tenían las plantas de los pies demasiado delgadas, con dedos largos, muy separados y con el arco plantar excesivamente desarrollado, lo que le dificultaba en parte la deambulación, porque aún no estaban completamente preparados para pisar el suelo, sobre todo en marchas prolongadas. Cuando caminaban lo hacían con los bordes de los pies, pues aún tenían la vieja costumbre de trepar con cierta frecuencia a los árboles.

Con el tiempo, el arco plantar iría disminuyendo y el dedo gordo tomaría una posición importante, al engrosarse para servir de soporte al cuerpo que cada vez estaba más erguido.

Ambos grupos, al no tener desarrollado ningún esbozo de vocabulario, basaba su comunicación en gruñidos, empujones y manotazos. Sus laringes no estaban desarrolladas para emitir sílabas, solo eran tubos con prominencias internas, por donde emitían ásperos sonidos guturales. Las cuerdas vocales apenas estaban esbozadas, seguramente esperando los cambios cerebrales para iniciar una interconexión que sea el inicio de la emisión de sonidos más complejos. La aparición de lenguaje, aún estaba en su estado primigenio, era el instrumento que necesitaba el pre-hombre para diferenciarse de los que le rodeaban.

Sin él, nada hubiera sido posible.

Fue una adquisición lenta, a través de cientos de miles de años, después que bajó de los árboles y empezó como una necesidad de transmitir la novedad de tener las manos libres y su nueva forma de vida.

La posibilidad de realizar nuevos experimentos con los miembros libres, fue necesario acompañarse de gruñidos, que poco a poco se fueron haciendo más inteligentes.

El jefe *Cabeza grande* mantenía a su horda lejos de los prisioneros, porque quería adueñarse del más robusto y tierno. Su prístina experiencia, virgen e incipiente, no alcanzaba para tener un momento de sosiego, sus neuronas en irregular disposición no coordinaban un comportamiento basándose en experiencias pasadas, pues carecían de memoria. Todos sus actos eran producto de la espontaneidad y de los instintos, que no siempre era los más adecuados.

En su afán de mantener su supremacía tenía que luchar en forma permanente con sus congéneres, que pasaban de treinta, mayoritariamente adultos porque en épocas de escasez, la antropofagia se encargaba de la desaparición de los de tierna edad.

Los prisioneros, en número de ocho, sentados en medio de sus captores, semejaban una masa de pelos marrones que pugnaban por mantenerse lejos y en su desesperación se empujaban y mordían entre ellos, favoreciendo en su pugna a sus enemigos porque se debilitaban aún más.

Por momentos, la horda parecía adueñarse de la situación, pero *Cabeza grande* rugía con mayor energía alejándolos momentáneamente.

Desde el día anterior en que sorprendieron a sus presas en su caverna, dándose un exagerado festín, no habían vuelto a probar comida, por lo que la imperiosa necesidad de alimentarse era cada vez más urgente.

A ninguno de los prisioneros se le cruzaba por su arcaico cerebro, intentar una fuga o coger una rama o un palo y servirse de él para atacar a su enemigo. Su desarrollo cultural no les daba para tanto.

La dieta de los captores constaba de todo lo que pudieran ingerir, desde peludos insectos, pasando por vegetales, animales medianos y humanoides. Estaba claro que los prisioneros estaban incluidos en la dieta de los próximos días y ya no se preocuparían de cazar ni recolectar frutas.

La inclusión de carne en la dieta de los antecesores del hombre, ofrecía al organismo una mayor cantidad de proteínas, grasas, minerales y vitaminas, necesarias para acelerar el metabolismo. Estos elementos actuaban como catalizadores de las reacciones enzimáticas, mejorando el rudimentario funcionamiento de los diferentes órganos nobles del cuerpo en transformación.

Por otro lado, este tipo de alimentación alargó el proceso de digestión, aumentando el tiempo de plenitud gástrica, quedando más horas disponibles para dedicarlos a otras cosas, por ya no tener que preocuparse por alimentos por un buen lapso, lo cual seguramente cambiaba sus costumbres, al emplear más tiempo para observar el medio que les rodea.

También les dio oportunidad de retozar libremente, intercambiar gruñidos, observarse entre ellos y posiblemente para enfrentarse en encarnizadas luchas. El instinto gregario aumentó y favoreció la integración de los diferentes clanes.

Desde luego que la dieta carnívora no fue el único factor principal y determinante para el avance del desarrollo intelectual, hubo otros factores como la posición bípeda, el tener libre las manos, el aumento de la capacidad craneal y su constante observación del medio ambiente,

porque de lo contrario, los felinos que tienen exclusiva alimentación cárnica, serían los genios de la naturaleza.

Este proceso físico-metabólico, actuando a través de cientos de miles de años, gradualmente fue aumentando la fuerza física y capacidad intelectual del homínido, perfeccionándolo, puliéndolo e influyendo en las mutaciones genéticas, favorables para su supervivencia.

No se descarta que también se hayan presentado cambios genéticos desfavorables, como sucede en la actualidad, incompatible con la vida, actuando el azar o la naturaleza como un tamizador, para que sobrevivan los más aptos.

¿Por qué no sospechar en un ordenador invisible, sin nombre, caprichoso, a veces magnánimo, a veces lo contrario, que jugó y todavía juega con el desarrollo biológico del hombre?

La mañana avanzaba y las hembras de los cabezones tenían señas de tener cada vez más hambre. Pero su jefe las mantenía alejadas. Poco a poco el ambiente se hizo más agitado. A las hembras se sumaron los elementos jóvenes, dando vueltas alrededor de los prisioneros y alargando la mano en un intento de apropiarse de los heridos. Nervioso, *Cabeza grande* se movía de un lado a otro como buscando algo o cuidándose de alguien.

La anarquía del grupo llenaba el ambiente de gruñidos, aullidos y locas carreras, produciendo desesperación en el jefe de la horda.

Hubo un instante en que todos se daban de manotazos y emitían sonidos guturales de lucha: Oj-oj-oj-oj, era los gruñidos que emitían las roncas laringes, sobre todo de parte de las hembras y de los jóvenes.

El jefe *Cabeza grande* por su parte les respondía:

Uh-uh-uh-uh, corriendo alocadamente, defendiendo a sus prisioneros, por ahora, porque quería para sí él más gordo y tierno. De todas maneras, tenía que compartirlo y eso era lo que no deseaba.

Llegó un instante que todos corrían y lanzaban manotazos a *Cabeza grande*, haciendo peligrar su liderazgo, que en esas épocas al parecer era efímero, por la continua muerte de los cabecillas, no por acción de los liderados, sino por causa de los fenómenos de la naturaleza o de los depredadores.

Capítulo 4

En medio de la confusión, cuando el grupo mayoritario dominó la situación, *Cabeza grande* optó por proteger a la mejor presa. Fue la ocasión en que cada cabezón trató de adueñarse de un prisionero. Dos, tres o más empezaron a disputarse una determinada presa, instante que aprovechó una hembra prisionera para escabullirse por entre el follaje y emprender una veloz huida hacia su cueva.

Atrás quedaron los salvajes aullidos de sus raptos y los gemidos de los prisioneros. Con los oídos heridos por los: oj-oj-oj y ou-ou, sin el instinto de darse vuelta para mirar si la perseguían, cayéndose y levantándose, rasguñándose y golpeándose avanzaba lo más rápido que podía.

Su larga cabellera que le caía hasta la cintura y los cuatro senos llenos de leche, le dificultaban la huida hacia la caverna, donde había quedado en completo abandono su pequeña cría.

No se detenía a pensar si escapaba por conservar la vida o por el incipiente amor maternal, que porfiaba en anidar en su casi virgen cerebro. No tenía tiempo para ingresar en el oscuro mundo de las disquisiciones, solamente su instinto llenaba toda su existencia y este le decía que tenía que correr y correr hasta donde su resistencia le permitiera.

En su camino se encontró con una salvaje manada de mamuts, de los cuales se salvó, volviendo a su arcaico instinto de subirse a un árbol, maniobra que le era familiar porque sus ancestros más cercanos habían vivido exclusivamente en árboles y ella misma, en tiempos de lluvia, prefería dormir en la copa de los grandes árboles que en la cueva. Esta, solo la usaban cuando hacía mucho frío o un enemigo exterior amenazaba su vida.

Se sentó a descansar bajo la protección de un arbusto. El sueño la vencía, pero también tenía sed y hambre. De una gran hoja en forma de plato, bebió el agua de la lluvia acumulada durante la noche y luego empezó a devorar hojas y tallos tiernos que estaban a su alrededor.

Se quedó dormida, no por mucho tiempo, una rara y nueva sensación empezaba a manifestarse en su cerebro, un impulso le ordenaba levantarse, algo importante la esperaba. En las profundidades oscuras y sinuosas de sus vías nerviosas, se elaboraba un sentimiento desconocido, que con energía emergente y desconcertante, la obligaba casi contra su voluntad a ponerse en marcha nuevamente.

Su situación era crítica, estaba pasando por una etapa de su vida que marcaría su futuro, ya el hecho de haber sobrevivido por dos veces a la muerte y haber tenido el instinto de correr para conservar su vida, la situaba en un peldaño muy alto con respecto a sus congéneres. En su corta existencia, había sido madre, vagado con su horda por muchos bosques, vivió en una caverna grande, había caído prisionera, se había salvado, se había escapado y ahora se encontraba con la mente ofuscada de si seguir corriendo o dirigirse a la cueva a socorrer a su crío.

Se puso de pie, como si fuera catapultada por una fuerza interior que la obligaba a marchar hacia un lugar desconocido, cuya meta no la tenía bien definida, porque su futuro estaba oscuro y solo vivía con lo que se le presentaba a su alrededor. Algo se anidaba dentro de ella, una mezcla de novedoso y raro, dulce y agrio, suave y áspero, de felicidad y desasosiego, de encontradas manifestaciones de sentimiento, que por momentos le empantanaban sus instintos.

De trecho en trecho descansaba, porque sus miembros inferiores aún no estaban acostumbrados a marchas forzadas. Los pies, aún muy arqueados, no se amoldaban a la superficie plana del suelo, por lo que su marcha era a saltos y lenta. Terribles calambres en los músculos de lo que en el futuro sería la pantorrilla, la martirizaban, por lo que la llegada a su destino demoraba más de la cuenta.

Ya estaba cerca, felizmente no la habían seguido, pero se sentía observada.

Era común que así fuera, ya que muchas aves y parientes arborícolas de regular tamaño, la miraban desde los árboles, curiosos por ver que alguien horadaba su tranquilidad y por ser diferente a ellos.

El sol ya estaba en medio cielo, nuevamente densas nubes se veían a lo lejos, señal que estaba por desencadenarse una copiosa lluvia. Siguió corriendo, su empírico amor de madre anestesiaba su dolor y le daba ánimos al darse cuenta que cada vez estaba más cerca.

Por fin, divisó la cueva, su corazón empezó a latir aceleradamente, tambaleándose por efecto del cansancio, llegó hasta la entrada. Penetró al interior.

En la oscuridad, sus peludas manos, desordenadamente removía las piedras, buscando su cría, corriendo de un lado a otro, sin saber qué hacer.

Estaba pasando por primera vez y a tierna edad, la dolorosa situación de una madre, de perder un crío.

Salió al exterior. Al no encontrar a su crío empezó a aullar de pena y su desgarrador grito retumbó en el interior de la caverna:

Oooooooooooooooooooooo

El sentimiento de amor, compañerismo, piedad, compasión y dolor del alma, estaba en su más prístina expresión y lo realizaba en forma primitiva, mezclando muecas de fiereza y un lejano rictus de dolor. Las expresiones faciales para demostrar los distintos estados de ánimo, como temor, dolor, ira y alegría aún no estaban esbozadas, con el tiempo se harían comunes a todos los hombres de la tierra, pero por esa época solo imitaban a los animales que les rodeaban.

Su contrariedad, su desilusión, su pena o un sentimiento nuevo que no tenía tiempo de analizar se había apoderado de su ser.

Caminaba de un lado a otro, mirando a todos lados, buscando entre los resquicios de la caverna la anhelada figura. Finalmente, se arrodilló y empezó a golpear el suelo con los puños, en un primitivo intento de agredir a la madre tierra, buscando un culpable por haber perdido un ser querido. Reaccionaba como cualquier madre moderna ante la pérdida de algo irreparable y sus ojos rojos, miraban hacia el interior buscando una remota señal de vida.

En el largo camino del aprendizaje humano, todavía no se había aprendido a llorar. Su dolor lo manifestaba como los animales que conocía, cuando sufrían al ser heridos o les quitaban la vida. Por momentos aullaba, otras veces gemía o hacía ruidos extraños, que le brotaban desde el interior como un largo y lastimero lamento de impotencia.

Volvió a ingresar con temor a la caverna.

Estaba en sus inicios el desarrollo de la desconfianza humana, quería ver nuevamente todos los rincones, especialmente el lugar donde la había dejado dormida.

Poco a poco se fue convenciendo que no estaba. No escuchaba su mugido o algo parecido que hacen los terneros cuando buscan a su madre.

Afuera los árboles se mecían suavemente, anunciando una torrencial lluvia y un débil sol alumbraba la selva. No había silencio total, pues el bosque estaba impregnado de sonidos de grillos, aves, insectos del tamaño de una paloma y animales mayores.

El humanoide nuevamente empezó a aullar de pena:

Oooooooooooooo.....

Sus lastimeros gritos llenaban el ambiente. Por primera vez sus ojos se llenaron de lágrimas, semejando puntiagudas espinas que herían lo más íntimo de su cuerpo.

No le importaba si atraía a otras fieras y lloró, con un llanto gutural, primitivo, ancestral, pero que tenía toda la manifestación de dolor del incipiente género en formación.

Antes solo lo hacían gruñendo como sus parientes cercanos, los grandes monos, que aún permanecían en los árboles.

Desde el fondo de su ser brotaba un profundo dolor que le transformaba su joven vida, desde este momento ya no sería la misma, había aprendido un sentimiento que transmitiría a sus descendientes, si la vida le favorecía con una larga supervivencia.

Muchas veces había visto la muerte y la consideraba algo natural, como parte de la existencia, pero nunca le había tocado íntimamente y ahora se daba cuenta que era diferente a los otros phitecus, que como ella, deambulaban por los bosques.

Ni superior, ni inferior, solo distinta.

No estaba en condiciones de calificarse, solo se percataba que en ella anidaba un sentimiento nuevo, un estado agridulce, porque ese sentimiento nos puede hacer sufrir y sumirnos en los más profundos abismos de la desesperación, como nos puede proporcionar indescriptibles momentos de alegría y bienestar.

Sus congéneres no le daban importancia a la pérdida de un ser cercano, en cambio ella, sentía como si una gran desgracia e irreparable accidente le hubiera acontecido.

Su esbozo de llanto con tirones de pelo, golpes de puño en el suelo y en las rocas que la rodeaban, duró por espacio de varias horas.

Estaba pasando por una situación espiritual que los diferenciaba de los otros animales, que no sentían la pérdida de uno de ellos. Pero los proyectos de humanoides empezaban a ser diferentes, germinaba algo en su interior, un sentimiento, una descarga emocional, un deseo casi racional de manifestar en forma especial ese estado espiritual.

Milagrosamente había cruzado el límite que la separaba del resto de los moradores del planeta y estaba emergiendo un sentimiento diferente y nuevo en lo más profundo de su ser.

Se vislumbraban esbozos de manifestaciones alturadas y estaban empezando a desarrollar, lentamente, esos nobles sentimientos, que colocarían a los de su género en la cúspide de la creación, pero que con el correr del tiempo, algunos descendientes de esa genial especie, cuando se enceguecen y se les nubla su entendimiento, obran con crueldad, lo castran de su ser, retroceden a la época arcaica y se comportan como cuando nuestros ancestros aún no bajaban de los árboles.

Agotada, se sentó sobre una piedra. Era todavía joven, no pasaba de 18 años. Sus largas mechadas pardas y húmedas cubrían su rostro, sus ojos eran constantemente restregados por sus peludas manos que terminaban en afiladas garras.

Ya no aullaba, estaba quieta como en trance. Miraba fijamente el suelo, pensaba o esbozaba la manera de pensar, porque hasta ese momento de su evolución, sus neuronas no estaban preparadas para tan fino desenvolvimiento. Todo era una mezcla de instintos, que alguien trataba de organizarlos, para que inexorablemente con el transcurrir del tiempo, sea una criatura diferente, especial, amo dominador del medio que le rodea.

Había perdido un crío.

Capítulo 5

La muerte era común en esos lejanos tiempos, tantos nacían como morían. El desbalance era ondulante, por un lado, la multiparidad de las hembras, con tres a seis crías por alumbramiento, era neutralizada por la temprana muerte, ya sea por enfermedades que hoy son banales, pero para esas remotas épocas en que los organismos no habían desarrollado sus defensas y las reacciones antígeno-anticuerpo estaban en sus inicios, una simple virosis los llevaba inexorablemente a la muerte, y por otro lado los depredadores, que eran abundantes y variados, eran factores determinantes en el desarrollo de la supervivencia.

Pero tenía otra preocupación, era la primera vez que se encontraba sola.

Un temor invadió su ser, ya no tenía la protección de su manada. Una corriente eléctrica invadió su cuerpo, pensó que pronto sería presa fácil de las fieras.

A pesar del espeso vello que cubría su cuerpo, empezó a sentir frío. La temperatura ambiental estaba descendiendo. No sabía prender fuego para darse calor, por lo que se sentó acurrucándose con sus brazos y piernas sobre sus muslos y tórax.

Se quedó dormida por varias horas.

Cuando se despertó, era un nuevo día, el sol calentaba la entrada de la cueva. Salió con temor, mirando con desconfianza a su alrededor, sin atinar a alejarse demasiado. Su principal afán era conservar la vida, pero su organismo pedía sustento. El hambre, instinto primordial, le estaba molestando, sus intestinos se revolvían involuntariamente, haciendo ruidos raros solicitando comida, por lo que se decidió por lo más perentorio e inició la marcha en busca del ansiado alimento, que le permitiría sobrevivir.

Por las características de su dentadura, dos mandíbulas, con una fila de dientes cada una, con esbozo de las cuatro variedades que en el futuro iban a ser las definitivas, estaban preparados para una alimentación a base de hojas, frutas, raíces, tallos tiernos y carne. Hasta ahora su dieta preferentemente era a base de vegetales, eventualmente ingería carne, sobre todo de animales medianos, por lo que el tubo digestivo asimilaba rápidamente lo ingerido y continuamente debía estar llevando a la boca todo tipo de cosas digeribles.

Era constante su flatulencia y su abultado abdomen era como una enorme bolsa llena de gases que los expulsaba constantemente. Esta circunstancia la obligaba a estirar el cuerpo hacia atrás, aumentando la curvatura lumbar.

Esporádicamente su dieta incluía carne, que consumía cuando su grupo encontraba algún animal moribundo o pequeños roedores que atrapaban con la mano. La ventaja de la alimentación carnívora, aparte de proporcionar proteínas en cantidades superiores a las de los vegetales y mejorar el desarrollo nutricional, con incremento del rendimiento intelectual, era que la digestión más lenta los liberaba de la preocupación de alimentarse más seguido. Su intestino aún era demasiado largo, estaba preparado para una alimentación exclusivamente vegetariana, su superficie de absorción era extensa, ya que los vegetales al no tener la riqueza de elementos que tiene la carne, deben ser aprovechados al máximo. Con el tiempo se acortaría cuando se incrementó la alimentación carnívora y uno de los restos de ese pasado es el apéndice cecal.

La dieta cárnica de los antecesores del hombre dotó al organismo de buena cantidad de fuentes de proteínas y en forma indirecta al cerebro, lo que se tradujo en mayor desarrollo intelectual a través de las generaciones.

Cuando *Pelo Largo* estaba con su horda y hallaban un primo semi-simio agonizante o recién muerto, no tenía reparo siguiendo la costumbre del clan, de ingerir sus despojos. Pero desde que perdió su crío, sufrió un trastorno íntimo y empezó a cambiar de conducta hacia sus congéneres.

El hambre y la conservación de la vida eran sus necesidades primarias con las que debía enfrentarse. Eran dos instintos en lucha, ambos elementales y necesarios, sin los cuales ella no podía seguir adelante.

¿Por cuál decidir?

Desde los albores del desarrollo humano ya se presentaban esas circunstancias coyunturales, en donde tomar una alternativa y decidirse por ella puede cambiar el rumbo de un destino. En su subdesarrollado cerebro no competían los instintos, imperaba lo más arcaico de las necesidades, su elección por lo más perentorio no lo hacía dudar. Sus actos eran regidos por lo más primario y temerosamente empezó a deambular por los alrededores, buscando el ansiado sustento.

La inseguridad de sus pasos y la lentitud de sus movimientos, atentaban contra su integridad, pero ya nada la detendría, había decidido vivir y para ello estaba dispuesta a explorar y a enfrentar todo lo nuevo que se le presentara.

Ahora se presentaba una gran disyuntiva, enfrentaba la gran incertidumbre de caminar por el suelo o de volver a su ancestral costumbre de vida arborícola.

Cuando estaban en grandes grupos de más de cincuenta individuos, en forma obligada tenían que bajar de los árboles, pero ahora que se encontraba sola no sabía qué hacer. En ambas situaciones se sentía insegura, las dos tenían peligros.

Largo rato, permaneció indecisa.

Finalmente tomó la determinación que cambiaría su vida y la de sus descendientes. Su vida se desarrollaría en la superficie del suelo. No era la única en su género que tomaba esta decisión, pero ella era algo especial, se le notaba en la viveza de sus ojos y la claridad con que miraba los elementos que la rodeaban.

Cuando los predecesores del hombre empezaron a utilizar la posición bípeda, las extremidades superiores quedaron libres, sufriendo una serie de modificaciones, empezando con la hipertrofia de la eminencia tenar, aumento de la extensión y de la flexibilidad de los dedos y el gradual desarrollo de la oposición del dedo pulgar con el índice.

Todos estamos conscientes que el uso continuo de las manos, es el origen del progreso alcanzado por la humanidad.

Posiblemente, cada generación de *Phitecus* desarrollaba mejor estas características, logrando objetivos más positivos en su evolución. Esto trajo como consecuencia mayor habilidad para recoger los mejores frutos que estaban más altos o difíciles de alcanzar.

Por otro lado, la libertad de los miembros superiores y el perfeccionamiento de su uso, le permitía investigar lo que encontraba en su entorno. Al encontrar un objeto llamativo, lo observa con curiosidad, lo compara, analiza sus características y en su memoria lo almacena, para que con el transcurso de años lo transmita a su descendencia o a sus congéneres, pero para esto debe haber una comunicación y no tardó en aparecer una serie de gruñidos inteligentes. Esto fue lo que generó la novedosa posición bípeda.

El inicio del esbozo de la comunicación verbal se produjo gracias a la liberación de los miembros superiores, pues la necesidad de transmitir los hallazgos y compartir las nuevas experiencias, solo se lograría si se creaba una forma de transmitirla y esto se produjo cuando el incipiente predecesor del hombre creó sonidos, al comienzo fonemas guturales, que se fueron perfeccionando a través de cientos de miles de años, hasta convertirse al inicio en palabras cortas, luego esto trajo como consecuencia los pensamientos y finalmente la perfecta transmisión oral.

La adaptación de los miembros superiores a usos nuevos, trajo como consecuencia cambios en otros niveles de su organismo, como por ejemplo mayor movilidad del cuello y el aumento del campo visual. La liberación de las manos y su posterior evolución ha llegado a la cumbre de las posibilidades creativas, tanto en cosas prácticas como en cosas de extrema belleza como las esculturas de Miguel Ángel, las pinturas de Gaisbrough o los sublimes acordes de Paganini.

La hembra *Pelo largo*, poco a poco se fue alejando, mirando a todos lados. Tratando de no hacer ruido se acercó a una mata de arbustos, nunca las había visto antes, pero se arriesgó y arrancó algunas hojas. Las empezó a masticar y luego hizo un gesto de repugnancia, estaban amargas.

Escondiéndose de sus enemigos - los depredadores - siguió internándose en la espesura, ya sus pasos no eran lentos, presurosa deseaba alejarse de aquel lugar de tan trágico recuerdo. Sus pies y su cuerpo al hacer contacto con las ramas y tallos, alertaban a los insectos y aves que levantaban vuelo a su paso.

Buscaba vegetales conocidos, para no tener la amarga experiencia anterior. Si no los hallara estaba dispuesta a comer insectos, que no eran tan agradables y causaban molestia al pasar por la faringe, pero de alguna manera era necesario mitigar el hambre.

Mientras tanto, la horda de *Cabeza grande* ya había dado cuenta de los prisioneros heridos y de los más robustos. Con las manos ensangrentadas y con la boca aún con restos de carne fresca, habían hecho un círculo rodeando a los cuatro sobrevivientes, pues no sabían hacer corrales o atar con bejucos a sus prisioneros

Dentro del círculo, los cautivos se apretaban unos a otros. Temerosamente, los infelices no atinaban a nada, no quedaban miembros jóvenes, ni críos pequeños, solo hembras adultas y flacas.

Al amanecer del tercer día ya no quedaba ningún prisionero vivo. Se había cumplido un ciclo en la lucha por la supervivencia.

Al caer la tarde posiblemente ya estén aullando nuevamente de hambre y empezarían a desplazarse sin dirección alguna, buscando otra vez sustento en la oscuridad del bosque.

En esas épocas, la supervivencia era difícil, la muerte por ancianidad era desconocida, el promedio de vida era de dos a tres décadas. Las causas de fallecimiento por enfermedades era casi nula, lo más frecuente era el homicidio, que era la lógica consecuencia del canibalismo que campeaba por doquier.

Las variadas hordas de homínidos se desplazaban constantemente, día a día, cambiando de ubicación, como el ganado suelto buscando nuevos pastos. Los grupos pequeños habían aprendido que debían evitar a las grandes hordas, ya que no existía diferencia en elegir a un ciervo o a un homínido, similar a ellos, cuando el hambre los apuraba.

En una constante lucha por su supervivencia, desarrollaban progresivamente la posición erguida. De esta manera podían desplazarse más fácilmente, siendo esto una conquista primordial en su lucha,

colocándose lejos de otros seres vivientes que siendo más fuertes y numerosos, no eran tan veloces, porque se desplazaban con pequeños saltos, similar a los antropoides actuales.

El desarrollo físico no era similar en todos los grupos.

Había gran variedad de especies, que se diferenciaban en la riqueza de vellos, la estatura, órganos sexuales, órganos internos y algunas formas raras que han subsistido en la representación mitológica de civilizaciones primigenias.

Cuando el pre-hombre decidió bajar de los árboles al suelo, empezó a darle otro uso a las extremidades superiores, haciéndolas más hábiles para coger las ramas y aumentó la flexibilidad de los dedos.

Algunos músculos que no tenían utilidad, empezaron a atrofiarse hasta desaparecer tal como sucedió con el músculo cutáneo de la pierna, el de la pared anterior del tórax, el elevador de la clavícula o del isquio pubiano y que en los actuales hombres modernos aparecen de vez en cuando, dando un salto atrás y considerados como rareza anatómica.

Otros factores influyentes, sobre todo en las hembras, fueron los embarazos prolongados, la lactancia por varios años y llevar los críos adelante, obligándolas a tirar el cuerpo hacia atrás, arqueando la columna para contrarrestar el peso.

Por otro lado, la planta de los pies, al empezar a utilizar el suelo como sostén, se hicieron más planas y grandes, las rodillas de la flexión permanente, lentamente empezaron a permanecer más en extensión y los músculos de la pared anterior del abdomen, empezaron a hipertrofiarse.

Al bajar al suelo, se hizo más corpulento, pues su organismo al desplazarse en el llano no se desgastaba tanto como el vivir entre las ramas, pues allí estaba en constante ejercicio, con obligado desgaste de energías y calorías.

Por otro lado, la posición del cuello y la cabeza tenían clara tendencia a ser cada vez más erguidas, porque la búsqueda de frutas que colgaban de los árboles, así les obligaba.

Algunos phitecantropus tenían breves destellos de inteligencia, unos más que otros, lo cual los diferenciaba de otros antropoides, con los cuales compartían este paraíso terrenal de sufrimiento y de tenaz lucha por sobrevivir. Estos phitecus tenían una mirada que enviaba estímulos a su arcaico cerebro, en un constante estímulo para aprender cosas repetidas o nuevas, que se iban acumulando en algún rincón, como un tesoro invalorable, que generación tras generación en los que sobrevivieron, fue formando un gran cúmulo de experiencias, gracias al cual pudo avanzar en su desarrollo.

Todo este proceso ha sido elaborado a través de cientos de miles de años; por ejemplo, lo que sucede con el órgano de la vista es algo maravilloso. Explicable pero no entendible, obra de un ser ingenioso y superior. A partir de una delicada capa de tejidos transparentes y un nervio muy sensible a la luz, fue adaptándose para que cada una de estas partes cambien su densidad, según el estímulo exterior

que reciban y toda esta información llevarla al cerebro y después de complejas sincronizaciones, no muy bien determinadas, producir una imagen nítida en el cerebro, que lo conecta con el exterior. Asombroso.

Pelo Largo empezó a alejarse, caminando instintivamente en dirección opuesta a sus enemigos. Por momentos se detenía a alimentarse, teniendo cuidado de estar alerta y al menor ruido de peligro, instintivamente se alejaba, buscando nuevos parajes o escondiéndose en el tupido follaje del bosque.

Una de las constantes amenazas era la variada fauna, que emergía con salvaje pujanza en franca competencia con el predecesor del hombre. Sus diversas variedades se amoldaban a la selección de la naturaleza. En miles de años, aparecieron y desaparecieron exóticas especies que no se adaptaron a los cambios estructurales del medio ambiente, una de ellas eran los grandes saurios a los cuales el pre-hombre no logró conocer.

Otro de sus enemigos más encarnizados que estaba en vías de extinción, eran las gigantescas aves carnívoras, parientes del pterosaurios, que finalmente desaparecieron por falta de alimento. Esto sucedía cuando las lluvias en algunas zonas se prolongaban por meses, superviviendo las de más pequeña envergadura como el águila real de norte América o los cóndores, que inclusive en las épocas actuales, en remotos parajes de la cordillera de los Andes, se aventuran a levantar vuelo con un mamífero pequeño entre sus garras.

En muchos valles competían los animales con los pre-humanos, disputando la benignidad del clima, la presencia de frutas y a veces por la afinidad por los mismos animales de presa.

En esa constante disputa de supervivencia se enfrentaban todos contra todos, no existiendo equilibrio duradero, pues en algunos valles los depredadores borraban de la faz de la tierra a algunos phitecus en vías de humanización.

La noche se acercaba y *Pelo Largo* empezó a buscar un árbol grande para dormir, su instinto le decía que tenía que alejarse lo máximo que su fuerza le alcanzara, ya nunca volvería a ver a su hija, eso era un episodio que tenía que olvidar, ahora tenía que preocuparse por ella, alimentarse y vivir. Se sentía más segura, pero no tan cómoda durmiendo en los árboles, era su arcaico instinto que le guiaba.

Felizmente para lograr su desarrollo, la liberación de sus manos, que ya no le servía para trepar los árboles, ahora era el faro que en medio de la oscuridad la guiaba hacia la claridad, donde le esperaba la maravillosa luz de la inteligencia.

Siempre había vivido en grupo, lo que le sucedía ahora era algo nuevo. Ya no tendría la protección de su macho, el pobre murió despedazado por una fiera mezcla de tigre con búfalo, que lo sorprendió cuando recolectaba frutas en un pequeño valle.

Este nuevo estado de vida le proporcionaba la oportunidad de descubrir, dolorosa y lentamente, otros horizontes y desarrollar sus instintos de supervivencia.

Encontró un árbol grande con una buena copa, ideal para pasar la noche.

Al tratar de subir su largo pelo se enredó en las ramas primarias y gruñó de disgusto. Se colocó a horcajadas, dispuesta a descansar y a esperar el nuevo día que no le traía ninguna esperanza halagadora.

Pelo Largo soportó varias tormentas y durante las noches oscuras permanecía quieta, sin dormir, esperando el zarpazo de una fiera o la mordedura traicionera de una víbora. Añoraba su cueva, su horda, su macho, su cría. A sus recientes 18 años, ya se consideraba una adulta con gran experiencia en su arisca vida.

Durante el día no caminaba mucho, su radio de acción era pequeño, no se preocupaba de avanzar, su único afán era vivir y alimentarse. Su dieta a base de gusanos, insectos y hojas ya le resultaba monótona, extrañaba los días en que los machos de su grupo rodeaban un pequeño ciervo y lo atrapaban con las manos, luego a dentelladas le quitaban la piel, quedando expuesta la carne que era devorada por todos.

Han pasado dos lunas desde que se quedó sola.

Su vida se desarrolla en una constante búsqueda de seres similares a ella. Por naturaleza era un ser sociable y se le hacía cada día más difícil vivir en soledad. Largas horas se entretenía jugando con su largo pelo, que le llegaba hasta la cintura y sus afiladas garras le servían de peine para alisarlo y colocarlo por delante de sus glándulas mamarias, para que no le estorbe cuando caminaba por entre las malezas.

Gruñía de pena, con un lamento silencioso, para no llamar la atención de sus enemigos. Sus ojos otrora vivaces y brillantes, ahora lucían tristes y opacos, sus cuencas parecían que se habían hundido en la profundidad de la soledad y los gemidos eran una seguidilla de voces guturales que apenas salían de sus labios. Sufría mucho.

Era una bestia primitiva que se sentía sola, abandonada en un salvaje mundo, a merced de todos los peligros. Sus posibilidades de sobrevivir eran escasas. Había sido madre y ya no lo era, había tenido un compañero y lo perdió, había tenido una tribu, una cueva y ahora ya no le quedaba nada.

No tenía motivos para vivir. ¿Cuántas madres han pasado por esto? ¿Cuántas se han quedado en el camino? ¿Cuántas han sobrevivido?

No lloraba, no estaba acostumbrada a hacerlo. Miraba al cielo con ojos húmedos, buscando un alivio o una respuesta a sus inquietudes.

Sus largos días de soledad le proporcionaban el tiempo que necesitaba su cerebro para esbozar ideas arcaicas mínimas, rústicas y groseras, acerca de su situación, su futuro y su supervivencia. Quizás al tener tanto tiempo libre, le permitía ingresar en los misteriosos y aún oscuros túneles de la

supervivencia, buscando al final de los mismos la luz que le enseñe que ya es diferente a los demás phitecus, que competían con ella en la supervivencia del planeta.

Un día se encontró con un grupo de phitecus que tenían un gran parecido a los gorilas actuales, pero les faltaba algo que ella tenía y ellos no: La forma inteligente de mirar.

Estos seres no miraban de frente, actuaban como si estuvieran en constante falta, rehuían la visión directa y no fijaban la vista en las cosas que les rodeaban. Además, no emitían gruñidos y no tenían manifestación alguna de sociabilidad. No se podría decir que eran miradas de inocencia, porque no sabían de su existencia. Su actitud no capitulaba con el engaño pues eran tan rústicos, de elemental desarrollo cultural; formaban parte del gran grupo de monos que habían tomado el otro extremo del desarrollo.

Estuvo dos días al lado de ellos, sin ningún rasgo de sociabilidad. El jefe macho llegó a copular con ella, pero era algo diferente, no sentía ningún tipo de placer, no era lo mismo, que cuando lo hacía con sus antiguos compañeros.

Aunque el grupo le brindaba cierta protección, no se sentía a gusto, no les encontraba muestras de sociabilidad. Era notorio que estaba culturalmente por encima de ellos, pues lo demostraban desde el hecho de no tomar agua con las manos o coger una fruta con la ayuda de una rama y sobre todo porque no sabían comer carne.

Una mañana se alejó caminando en sentido contrario y los gorilas no la percibieron, la inteligencia de estos seres estaba lejos de la humanoide y *Pelo Largo* se dio cuenta que se había equivocado. Esos seres no eran como ella, pues hasta sus hembras eran diferentes, no tenían pelo largo, su pelaje era de cerdas fuertes y negras, en cambio, ella tenía un vello fino y corto, sus glándulas mamarias eran más grandes y tenían más leche y los órganos genitales de los machos eran cortos y de un color rojo intenso. En general le parecía que eran unos tontos, tanto los machos, como las hembras.

Otra vez sola.

Prefería esta situación que para ella no era nueva, a estar acompañada de seres inferiores, que no sabían cazar y que su dieta estaba conformada solo por hierbas.

Nuevamente empezó a caminar sin rumbo fijo, siguiendo el desordenado mandato de sus instintos.

Cuando encontraba algún arroyo grande y no lo podía rebasar, lo seguía aguas arriba, dejándose llevar por el accidente geográfico hasta encontrar altas montañas o grandes ciénagas donde nacían las corrientes de agua.

Ya no tenía tanto temor de estar sola, se había convertido en una solitaria, lo que más extrañaba era el apareamiento. Sentía celos al ver a las aves, a los monos, a los ciervos y otros animales y dentro de su cuerpo joven, su instinto sexual se manifestaba en forma imperiosa, pues estaba intacto y era una constante, que le mortificaba diariamente.

Capítulo 6

Una tarde que se encontraba ocupada en comer unos frutos redondos y rojos semejantes a fresas gigantes, llegó a sus oídos el rumor de gruñidos humanoides.

Por su nato instinto de conservación decidió no mostrarse, pues ignoraba cómo eran. Así actuaba por la desconfianza en el salvaje medio que la rodeaba. Se escondió entre los arbustos, en una expectante espera para poder verlos mejor.

Delante del grupo marchaba un megatrophus, cuyo erguido cuerpo estaba cubierto de un pelo rojizo, dejando libre solamente la boca y los ojos. El cráneo era redondo y pequeño comparando con el cuerpo. Sus mandíbulas eran grandes y con dientes filudos, en cuya hilera superior, sobresalían enormes formaciones que semejaban feroces colmillos. El pelaje era suave y largo, que a la altura de los miembros inferiores los arrastraban como si fuera una escobilla.

Pelo Largo se asustó al ver al megatrophus, los tres metros que medía la atemorizó.

No era un animal, porque caminaba erguido como los phitecus en evolución y gruñía en forma inteligente.

El grupo no era numeroso, no pasaban de diez, completaban la horda, dos hembras, una de ellas con una cría entre los brazos.

Todos eran de enorme talla, pero no tanto como el líder y sus pelajes variaban desde el rojizo al negro, pasando por diversos matices. Las hembras tenían seis glándulas mamarias, pequeñas y rodeadas de vello.

Pasó la noche cerca de ellos, esperando conocerlos mejor para tratar de integrarse al grupo. Los gigantes durmieron en el suelo, sus robustos cuerpos no les permitían subir a los árboles. Ella en cambio trepó a un coposo árbol, donde observaba todos sus movimientos.

Por la mañana reiniciaron la marcha, *Pelo Largo* los seguía a prudente distancia. Le llamó la atención que no comían vegetales, parecería que solo eran carnívoros y en su trajinar buscaban cualquier animal que les sirviera de alimento.

Llegó el mediodía y no encontraban lo que buscaban.

La horda gruñía inquieta de hambre, el más desesperado era el gigante rojo, que con ojos vidriosos buscaba por todos lados una futura presa. Los gruñidos al inicio en tono suave, empezaron a convertirse en aullidos que estremecían la selva.

El hambre los acosaba como un mortal enemigo, su principal afán era combatirlo y hasta las épocas actuales, es el enemigo de grandes masas, pero esa es otra historia, que se puede solucionar si hay voluntad para hacerlo, por ahora, a esta primitiva horda les estaba cambiando su comportamiento.

En un determinado momento, el gigantesco meghatrophus acosado por el hambre, arrancó de los brazos de su madre a su pequeña cría que también lloraba de hambre y empezó a darle dentelladas. El resto de la manada también participó del macabro festín y en pocos instantes solo dejaron despojos del pobre infeliz.

Asustada, *Pelo Largo* vio todo el espectáculo y se sobrecogió más cuando la propia madre daba cuenta de los despojos que quedaban de su crío.

Este grupo no era para ella, su instinto le dijo que no se mostrara porque podía terminar devorada. Eran unos homínidos caníbales, en una escala de desarrollo muy inferior a la que conocía *Pelo Largo*, cuyos fenómenos de mutación les eran desfavorables porque su alimentación no incluía vegetales.

Decidió mantenerse alejada para salvaguardar su vida.

Por eso eran pocos, porque se devoraban entre ellos, no dejando llegar a la edad adulta a los jóvenes. Además, por su gran tamaño y su alimentación a base de carne, a veces difícil de encontrar, no lograban ser un grupo numeroso.

Si fueran omnívoros no tendrían problemas, porque frutas, hojas, tallos tiernos y raíces hay en cantidad suficiente para mantener a muchos de ellos.

El grupo se calmó, los gruñidos bajaron de intensidad y lentamente iniciaron la marcha. *Pelo Largo*, mientras tanto, permaneció en el árbol, esperando que se alejaran para bajar y tomar un camino distinto.

En eso estaba, cuando sintió el vuelo de aves sobre su cabeza, al inicio vio que volaban alto, luego otras bandadas lo hacían más bajo y casi simultáneamente sintió el rumor de un ruido lejano que cada vez se hacía más intenso. Era el desplazamiento del follaje y la rotura de ramas, como si viniera una manada salvaje de corpulentos animales.

Por instinto, *Pelo Largo* nuevamente trepó a la parte más alta de un árbol, para el caso de que fuera necesario y esperó ver qué era lo que producía tan grande estruendo.

Era una manada de cerca de medio centenar de mamuts gigantes, los más grandes que había visto. Avanzaban arrasando todo lo que encontraban a su paso. Las fuertes pisadas, retumbaban el suelo, haciendo temblar los árboles. Venían lanzando bufidos de ira, babeando un líquido espeso y blanquecino por entre los colmillos.

El gigante rojo al verlos trató de salvar su horda, con gruñidos que semejaban chillidos de miedo, esbozaba órdenes, estimulándolos a que corrieran más de prisa. Los mamuts al verlos cambiaron de dirección y enfilaron hacia los primatóides. La desesperación cundió en el grupo, no sabiendo qué hacer se dispersaron. No podían subir a los árboles, pues no estaban entrenados para eso. Sus corpulentos cuerpos no eran veloces y su pelaje se enredaba en las ramas por lo que fueron presa fácil de los atacantes y uno a uno fueron despedazados por los enfurecidos animales.

No quedó ninguno de ellos para perpetuar su especie.

Pelo Largo bajó del árbol cuando pasó el peligro y caminó en sentido contrario a la aparición de la manada, quizás adquiriendo la experiencia en su arcaico entendimiento, que los perversos, los que actúan con sevicia extrema, siempre tienen su castigo.

Su cerebro con motivaciones positivas aprendía con dificultad todo lo que acontecía a su alrededor y en algún remoto centro nervioso, todavía en formación, asimilaba la experiencia que le había tocado vivir.

Después de este ingrato episodio, pasó una luna caminando sin dirección, en todo este tiempo no le sucedió nada extraordinario. Esporádicamente, levantaba la vista y en una de las tantas veces que así lo hizo, a lo lejos contempló una novedosa y misteriosa cadena de montañas y hacia allá se dirigió como buscando algo diferente a lo que ya conocía.

En su ascenso, por elevadas laderas llenas de una lujuriosa vegetación, en un atardecer encontró una caverna. Con precaución ingresó al interior, al hacerlo, vio restos que le hicieron recordar su antiguo hogar: Huesos de animales, cueros aún frescos, con el olor característico de descomposición y piedras con manchas de sangre. Supuso que estaba cerca de seres como ella.

Buscó por todos los rincones y no encontró a nadie. Con naturalidad empezó a raer los restos de carne de una piel de ciervo. Varias semanas que no ingería proteínas animales y su organismo le pedía en forma imperiosa, por lo que no le hizo ningún asco al nauseabundo olor que despedía el resto del animal muerto hace varios días.

Caía la noche, decidió acurrucarse detrás de una gran piedra. Afuera, una fuerte lluvia empezó a caer y con el aguacero, también empezó a llegar la horda de homínidos que vivía en la caverna.

Traían arrastrando un animal, mezcla de buey con elefante. Lo habían matado a pedradas con intervención de todo el grupo, pues no utilizaban ningún otro tipo de armas y en su escaso intelecto habían creado la novedosa forma de cazar arrojando certeras pedradas hacia la cabeza de la presa.

Esto era un avance extraordinario entre ellos, una forma de adelanto cultural, que cambiaría el desarrollo intelectual del grupo, facilitando la obtención de presas, produciendo una variación en la dieta alimentaria, lo que traía como clara consecuencia mejor nutrición de la horda y mejor nivel de vida.

Pero este desarrollo solo era posible en lugares donde había piedras.

En las selvas y pantanos donde viven otros grupos de homínidos, este factor no existe, por lo que este avance cultural no se creaba.

Pelo Largo veía con curiosidad a los recién llegados. Eran casi de su estatura, de piel oscura y escaso vello muy fino, que en el dorso se manifestaba claramente, pero no en otros lugares del cuerpo. La cabeza era redonda, de una capacidad un poco superior a la de *Pelo Largo*, lo llamativo de su físico era sus miembros superiores, que eran gruesos y no muy largos, diferenciándolos de otros pitecántropos, cuyos miembros eran mucho más largos que los inferiores. El cráneo era braquicefálico, con una amplia frente y arcos superciliares delgados. Las fosas nasales eran anchas, con un esbozo de tabique delgado en la base. La cara sin pelaje, terminaba en una mandíbula prominente, donde se alternaban dientes que esbozaban la forma de los modernos incisivos, caninos, premolares y molares.

Su columna vertebral tenía una marcada cifosis, lo que determinaba que se desplazaran con el cuerpo encorvado hacia delante, por lo que no eran muy erguidos para caminar. Los pies no eran muy cóncavos y parecían que hace cientos de generaciones habían bajado de los árboles.

Formaban parte de un claro ejemplo de phitecántropus en plena evolución hacia un ser viviente mejor dotado para sobrevivir. Tenían la característica de estar en constante movimiento y por el aspecto físico parecían provenir de una zona de clima caluroso, con días de mucho sol, pues los homínidos provenientes de climas extremadamente fríos tienen la circulación lenta, como en un estado de pre-hibernación, por lo que sus movimientos son perezosos.

Todo el desarrollo de su organismo está pendiente de la velocidad sanguínea de sus arterias y venas y uno de los órganos que más sufre con este enlentecimiento circulatorio es el cerebro, por lo que la inteligencia y el libre albedrío está casi detenido, trayendo consigo una apatía en todo su desarrollo emocional, físico y social.

Cuando el hombre empezó a abrigarse, dio inicio a una fase importante en su desarrollo, porque su cerebro empezó a tener mejor irrigación, con la lógica consecuencia de la llegada de mayor cantidad de nutrientes, necesarios para una mejor interrelación de los fenómenos de sinapsis y coordinaciones neuronales.

Lo llamativo del grupo era que los críos hasta cierta edad caminaban apoyados en sus cuatro extremidades, de tal manera que cuando llegaban a la edad adulta tenían una deformación callosa en la rodilla.

En los lugares donde no había pelo tenían la piel de un color moreno, semejante a los actuales nativos de Australia.

Pelo Largo nunca había conocido humanoides con tanta variedad de gruñidos como ellos. Era un grupo, con mayor desarrollo intelectual que cualquier otro, que hasta ahora haya conocido.

Para cada situación tenían una manifestación diferente. No llegaba a ser un vocabulario, pero si era una comunicación muy rudimentaria. Parecía que como lógica mayor utilización de las manos, sus descubrimientos habían traído como consecuencia la aparición de un esbozo de lenguaje.

El descubrimiento de un objeto, como por ejemplo una piedra muy redonda, inmediatamente llama la atención de la que lo encuentra. Este objeto causa curiosidad a todo el grupo, quienes se acercan a observarlo, creando la necesidad de crear una forma de expresar esa admiración o novedad.

Miles de años tardaron para que la mano, la vista, el cerebro y las cuerdas vocales, se conectaran y logren elaborar la idea y el vocablo para designar a la piedra perfectamente redonda. La aparición de los rudimentos de un lenguaje y su posterior evolución, trajo como consecuencia la aparición de sentimientos. Recordemos que los actuales animales domésticos reconocen diversas órdenes de sus amos, en diferentes idiomas, por efecto del sentimiento a sus amos, por lo que es lógico deducir que los pitecántropos empezaron a tener manifestaciones alturadas de afecto, solidaridad, amor, dolor con sus semejantes, al tener esbozos de comunicación.

Los recién llegados, con las manos y dientes descuartizaron al animal y cada uno tomó una porción. Se dirigieron a un rincón de la cueva y empezaron a comer rápidamente, para que no les quiten los más fuertes.

Uno de los machos se colocó a un metro de la intrusa.

Al descubrirla dejó de comer, pero solo fue un instante, sin retirar la mirada siguió comiendo.

Cuando terminó de comer su porción, empezó a lanzar gritos guturales: mou, mou mou, mou.

Rápidamente se hizo presente toda la horda. Eran casi veinte cavernícolas entre adultos y críos pequeños. La rodearon y empezaron a mirarla con curiosidad.

Los más osados le agarraban el largo pelo, las hembras le pasaban la mano por el suave pelaje de la espalda. Un macho que no era el más grande, pero sí el más grueso y que le faltaba un ojo, seguramente el jefe, le introdujo el dedo en sus genitales, como investigando si era hembra o macho.

El estudio duró buen tiempo, les llamaba la atención que morfológicamente eran casi iguales, pero no les gustaba que estuviera todo el cuerpo cubierto de pelos, como los monos que vivían en los árboles.

No les miraba de frente, el susto no le permitía levantar los ojos. Poco a poco, el grupo se fue diluyendo, quedando dos homínidos cerca de ella. Con hambre observaba la carne sobrante, no se decidía a tomarla, a pesar de que estaba a su alcance.

Pero el instinto primario era más fuerte que su temor.

Poco a poco, se fue acercando y con desesperación cogió un pedazo y empezó a comer aceleradamente.

El grupo la observaba con curiosidad, no hicieron nada por impedir que se alimentara. El esbozo de la caridad parecía que era una característica de la horda, a pesar de ello, comió lo más rápido que pudo.

Había sido aceptada.

Tenían semejanzas en la talla, las proporciones de las extremidades y el tamaño del cráneo. Las diferencias más notables era el excesivo vello de *Pelo Largo*, la rótula grande de los adultos, la oreja pequeña de los pelados y lo más llamativo era que los machos tenían un falo que les llegaba hasta la rodilla, por lo que generalmente copulaban a las hembras por detrás.

Durante el día, cuando no llovía, permanecían en el bosque.

La cueva sólo la usaban cuando había tormenta o cuando hacía mucho frío.

No peleaban entre sí, bastaba un gruñido fuerte de parte del jefe, para que el rebelde cambie de actitud y no interfiera en la tranquilidad del clan.

Pasaron los primeros días y *Pelo Largo* se sometía a lo que hacía la manada y poco a poco le fue pasando el temor de ser devorada en un descuido. Se sintió más segura cuando se percató que el grupo estaba conformado por expertos cazadores, por lo que nunca faltaba carne de animales medianos en la dieta diaria de la horda.

Su alimentación era omnívora y cuando cazaban lo hacían todos juntos, tanto los machos, las hembras y los críos jóvenes. No conocían ningún tipo de arma, lo único que les servía para cazar eran las piedras, que luego de matar al animal lo guardaban cerca de la cueva.

Pelo Largo empezó a acompañarlos cuando cazaban, recogían frutas o buscaban miel de los árboles, pasando los mismos peligros ante los depredadores y los fenómenos de la naturaleza. Aprendió a emitir gruñidos, incorporándolos a su experiencia y diferenciándolos cuando eran de peligro, de aceptación, de negación o de afecto.

Con ellos inició una etapa importante de su vida.

Aparte de sentirse protegida, empezó a valorar la sociabilidad del grupo y la ventaja de trabajar en sociedad, para obtener mejores posibilidades de éxito en la cacería de animales, y también de valorar la gran importancia de un oportuno gruñido para avisar al compañero en caso de peligro.

A estos homínidos los encontró más desarrollados que ningún otro grupo que había conocido, porque para ella era una gran manifestación de avance cultural el que sepan emplear la piedra para cazar y tener un esbozo de comunicación.

Pasaron varias lunas y *Pelo Largo* se adaptó muy bien a sus nuevos compañeros. Los machos y hembras no tenían pareja fija, cada uno se apareaba con la que estaba más a su alcance.

El comportamiento era de una natural promiscuidad. Costumbre que perduraría hasta los albores de la civilización y hasta la actualidad, se sospecha que algunos hábitos del hombre moderno, como la infidelidad, ya sea masculina o femenina, sería un remanente de la ancestral conducta de nuestros antecesores.

Pelo Largo no era muy requerida, su excesivo vello no era ningún atractivo para estos homínidos que habían perdido el pelo porque venían de una zona donde no hacía frío. Además, el largo falo, le producía dolor en vez de placer, por lo que prefería no ser abordada con frecuencia.

Con el tiempo la horda fue creciendo, los nacimientos eran frecuentes y las muertes eran escasas. Esta facilidad que tenían para incrementar su número, era un estímulo para aumentar su repertorio de gruñidos, la costumbre gregaria actuaba directamente sobre nuevas formas de comunicación.

Capítulo 7

Uno de los factores que favoreció que el hombre llegara a desarrollarse hasta donde está ahora, es gracias a su instinto gregario. Debido a este, aprendió a comunicarse, pues el idioma no es congénito. El hombre no nace hablando, si un niño crece en forma aislada sin contacto alguno y nadie le enseña a hablar, se queda mudo. Pero gracias a su tendencia a socializarse, aprendió a crear un lenguaje, rudimentario al inicio, pero fue la base para aprender las experiencias de otros.

Sus nuevos compañeros, con el transcurso del tiempo, se hicieron más diestros en la caza aumentando el consumo de proteínas del grupo. La cueva quedó insuficiente para albergar a toda la horda y en los días de lluvia, los adultos quedaban en la entrada permaneciendo en el interior los elementos más jóvenes.

Por esos tiempos empezaron a usar hojas grandes y secas para abrigarse del frío de las mañanas. Cuando llovía diez a quince días seguidos, en una forma que era imposible andar por el bosque, los más fuertes salían a recoger hojas y frutas cerca de la caverna, a veces alguno de ellos no volvía y su ausencia no era notada y la vida continuaba, sobreviviendo los fuertes y más hábiles.

Cuando el grupo se hizo más grande y *Pelo Largo* estaba por parir a su segundo crío, el jefe, *Ojo Tuerto*, obligó a la horda a salir en busca de una nueva caverna y nuevos valles. No se plegaron todos, un grupo que era minoritario quedó en el mismo lugar, este estaba conformado por un nuevo jefe que siempre gruñía con *Ojo Tuerto*.

La costumbre de ser nómades estaba arraigada como una práctica congénita, y los miembros de la horda lo tomaron como algo natural.

Al alejarse de la caverna madre, *Ojo Tuerto*, con mucha experiencia guiaba a sus compañeros, pasando por parajes que le servían de refugio temporal, buscando algún lugar que tenga mucha vegetación y animales para cazar.

La marcha se hacía bordeando la cadena de montañas y solo se detenían cuando los fenómenos de la naturaleza, casi siempre torrenciales lluvias no los dejaba avanzar y aterrorizados levantaban la vista al cielo, para volverlos a bajar y buscar refugio de preferencia en alguna depresión del terreno.

Algunos días, cuando era intenso el efecto del sol, las hierbas secas estimuladas por un suave viento empezaban a arder, produciendo intenso terror al no poder dominarlos. No presagiaban, lo que ahora les producía gran terror y temor, -el fuego-, con el tiempo se convertiría en su principal aliado para lograr un grado óptimo de culturización.

Las torrenciales lluvias, generalmente eran precedidas por un aterrador viento huracanado, que levantaba por los aires, todo tipo de ser viviente, arrancando de raíz los grandes árboles y raudas corrientes de agua arrastraban todo lo que quedaba en la superficie.

Los asustados phitecus, desconcertados, corrían sin dirección, guiados tan solo por su instinto de conservación, con la desventaja que en la desigual lucha, la naturaleza era más fuerte y sucumbían en el intento de sobrevivir.

La horda de *Ojo Tuerto* estaba adquiriendo la extraordinaria experiencia de conocer toda la peligrosidad del salvaje mundo en formación. Su peregrinaje se convertía en una necesidad, no ya de alimentarse, si no de huir de los peligros que los acechaba por doquier.

En ocasiones, el ambiente se llenaba de ensordecedores truenos, martirizando las aún gruesas membranas timpánicas, produciendo desesperación y caos en la incipiente especie humana, dejando una estela de silencio y orfandad. Pasado el temporal, la vida se reavivaba con mayores bríos, prolongándose el fenómeno por varios días, quedando finalmente siempre vencedora la salvaje naturaleza.

En esos días se perdieron o murieron varios integrantes de la horda y a medida que avanzaban a través de inhóspitos bosques, el número de individuos disminuía, sobreviviendo y pasando la difícil prueba los más hábiles y fuertes.

En una noche de gran tormenta, *Pelo Largo* parió tres críos. Dos eran de escaso vello, que murieron a las pocas horas de nacer y la otra, la más robusta semejante a ella, fue la que sobrevivió

Lo hizo sola, debajo de un gran árbol, de pie y con el agua que le caía por la espalda.

En este acontecimiento, tan natural y antiguo, no fue asistida por nadie, sus nuevos compañeros la dejaron a su suerte y prosiguieron su camino, como si nada extraordinario hubiera sucedido. Como era costumbre en ellos, la placenta fue comida por la parturienta y los cordones umbilicales fueron separados a dentelladas, los cuales quedaron colgando por varios días hasta que se secaron.

Con su criatura que sobrevivió en brazos, empezó a caminar lentamente detrás del grupo, del cual estaba separada dos días. No deseaba quedarse aislada, ya sabía lo que era estar sola y los mil peligros que la acechaban, hizo que su marcha fuera constante, aunque lenta. No quería rezagarse, menos ahora que tenía que lactar a su cría. Nadie la esperaba para acompañarla. Ahora más que nunca necesitaba estar cerca de ellos, su organismo le pedía carne para tener más fuerza para alimentar al nuevo ser.

Al llegar a lugares donde había estado el grupo, encontraba algunos despojos de animales que devoraba con rapidez y regocijo.

Cuando su crío cumplió una luna, alcanzó al grupo, el cual ya era menos de la mitad del número inicial y el probable padre de su hija había muerto, posiblemente devorado por una fiera.

Los cambios de luna se sucedían unos a otros, la marcha hacia nuevos valles se prolongaba por varios días, sin percatarse de los cambios climáticos, sino de la abundancia de frutos o mamíferos menores. A medida que caminaban el sol se hacía más retrechero. El grupo de *Ojo Tuerto* venía huyendo del sol y ella, al contrario, venía de un lugar en que el sol escasamente se dejaba ver. Ahora iban hacia el este con una ligera inclinación hacia el norte.

Al disminuir el número de componentes, cada individuo se hizo más compañero del que tenía cerca. La hija de *Pelo Largo* se diferenciaba de los críos de su edad, por carecer de rodilla callosa y no tener cifosis de la columna. El número de hembras había disminuido, por lo que los machos haciendo a un lado su repugnancia por la peluda, la buscaban con cierta frecuencia para copularla.

Eran tiempos difíciles, sus compañeros morían a su alrededor, con la misma frecuencia con que se reproducían. A veces por la torpeza, al subir a un árbol en caso de peligro o por arriesgarse demasiado ante la presencia de los depredadores.

El embarazo y la prolongada lactancia, habían modificado el cuerpo de *Pelo Largo*, el cual era más esbelto y con una notoria lordosis lumbar.

Ya la cría de pelo largo tenía cuatro años, cuando quedó otra vez preñada. No sabía exactamente quién era el padre, pero sospechaba que era *Ojo Tuerto*, pues era el que más se apareaba con ella.

Seguían avanzando hacia el este con pequeñas estancias en lugares donde había caza y frutas silvestres. No tenían destino final.

Sin rumbo conocido, deambulaban por las praderas y valles. Temían al fuego, sentían horror y corrían despavoridos cuando un rayo producía un incendio en los bosques.

Se alejaban y evitaban los volcanes activos, marchando en sentido contrario a su erupción, evitando las zonas secas, buscando zonas húmedas y fértiles. La domesticación del fuego, aún no se vislumbraba, faltaba un largo trecho para lograrlo. Mientras tanto tendrían que afrontar los rigores del frío con el tupido vello que cubrían sus cuerpos o buscar zonas cálidas y templadas.

En su largo peregrinaje, el grupo de *Ojo Tuerto* había tenido encuentros con manadas de tigres con dientes de sable, mamuts, leones, bueyes salvajes, gorilas gigantes, animales semejantes a cruces de avestruz con lagarto y ante cada peligro actuaban con diferentes estrategias, adquiriendo experiencias nuevas para salvaguardar sus vidas.

En caso de peligro extremo, *Pelo Largo* les recordó la ancestral costumbre que habían perdido en su largo peregrinaje, el de subir a los grandes árboles, al cual ella trepaba con asombrosa agilidad y para suerte de la manada, existían grandes y coposos.

En ocasiones pasaban varios días en los árboles y algunos de ellos cansados, con los brazos y piernas adormecidos, caían como fruta madura, siendo devorados por las rezagadas fieras.

La reproducción y la supervivencia estaban en equilibrio con la mortandad. A veces la balanza era negativa, pero no por mucho tiempo, pues lentamente empezaba el ascenso de la curva de la supervivencia.

La muerte natural no existía, todos morían de forma forzada. El homicidio directo no existía, pero era común dejar morir en una ciénaga, abandonar a los heridos y no ayudar a los congéneres en peligro.

Cada uno veía por sí mismo. El amor paternal no existía, pero sí estaba esbozado el maternal hasta que se destetaba, lo que ocurría a los cuatro años, luego el joven ser, si tenía suerte llegaba a la edad adulta, pero lo más común era que pereciera en el intento.

A veces la muerte de uno de ellos era deseada por el resto, pues servía de alimento, especialmente en los días de escasez. Esta prístina antropofagia era común en todos los seres vivientes, tanto en los de evolución más primitiva, cuyo cerebro era de 800cc de capacidad, como en los que bordeaban los 1200cc. y esbozaban algún rasgo de desarrollo.

Pelo Largo parió por tercera vez. Fue una sola cría, lo hizo debajo de un arbusto, en un día de mucho sol, delante de toda la horda. Su organismo estaba preparado para parir cuatro crías, tenía cuatro glándulas mamarias, que se cargaban de abundante leche.

Ya era experta en alumbramientos. Devoró la placenta, mordió el cordón umbilical y lamió la piel de su hijo que había nacido macho y parecido a sus compañeros, pues tenía cabeza más grande que sus anteriores hijos y la piel casi carecía de vello.

No le importaba la indiferencia de sus ocasionales compañeros, era algo tan natural que no necesitara de nadie y tampoco le importaba que se pareciera a la mayoría del grupo. En su arcaico entendimiento, se había dado cuenta, al ser distinta a la mayoría del grupo, se había creado una barrera invisible, que nadie la había trazado, pero que allí estaba, para hacerle recordar que ella era la que necesitaba al grupo y no el grupo a ella.

En el lugar donde parió *Pelo Largo*, se quedaron dos lunas, tiempo en que se agotaron las frutas y tallos tiernos y fue el lapso suficiente para recuperarse y emprender la marcha hacia nuevos valles.

En el lento y prolongado peregrinaje, llegaron a los extremos de una extensa sabana. Ante la incertidumbre de continuar por la misteriosa planicie, donde el sol resplandecía 12 horas del día y cambiar de rumbo, decidieron permanecer en este nuevo lugar, hasta que se agotaran las tiernas hojas que había en abundancia.

En este lugar murió *Ojo Tuerto*. Al tratar de cazar un animal parecido a un jabalí.

En forma temeraria se acercó demasiado para arrojarle una gran piedra en la cabeza y en un descuido fue atravesado por los largos colmillos del animal.

La muerte del líder del grupo, renovó en *Pelo Largo* el incipiente sentimiento de afecto hacia un ser que había compartido momentos de agradable y peligrosa supervivencia. Penosamente aprendía las duras leyes de la vida, en donde no solo era importante la fuerza física, sino la intuición, liberada de la razón, que con la posterior evolución humanoide se convertiría en inteligencia.

Al quedarse sin conductor, la turba acéfala deambulaba sin rumbo y temerariamente empezaron a disminuir sus miembros, ya sea por deserción o por no saber enfrentar los peligros.

En estas circunstancias, cuando ya el grupo no pasaba de 20 individuos, se vieron forzados a convivir por varias lunas con una horda de homínidos casi semejante a ellos.

Solo variaban en la cantidad de pelo, el cual era de menor densidad que la de *Pelo Largo*, pero más tupido que la mayoría del grupo y la cabeza, la cual era grande y con la sutura sagital abierta y cubierta por una delgada capa de tejido conjuntivo, por lo que eran muy vulnerables.

Con desconfianza se observaban con mucho recelo, sin animarse a confraternizar, porque no era costumbre asociarse con grupos desconocidos, como una forma de protegerse de los caníbales obligados. Los separaba un pequeño arroyo, que les servía de límite natural, pero eso no era obstáculo para que ambos grupos se estudiaran mutuamente y permanezcan en constante temor de ser atacados.

Eran de escaso número, no pasaban de una docena, pues tenían la nefasta costumbre de comerse entre ellos.

El jefe, dominador absoluto del grupo, era un corpulento phitecus, que tenía varias hembras a su disposición, con las cuales procreaba continuamente para que las crías sirvan de alimento.

En esta salvaje, primitiva e irracional forma de vivir, era secundado por otros adeptos, los cuales también tenían que cuidarse de no darle la espalda, viviendo en constante zozobra, pues el gigante en un descuido, se abalanzaba sobre sus víctimas prendiéndose del cuello y con certeros mordiscos en la yugular les producía la muerte casi en forma instantánea.

De estos peligrosos antropófagos, desde el inicio trataron de mantenerse alejados, para evitar que se cumpliera la norma, de que el que mucho se acerca a su enemigo, corre el riesgo de identificarse con ellos.

Felizmente el peligro desapareció.

Una tarde que el calor era sofocante y al cual la mayoría de ellos no estaban acostumbrados por tener gran cantidad de pelaje, para refrescarse, estos nefastos personajes se echaron a nadar en el arroyo y se perdieron aguas abajo para siempre.

Cuando se agotó la vegetación comestible, la horda salvaje de *Pelo Largo* empezó a caminar por la cresta de las colinas, para ver mejor los probables valles para su asentamiento. La falta de un guía dificultaba la buena alimentación y esto se notaba más en la prematura muerte de los elementos más tiernos. En algunas oportunidades *Pelo Largo* tomaba la jefatura del grupo, sobre todo cuando se trataba de huir de algún peligro, pero cuando pasaba el problema, al no poder llevar la delantera en la cacería de animales, su liderazgo perdía valor, el cual era tomado

en forma alternativa por alguno de los elementos jóvenes, los cuales no permanecían mucho tiempo en el cargo, pues la anarquía reinaba cuando se trataba de ordenar el comportamiento.

Una mañana divisaron un valle con abundante vegetación y sospechando que allí debía haber buena cantidad de animales medianos, como ciervos, jabalíes, osos y otros rumiantes menores que les serviría de alimento, decidieron internarse en su espesura.

Cuando llegaron a lo que era el comienzo del valle, lentamente y con temor se introdujeron en la enmarañada selva. Después de haber marchado varias horas, sin encontrar vestigios de animales de caza, escucharon desplazamiento del follaje.

Por instinto se pusieron en guardia, aunque no con mucha cautela, porque al parecer los que se acercaban eran pocos. En un claro, los de avanzada esperaron agazapados. No tardaron mucho en aparecer. Eran unos homínidos parecidos a *Pelo Largo* en la talla, el pelaje, la erguidez y el rostro. La diferencia estaba en que tenían una cola dirigida hacia arriba, peluda, gruesa y de unos tres a cinco centímetros. Las orejas eran grandes y movibles que la dirigían según la orientación del ruido.

Ambos grupos se sintieron sorprendidos, los orejones por que solo eran cuatro, tres machos y una hembra y los de *Pelo Largo*, porque les llamaba la atención sus grandes orejas, llenas de pelos y la gruesa cola donde terminaba la espalda.

Pero la mirada inteligente y un destello de comprensión terminó por ganarles la moral a los de piel morena y los velludos tomaron la iniciativa. Empezaron a tocarles la cabeza, palparle la piel sin pelos, buscaban la oreja que la tenían pequeña y al parecer tenían un esbozo de comunicación similar a la de los pelados.

Pelo Largo se sintió tentada de identificarse con los recién llegados y pasarse al otro bando, aunque la poca cantidad de sus componentes, la sensación de que también parecían un rebaño sin pastor y la presencia de la cola, la desanimó.

Por algo eran pocos y sintió temor de cambiar de grupo.

Los ojos vivaces eran un atractivo que nunca había visto y cuando se alejaron corriendo como si huyeran de algo, cargó a su pequeña cría con la intención de seguirlos, pero solo quedó en un intento, finalmente pensó que se sentía más segura con sus antiguos compañeros.

El nuevo valle les ofrecía abundante vegetación, variedad de frutas raras y dulces, hojas y tallos, arroyos que se entrecruzaban; pero llamaba la atención que no existieran animales mayores ni menores.

Las aves eran abundantes y hermosas, pero difíciles de atrapar, solo se contentaban con mirarlas cuando levantaban vuelo.

Uno de los que en más oportunidades fungía de jefe, ante la ausencia de un líder permanente, y ante la apatía del resto de los componentes de la horda, decidió que su grupo se quedaría allí, quizás para siempre.

El clima no era muy frío, el sol salía todos los días, las lluvias generalmente eran por las noches, las hojas grandes y secas para abrigarse eran abundantes; en fin, era lo mejor que habían encontrado en el largo peregrinaje.

Pelo Largo ya tenía cinco años con la horda, todavía lactaba a su última cría y había sido aceptada en el grupo, pero captaba una discriminación, la cual era tan antigua como los cavernícolas. La riqueza de su pelaje y su mayor talla actuaban como separadores.

No era una segregación directa, no tenían la inteligencia para hacerlo. Probablemente se trataba de un intento de selección natural, para proteger a la especie.

Por norma todos los congéneres que eran similares entre sí, estaban unidos por un lazo invisible, una fuerza desconocida los cohesionaba, como un mecanismo de defensa para sobrevivir y perpetuar su especie. Esta característica se daba en todos los grupos que poblaban la faz de la tierra y era notorio que trataban de no convivir con homínidos diferentes a ellos. *Pelo Largo* había sido una rara excepción, pero desde que murió *Ojo tuerto* esta incipiente discriminación se había incrementado.

Sobre todo, se manifestaba cuando jugaban a empujarse y ella no era tenida en cuenta para este entretenimiento.

Tranquila se sentaba en algún lugar apartado y contemplaba cómo se divertían en forma primitiva.

Así aprendió a manifestar alegría, con una mueca que era el origen primitivo de la sonrisa y al hacerlo, su estado de ánimo se transformaba y más aún, cuando sus compañeros manifestaban lo mismo. Circulando por todo el grupo una alegría colectiva, puntada inicial de una feliz y placentera convivencia.

Se sentía segura, entendía los gruñidos del jefe, los cuales habían aumentado en variedad y cambios de tono.

Se habían creado nuevos sonidos para expresar la dulzura de una fruta, cuando querían aparearse, para tranquilizar a un irritado y para expresar frío o calor.

Ya no eran una horda sin dirección, eran un grupo salvaje con un guía, con el único afán de alimentarse y sobrevivir. Eso los amalgamaba, manteniéndolos juntos con algunos destellos de inteligencia, como por ejemplo el de cargar piedras en forma permanente, para tener material con que matar a los animales de presa.

Ya estaban por cumplir dos semanas en aquel lugar, la alimentación era preferentemente vegetariana, extrañaban la carne fresca y por el cerebro del jefe, se anidaba la desesperación por la dieta hipoproteica de su clan.

En un amanecer que empezó con una torrencial lluvia, asustados por los truenos y relámpagos y el peligroso estremecimiento de los grandes árboles, obligó a la horda a agruparse debajo de un gigantesco árbol.

Desesperados por el descenso de la temperatura, se abrazaban unos a otros, formando un compacto cuerpo y frotándose entre sí para darse abrigo y poder defenderse del frío. En este acto de compañerismo *Pelo Largo* no había sido tomada en cuenta.

Los observaba de lejos, con un extraño sentimiento de soledad y abandono.

No sentía rencor por que no la habían tomado en cuenta para abrigarse, no conocía ese sentimiento, su cerebro aún no asimilaba ese comportamiento.

Buscó un apartado árbol para acurrucarse con sus hijos.

En medio de la tormenta, un silencio cómplice invadió el ambiente.

No se dieron cuenta en qué momento se produjo la fatalidad.

Así suceden las grandes desgracias, los argumentos para justificar lo acontecido aparecen fácilmente a posteriori de los hechos, en este caso sería la falta de un guía experimentado, la lluvia, la escasa cantidad de los componentes del grupo, la elección de un mal lugar para vivir o lo más fácil, echarle la culpa de todo, al odioso destino.

Finalmente parece que no hemos cambiado mucho en este aspecto, porque este argumento sigue teniendo vigencia hasta la actualidad.

Intempestivamente, fueron rodeados por gigantescos homínidos de fiero aspecto. La primera evidencia visible demostraba que su alimentación era exclusivamente carnívora, y el canibalismo obligado una de sus características. Esto estaba determinado por la energía con que irrumpieron ante el sorprendido grupo.

Sus grandes cabezas, los ojos saltones y el constante babeo, les daba un aspecto terrorífico.

Corpulentos y lentos, casi doblaban en talla a los sorprendidos pelados. Eran numerosos y por su grotesco aspecto, produjeron zozobra y temor, dejando sin reacción a los atacados.

No tuvieron problemas en hacerse dueños de la situación.

Su principal característica, aparte de la talla y que los distinguía de cualquier otro homínido, era el excesivo y denso vello. No era un pelaje hirsuto, sino suave y corto. Completaban su mal aspecto con un rostro fiero y lampiño, ojos inyectados de sangre y la boca con colmillos superiores y con dientes preparados solo para una dieta carnívora.

Cada monstruo se apropió de un pelado y sin mayores preámbulos empezaban a darle dentelladas. Algunos de los gigantes agarraban dos víctimas a la vez, mientras a uno lo tenían fuertemente asido por el cuello, al otro lo destrozaban con sus filudos colmillos, desgarrándoles las carnes produciendo la muerte por fatales hemorragias.

Pelo Largo ya había estado en una situación similar.

Le favoreció haber sido discriminada y no haber estado en el grupo frotándose para darse calor. Ella estaba algo apartada con sus dos crías, a una buena distancia del gran árbol.

Aprovechó la confusión para arrastrarse por entre el follaje, con rapidez y aullando de miedo se alejó lo más que pudo. Pero a pesar de su esfuerzo no pudo salvar a su cría mayor, que le fue arrebatada de las manos por una gigantesca hembra.

Con su cría pequeña en brazos, y con el cuerpo más libre logró alejarse del lugar de la carnicería. Se deslizó a ras del suelo, escondiéndose entre los arbustos llegando a trepar a un gigantesco cedro.

Atrás quedaron sus compañeros de cinco años, diezmados por los depredadores antropófagos. Habían creído encontrar un paraíso terrenal, pero era tan solo el reino de los gigantes carnívoros, que poco a poco estaban dejando sin seres vivientes al valle.

La lluvia continuaba, rayos y truenos se sucedían sin descanso, *Pelo Largo* trepada en el gigantesco cedro protegía a su pequeña abrazándola tiernamente. Un grupo de gigantes que la había visto trataron de atraparla, subiendo al árbol. Pero el intento fue en vano, porque las ramas se quebraban con el enorme peso de las bestias. Se quedaron, aguardando que la probable víctima bajara o se cansara de estar agarrada entre las ramas.

Anocheció. La lluvia se convirtió en una suave garúa. Abajo dormían cerca de sesenta antropófagos, con un ronquido de fieras hambrientas, estremeciendo el ambiente, produciendo

temor e impaciencia en *Pelo Largo*, la cual estaba con movimientos limitados, pues por un lado tenía que sostener a su hija y por otro lado estar firmemente agarrada de alguna de las ramas.

Amaneció y anocheció otra vez, los monstruos no se movían, los más impacientes sacudían el grueso tronco para tratar de hacer caer a la víctima.

Pelo Largo se trepó más a la copa, ya había agotado la existencia de todas las hojas que la rodeaban, su cría de casi diez kilos se movía inquieta entre sus brazos. Por la evolución, la pequeña había perdido la característica prensil de sus manos, por lo que su madre tenía doble trabajo para sostenerla.

Al tercer día aún continuaban debajo del árbol los depredadores. Aullaban de hambre. Los más viejos empezaron a alejarse quedando los jóvenes. En un mal momento, un poco por el cansancio, otro por el sueño, su cría se le escapó de los brazos y fue a caer entre las fieras. No duró mucho tiempo, fue consumida inmediatamente, ante la desesperada mirada de la madre.

Nuevamente, *Pelo Largo* pasaba por la triste y primitiva experiencia de sentir un gran dolor por la pérdida de un ser que formaba parte de ella. Su sensibilidad, a pesar de lo repetido del acontecimiento, seguía siendo la misma, es decir, una gran frustración y desasosiego que no sabía cómo manifestar.

Su corazón y su mente empezaba a aprender que la muerte de un ser propio, como es la de un hijo, deja una profunda grieta en el alma, que por su irreversibilidad nos produce una huella áspera en el fondo de nuestro sentimiento y que depende de cada uno saber atenuarlo para que no nos produzca mucho daño.

No tenía fuerzas para llorar, por momentos pensó en dejarse caer, para morir también con su hija. Su pesar era más intenso que en la muerte de su primer hijo, porque ahora había presenciado cómo un ser cercano a ella, era despedazado a dentelladas y en cada desgarro de la carne de su cría, sentía como si sus entrañas eran quemadas por un intenso fuego devastador.

Pero pudo más el instinto de conservación de la vida.

Dirigió una última mirada a sus enemigos y decidió alejarse de aquel nefasto lugar.

Empezó a saltar de rama en rama como sus antepasados. No tenía tiempo para pensar en sus compañeros, lo más importante por ahora era salir del peligro y cuanto más lejos y rápido lo haga, más probabilidades de que no la alcancen.

Sin mirar hacia atrás y de árbol en árbol, viajó por varias horas y recién se detuvo cuando se sintió cansada y los brazos ya no le respondían a la voluntad de seguir viajando. Nuevamente había

sobrevivido a un gran peligro, su experiencia se enriquecía, esto le serviría en su vida futura, -si es que la tenía, - de lo contrario formaría parte de los miles de phitecus que no llegaron a ser nuestros antecesores.

Nuevamente se encontraba sola, sin jefe, sin compañeros, sin hijos. Tenía una sensación de pena y alivio. Emociones divergentes que su cerebro aún no podía asimilar.

Alivio porque era dueña de sí misma, no sería discriminada y seguiría el rumbo que le sugería su libre albedrío. Pero por otro lado tenía pena por sus hijos, su instinto materno, primigenio e incipiente le producía pesar, sentimiento que ya no era nuevo para ella.

Mucho tiempo siguió desplazándose por los árboles, le resultaba difícil hacerlo, finalmente concluyó que se sentía más segura en el suelo, tenía que acostumbrarse nuevamente, pues sus miembros ya habían perdido la fuerza y la elasticidad de cuando tenía 18 años. El arco interno de sus pies le causaba gran dolor, demoraba en moldearse y adecuarse al nuevo uso, felizmente las articulaciones de las cabezas de los metatarsianos aun eran cóncavas y fácilmente podían hacer juego con los huesos vecinos.

Capítulo 8

La decisión de permanecer en el suelo todavía estaba en sus inicios, *Pelo Largo* ignoraba si era la adecuada y se dejó llevar por su intuición, sin imaginar que estaba en el camino correcto, que le serviría para proporcionar a su descendencia los elementos necesarios para dominar su medio ambiente.

Los peligros existentes en el suelo eran iguales o mayores a las condiciones de vida arbórea. No sabía si había cometido un error al bajar nuevamente al suelo, pero por ahora se sentía fuera de peligro y sus miembros inferiores, que anteriormente se habían adaptado a las superficies planas, tendrían que adaptarse otra vez al suelo.

El pronunciado arco plantar que sus antepasados desarrollaron para asegurarse en las ramas, se estaba convirtiendo en una superficie plana que se adaptaba lentamente a la superficie de la tierra, en este lento proceso no estaban exentos los dolores esporádicos de los miembros, por la actividad forzada a que estaban empezando a someterse.

Muchos compañeros habían muerto y varios hijos había perdido. A veces se sentía un animal comportándose como tal, pero pequeños destellos de racionalidad pasaban por su cerebro, haciéndola sentirse superior a todos los seres vivientes que la rodeaban.

Empezó a deambular por los bosques, alternando el suelo con la vida arborícola y por lugares donde nunca un ser inteligente había hollado.

Era más hábil que antes, los pelados le habían enseñado a gruñir y a cazar arrojando piedras a la cabeza de los animales. Esta habilidad le permitía cazar pequeños mamíferos, cuando su organismo se cansaba de comer hojas y frutas.

Todavía la tierra tenía rezagos de bruscos cambios geográficos.

Por doquier existían lugares del planeta, en donde el suelo ardía por siglos. Eran escapes de petróleo y gases, en plena combustión por efecto de algún rayo y faltaban muchos miles de años para que el asustado hombre dejara de temerlo y lo empezara a utilizar en su beneficio.

La tierra escapaba del periodo de glaciación DONAU, ingresando en una etapa de clima más benigno, pero faltaban varias inter glaciaciones para llegar a la era actual, por lo que el camino que le esperaba a los phitecántropus, era aún lento, desconocido, largo y peligroso.

Era común que en forma imprevista la erupción de algún gran volcán, irrumpiera en el medio, causando zozobra en los asustados homínidos y aterrados huían sin dirección conocida, solo con el único fin de salvar sus vidas.

Por otro lado, continuamente demoledores terremotos producían desplazamientos de enormes montañas y torrenciales lluvias que duraban meses, formaban grandes ríos que bruscamente cambiaban de dirección, formando nuevos valles.

Porciones de continentes se desmembraban y se perdían en la profundidad de los mares, llevando consigo animales de diversas especies y en medio de todo este caos, también a esbozos de hombres en distinta fase de evolución.

Las especies vivientes estaban en una fase primaria de pre-homínidos y ya se vislumbraba la necesidad que apareciera un estímulo externo, una luz extraordinaria, un ordenador inteligente y superior para organizar esa mente y ese cuerpo, moldeándolos con funciones exactamente sincronizadas, donde los procesos químicos y biológicos, tengan un resultado positivo que conserve la vida y la desarrolle, llevándola a realizar complejas y extraordinarias combinaciones. Ya estaba esbozado el gran complejo humano, pero faltaba la mano maestra, que le de el toque especial.

El antecesor de hombre estaba esperando a ese ente superior, desconocido, pero siempre latente, que lo ha llevado y lo llevará a estratos inimaginables del desarrollo creador de la inteligencia. Ese ente capaz de organizar el funcionamiento de 50 mil millones de células nerviosas, de procesos como la sinapsis neuronal, los fenómenos homeostáticos, la elaboración de inmunodefensas, la interacción del ciclo de Krebs, la elaboración en el cerebro de una figura con su forma y color, al ser enfocada por los órganos externos de la vista y diversos procesos enzimáticos, matemáticamente sincronizados y tan disímiles, que hace que cada ser, sea diferente de otro.

Ese ente superior, estaba por empezar a moldear su gran obra.

Pelo Largo empezó a deambular sin rumbo.

Para salvaguardar su integridad, no cubría grandes distancias y permanecía el mayor tiempo al acecho, alternando su vida entres los follajes tupidos, el suelo plano sin vegetación, cazando pequeños roedores y acercándose a los arroyos a beber agua.

Las tormentas y días de sol se alternaban con esporádicos terremotos que continuamente cambiaban la faz de los valles. Grupos de humanoides al parecer descendientes de un mismo tronco, en diferentes fases de desarrollo físico y mental deambulaban por los bosques, en una lucha titánica por sobrevivir.

A la orilla de un gran río, cuya banda contraria no se lograba ver, las aguas bajaban con gran cantidad de palizadas. Un grupo grande de homínidos contemplaban sentados sobre la arena, el primitivo espectáculo de ver pasar interminables troncos, ramas y a veces algunos animales que desesperados no sabían qué hacer para salir de tal situación.

Horas y horas esperaban que las aguas se quietaran para poder pasar. No sabían nadar, inquietos algunos temerarios se aventuraban, tratando de subir a un tronco y morían en el intento.

Estos homínidos eran de talla muy baja, caminaban en forma lenta. Provenían de las zonas frías, por lo que la mayor parte del cuerpo, estaba cubierto con un pelaje marrón, corto y tupido. La cara era ancha, cabeza braquicefálica, arcos superciliares toscos, ojos claros y extremidades superiores cortas. Con mandíbula inferior prominente, caminaban encorvados y sus miembros tanto superiores e inferiores terminaban en filudas garras.

Eran una especie rara para *Pelo Largo*, pues nunca había visto seres de ese tipo, donde lo más llamativo era que no tenían los sexos bien definidos. Las hembras tenían tan grande el clítoris que semejaban penes pequeños y a su vez los machos no tenían un falo proporcional a sus cuerpos. En algunos individuos los dos sexos estaban presentes, dándose el caso que algunas veces se auto copulaban.

Si estos pre homínidos se cruzaran con los que dieron origen al hombre moderno, o quizás así lo hicieron, nos explicaría la causa genética del homosexualismo.

Sus funciones biológicas también eran diferentes, miccionaban por el ombligo y las hembras defecaban por un orificio cloacal, que servía de vagina y recto.

Cuando *Pelo Largo* los encontró, no se mostró inmediatamente, tenía temor que sean caníbales obligados, porque de hecho eran antropófagos ocasionales como la mayoría de los pre-humanos.

Los observaba de lejos, cuanto más los conocía, más se daba cuenta que no eran tan inteligentes como ella. Formaban una manada sin jefe, sin gruñidos, sin ninguna señal de desarrollo social, por lo que decidió alejarse sin tratar de hacer contacto y se dirigió río abajo buscando nuevos horizontes más placenteros.

Pasaron varias lunas y no se apartaba de la orilla del gran río. Como era su costumbre avanzaba por pequeños trechos y se detenía continuamente para observar lo que le rodeaba. Había adquirido un gran instinto para reconocer el peligro. En su largo recorrido se encontró con diversa variedad de homínidos, a veces con rostros que semejaban equinos, ciervos o de sátiros, pero todos ellos con poco desarrollo intelectual y de escaso número.

El apareamiento no tenía distinción, tanto se unían humanoides con monos y viceversa, era la época donde imperaba el instinto sobre los demás valores que aún no existían.

Algunos homínidos, los más evolucionados, tenían la sana costumbre de aparearse solo con sus congéneres. Esta selección sexual fue muy importante en el mejoramiento de la especie. Al aparearse con los que eran idénticos a sí mismos, conservaban la línea de evolución y no se desviaban a otras formas, que podían ser un salto atrás o procrear elementos híbridos incompatibles con la vida.

Una mañana, cuando dormía a horcajadas sobre un árbol, escuchó debajo de sus pies ruidos que separaban con dificultad el follaje. Aunque era común la separación de las ramas en forma suave por algún animal solitario, le llamó la atención las pausas largas entre movimiento y movimiento.

Al mirar hacia abajo, vio con alegría que era un ser casi igual que ella, pelaje del mismo color, pero menos denso, el rostro sin vello, orejas fijas y brazos y piernas muy delgadas. Era muy joven, su edad cronológica correspondía a la fase final de la adolescencia y lo más llamativo de su contextura era su elevada talla.

Pelo Largo lo observó detenidamente, vio que caminaba con pasos lentos, casi con dificultad. Después de un largo rato de duda decidió bajar y ponerse al frente, intuía que por el estado en que se presentaba y su juventud no corría ningún peligro.

Se acercó al esmirriado ser. Contempló sus brillantes ojos grises, que mostraban dolor. Su cuerpo estaba lleno de heridas, la de mayor riesgo, era una que semejaba un desgarró de veinte centímetros en la espalda, por donde manaba un hilo de sangre.

Al verla no atinó a nada, pensó que había llegado su hora final. Esa hembra que tenía adelante, fuerte y adulta, podría ser su depredadora. No tenía fuerzas para defenderse, se dejó caer al suelo esperando lo peor.

Pero sucedió algo extraordinario.

Los circuitos cerebrales de *Pelo Largo* habían elaborado en un gran esfuerzo, algo milagroso donde la mano poderosa de un ser interior, intervenía para iniciar uno de los principales preceptos del género humano, que nos hace diferentes a los otros seres vivientes.

La lucha de sus instintos, en breves instantes, se manifestó atropelladamente, en una vorágine de incertidumbres, de ventajas y desventajas. Por un lado, estaba su instinto sexual, hace tiempo que no se apareaba y por otro lado estaba el hambre. Ese ser viviente estaba tierno, herido, quizás esté por morir y posiblemente no ofrezca mayor resistencia. Pero algo en ella se manifestó como una luz o fue el azar, hizo que su proceder se apartara de lo que su instinto le mandaba.

Ante la sorpresa de *Ojos grises*, la hembra lo observó con un extraño brillo, que nunca antes había captado. Una mezcla de ternura y compasión, que para esos remotos tiempos era algo novedoso, pues las expresiones faciales de excitación, asombro, repugnancia, cólera, dolor y alegría todavía no formaban parte del desarrollo del incipiente género humano.

Se alejó un momento para alcanzarle agua en una hoja ancha.

Pelo Largo no lo hizo en forma premeditada, fue algo espontáneo, inconsciente, inexplicable, lo natural hubiera sido que le arrojara una piedra en la cabeza y lo terminara de matar para comérselo. Ni ella misma se dio cuenta de tan trascendental acto, que al hacerlo se sintió muy elevada, diferente, superior, satisfecha, quizás era el inicio de un comportamiento humano, en la que se siente superioridad y satisfacción, cuando uno da más que cuando se recibe, y que por los años de vida que llevaba estaba en incipiente desarrollo.

El herido era diez años más joven que ella, de aspecto físico similar, la diferencia estaba en el color de los ojos y en las fosas nasales que eran muy estrechas, por lo que su respiración era ruidosa, como si los cornetes fueran demasiados grandes y obstruían parcialmente las fosas nasales.

Bebió el agua con desconfianza, esperó lo peor, no se sentía seguro y rápidamente le ganó el cansancio y el sueño, quedándose profundamente dormido.

Pelo Largo desapareció por un buen rato y luego volvió con frutas y hojas tiernas, que sabía que tenían buen sabor.

Ojos grises al despertarse comió de a poco, sin apetito. Se recostó en el árbol y nuevamente se quedó profundamente dormido.

La lluvia y el sol se alternaron por varios días, *Pelo Largo* no se movió del lado del herido. Un sentimiento le brotaba de su interior, algo nuevo, ajeno a ella que la mantenía cerca de *Ojos grises*, para ofrecerle alimentos cada vez que se despertaba.

Poco a poco el salvaje organismo fue organizando sus defensas que todavía eran inexpertas, pues los fenómenos inmunológicos eran aún primarios, por lo que la recuperación era lenta si esta se producía o a veces el organismo perdía la batalla y llegaba la muerte.

Cuando *Ojos grises* se sanó, ya estaba convencido que tenía una compañera y no una enemiga y mansamente se sometió a su liderazgo.

Empezaron a vagar juntos por el bosque. Ella era más inteligente y resuelta. Elegía lo que tenían que comer, por dónde ir y marchaba adelante con sus sentidos atentos al peligro. Le enseñó a gruñir y a diferenciar los distintos tipos de sonidos guturales según la ocasión: oug, oug, para demostrar satisfacción; jai, jai, para el peligro; guk, guk para el enojo, hasta llegar cerca de una decena de sonidos diferentes para otras tantas ocasiones de manifestación social.

La nueva situación le dio más vida a *Pelo Largo*, ahora tenía sentido su existencia. Aparte de poder afrontar mejor los peligros, por su joven compañero tenía un sentimiento nuevo que no sabía cómo definir.

Su radio de actividad seguía siendo restringido, ya habían pasado dos lunas juntos y andaban en círculo. La zona era rica en vegetales y pequeños animales, a quienes *Pelo Largo* le había enseñado a cazar con las piedras.

Les había tocado vivir una etapa del planeta, que en su fase de calentamiento pasaba por un periodo intermedio, una de las tantas interglaciaciones, felizmente atenuada, que permitía el desarrollo de seres vivientes como ellos.

A los periodos cortos de climas benignos, le sucedían otros más rigurosos. Las alternancias les hacían emigrar constantemente, lo que no sucedía con otros pre-humanos, quienes tercamente se quedaban en el mismo lugar, pereciendo por su obstinación.

Por la época que empezaron a andar juntos, la temperatura del valle empezó a descender por lo que optaron por alejarse buscando el sol.

Por las noches se cubrían con hojas secas y durante las torrenciales lluvias se abrazaban para atenuar el frío.

Por ser un bosque húmedo, no había cavernas donde alojarse, por lo que instintivamente trataron de dirigirse hacia unas lejanas montañas donde las cuevas eran comunes.

Los vientos fríos y la nieve, gradualmente fueron posesionándose del entorno, motivándolos a acelerar la marcha, huyendo de la baja temperatura.

En su desesperada huida encontraron un gran río, que les impedía el paso. Consternados, se arrodillaron en sus orillas apretándose entre sí para darse abrigo. Felizmente para el bienestar de ambos, sus espesos vellos atenuaban el efecto del frío, de otro modo hubieran perecido.

A la misma orilla llegaron variedad de depredadores, animales pequeños y también humanoides de variada forma. La pareja subida en un gran árbol, divisaba a los recién llegados, quienes se

exterminaban entre sí, pero también el frío cobraba lo suyo, pereciendo los que tenían poco pelaje o los menos dotados que no regulaban adecuadamente la temperatura.

Un día la temperatura bajó tanto, que las aguas del gran río se congelaron y el fenómeno los sorprendió. Al comienzo algunos animales pequeños empezaron a pasar por la superficie del inmenso bloque de hielo, al ver esto, *Pelo Largo* bajó con su compañero y empezaron a cruzar el natural obstáculo.

Atrás quedaron los menos inteligentes que no aprovecharon el nuevo fenómeno, pero también algunos animales de gran tamaño perecieron bajo las heladas aguas, al romperse la capa de hielo, que no toleraban el peso de sus robustos cuerpos.

Buscando el sol siguieron caminando hacia las lejanas montañas, casi no se detenían, a veces eran sobrepasados por veloces ciervos o esbozos de equinos modernos y reses, que iban en la misma dirección, como si todos tuvieran el mismo destino.

Después de varias lunas y de un continuo peregrinar, llegaron a las primeras colinas de la gigantesca cordillera. El frío continuaba castigándolos, pero la nieve ya no era problema, pues era un frío que sus velludos cuerpos podían tolerar, por lo que optaron detener la marcha.

Encontraron una pequeña caverna, la cual la adoptaron como refugio.

En el día se alejaban de ella para alimentarse y regresaban por la noche.

Cuando la temperatura era benigna, permanecían entre los árboles y bajaban solo para cazar pequeños animales. Durante las lluvias que se prologaban por varios días, permanecían dentro de la caverna, ensayando gruñidos y esbozando nuevos sonidos, creando una forma de incipiente comunicación.

Ojos grises empezó a tener cuerpo de adulto y responsabilidad compartida en la marcha de la vida de ambos, pues al ser más corpulento y alto que *Pelo Largo*, podía coger los mejores frutos y cazar más rápido que su pareja.

Por el mayor desarrollo cultural de la hembra y ser de mayor edad, desde el inicio se apoderó de la voluntad del esmirriado compañero, lo hizo con la fuerza del águila que coge a su indefensa presa, para dominar a su víctima a su antojo.

Eso fue al comienzo, porque con el transcurso de las lunas, *Pelo Largo* empezó a someterse mansamente y se sentía a gusto porque su instinto sexual había llenado sus expectativas, pues se apareaba en forma continua, además, *Ojos grises* era fuerte y le proporcionaba seguridad y tranquilidad.

Cierta vez se ausentaron varios días de la caverna y al volver la encontraron ocupada por una manada de osos. Se ubicaron en la cercanía esperando que se fueran, trepados en un árbol observaban los movimientos de las fieras. Cuando la espera llevaba varios días se retiraron a buscar un nuevo refugio, pues no había signos que los intrusos se retiraran.

Pasaron varias lunas y *Pelo Largo* quedó preñada, a diferencia de las anteriores oportunidades, ahora sí sabía quién era el padre.

Parió cuatro críos, sin novedad, a cada uno le correspondía una glándula mamaria.

Este alumbramiento fue más fácil que los demás, a pesar de que el número de críos era mayor. De los cuatro, dos eran bastantes débiles y difícilmente succionaban los pezones maternos. Los otros dos eran vigorosos y rápidamente empezaron a diferenciarse de sus hermanos.

La existencia de cuatro críos cambió las costumbres de la pareja, *Pelo Largo* permanecía todo el día en la caverna, mientras que *Ojos grises* instintivamente, guiado por un impulso desconocido, sublime y alturado, empezó a traer frutas y hojas tiernas para que comiera su pareja.

Este acto los unió más estrechamente, creando una dependencia y subordinación entre ellos, fijando funciones primarias para poder subsistir.

El espíritu individualista de *Ojos grises*, ancestral y genético, fue subordinado por la nueva situación de la acción material de estar siempre acompañado de un solo ser, por lo que subliminalmente fue dominado culturalmente y en una natural tendencia, se veía prisionero de su obligación que su arcaico cerebro intuitivamente le ordenaba realizar.

Los dos hijos débiles murieron.

Sus organismos no estaban preparados para enfrentar el misterioso camino de la supervivencia.

Algún trastorno enzimático o una malformación interna de un órgano noble, sumado al factor materno que ya no estaba preparado para lactar cuatro críos, porque su producción de leche no era lo suficiente, pues sus hijos habían aumentado la talla y peso al nacer, determinaron la prematura extinción de los dos más débiles.

El organismo de algunos *Phitecus* se transformaba lentamente.

Entre los cambios más notorios, estaba la disminución del número de glándulas mamarias y su menor producción de leche, por lo que el organismo materno se adaptaba con la disminución del número de nacimientos, compensándose con el aumento ponderal al nacer. Todo esto traía como consecuencia un desbalance negativo en el crecimiento del número de individuos, que se agravaba con el aumento de la muerte neonatal.

La muerte de los dos más débiles fue un acontecimiento que los separó momentáneamente y fijó las reglas de supervivencia de la pareja.

En la primera muerte, *Ojos grises* tomó al pequeño, lo llevó al bosque, lejos de la madre y lo devoró sin remordimiento alguno, porque en su prístina cultura era natural esta brutalidad.

Pero algo en su arcaico entendimiento, le hizo percibir que había realizado un acto que no estaba de acuerdo con su pareja y que su comportamiento era defectuoso.

Para la segunda muerte, *Pelo Largo* con un gruñido de ira, de madre acongojada e intuyendo que iba a repetir lo acontecido con el anterior crío, impidió que hiciera lo mismo y colocó al pequeño a la entrada de la cueva y lo cuidó hasta que se consumiera lentamente.

Mientras duraba la descomposición del pequeño cuerpo, *Ojos grises* se mostraba huraño, hosco y ya no traía frutas.

Pero la vida debía continuar.

Los peligros diarios estaban latentes, las lluvias que duraban semanas los obligaba a ambos a permanecer unidos en un pequeño espacio, haciendo obligatorio la armónica convivencia.

De los dos supervivientes, uno de ellos empezó a crecerle vello por todo el cuerpo, pero más fino que el de sus padres, el otro permanecía pelado, despertando la curiosidad en el pequeño clan. Se había producido una mutación genética por un accidental cambio en la estructura del ADN.

Mutación desfavorable, equivocación de la naturaleza, porque al carecer de pelaje, era candidato seguro a sufrir los estragos del frío. Si hubiera nacido en otra latitud, sin frío extremo, quizás no hubiera tenido dificultades en su desarrollo.

Las mutaciones genéticas se producían con una velocidad y frecuencia tal, que no proporcionaba el tiempo suficiente a los organismos para amoldarse, pereciendo en esta fase gran cantidad de especies, sobreviviendo los más aptos, dando lugar a una selección natural, que filtraba a los más idóneos para seguir en la lucha por la vida.

El peligro físico siempre estaba latente, tanto dentro como fuera de la cueva. En las mañanas frías se colocaban en lo más profundo de la caverna, haciendo un cuerpo común para darse calor.

En una de aquellas oportunidades, sintieron pisadas y desplazamientos por fuera de la caverna. Permanecieron quietos esperando los acontecimientos. Uno a uno fueron apareciendo unos *phitecus* de estatura baja, mirada inteligente, piernas muy arqueadas, gran desarrollo de glúteos, de escaso pelaje rojo y de miembros superiores muy largos.

Penetraron en el recinto unos diez o doce. En la entrada forcejearon entre ellos para entrar todos, no lograban hacerlo y la pelea cada vez se hacía más cruenta. Los aullidos, empujones y arañazos campeaban en el grupo. Buen tiempo duró el ajeteo, finalmente se retiraron convencidos que la cueva era pequeña y no podían entrar todos.

Este episodio, logró que en ellos empezara a germinar un núcleo familiar, donde era necesario permanecer unidos, para atemperar los peligros que se presentaran con los intrusos. Por ahora eran cuatro, quizás con el tiempo sean más, si deseaban sobrevivir, la cohesión era necesaria, de lo contrario todos los progresos conseguidos se perderían y otros grupos avanzarían hacia el desarrollo humano.

El tiempo transcurría con graves oscilaciones de la temperatura, casi siempre tolerables, y dentro de la caverna el pequeño grupo familiar terminó por acoplarse cabalmente, desarrollándose una incipiente unión, de integración por lazos sanguíneos.

Los críos ya tenían cerca de cuatro años, diferentes entre sí. Uno con muchos vellos, que era el preferido de los padres y el otro sin pelaje, que solo tenía un espeso pelo de color claro en la cabeza, que era motivo de reparo y de poco aprecio. Se notaba en la repartición de frutas y hojas tiernas, en el tono de los gruñidos y a la hora de protegerse en las difíciles horas nocturnas que acechaban los depredadores.

Nuevamente volvió la época de intenso frío. En las mañanas la nieve cubría la entrada de la cueva, impidiendo la salida, sobre todo del pequeño pelado, que era el que más sufría la baja temperatura.

En esos días los adultos salían a conseguir algo de comida, lo cual era difícil, generalmente venían con las manos vacías, porque la nieve había cubierto todo vestigio de vegetación.

Al hacerse el frío cada vez más intenso decidieron emigrar.

¿Pero, adónde? ¿Cómo?

No podían regresar sobre sus pasos, porque sus cerebros, en un esfuerzo fino y lento, les recordaban la terrible experiencia y el sufrimiento experimentado por efecto del frío.

Pelo Largo volvió a gemir como los monos, sentada y quieta apretaba contra su pecho sus dos críos, por primera vez en su vida empezó a llorar con lágrimas saladas que humedecían su velludo rostro.

No lloraba de dolor, ni de pena, ni de hambre, lloraba de impotencia porque su cerebro no le ayudaba a tomar una decisión salvadora.

Se sentía tan desolada, sin esperanzas, que deseaba abandonarse y dejarse morir para cumplir con la ley natural que le era tan familiar.

Pero una fuerza interior, diferente a lo que había sentido con anterioridad, le estimulaba a no dejarse vencer y encogiéndose de frío, buscaba una alternativa que la salve a ella y a su familia.

Con angustia observaba a *Ojos grises*, como los copos de nieve resbalaban por su espalda y sentía un profundo dolor y pena por su pareja, pues intuía que podía perderlo.

Instintivamente, buscando un escape a los embates de la madre naturaleza, decidieron empezar a caminar buscando el mayor resplandor del cielo, huyendo de las zonas oscuras, buscando el sol, el abrigo de sus rayos y su salvadora luminosidad, motivo de adoración de las primitivas culturas.

Los primeros homínidos no regulaban adecuadamente la temperatura, proceso que aún sus organismos no habían desarrollado y hasta la actualidad, el hombre moderno, cuando las temperaturas son extremas, perece por congelamiento o deshidratación.

El crío sin pelos, con su piel rosada, no pudo resistir la inclemencia del tiempo y a los pocos días de iniciado el nuevo éxodo, amaneció congelado e inmóvil, por no haber sido abrigado como al otro hermano y otro tanto porque su organismo no estaba preparado para los efectos de la baja temperatura.

Su rostro, diferente al de sus progenitores, con rasgos más finos, en donde sobresalían los ojos grises heredados de su padre, mostraba una dulzura y belleza que nos hubiera conmovido. Quizás en otro clima, menos rígido, otra hubiera su suerte. Pero su destino no estaba ligado a la supervivencia de su especie, ni que sea nuestro predecesor. Aún no había llegado el momento de que alguien parecido al hombre actual, superviva y se desarrolle para llegar a ser el amo del planeta.

El largo proceso recién se iniciaba, la GRAN CAUSA, tendría que ir poco a poco seleccionando a los más aptos, corrigiendo errores, hasta encontrar el molde perfecto del complejo humano, capaz de hurgar profundamente con sus pensamientos en los misterios de la vida y del universo.

El peregrinaje buscando buen clima, era un afán primordial.

Cada amanecer era una amenaza y un reto a la supervivencia. No se detenían en su marcha. Huían, como lo hacían el resto de animales, en una loca competencia por llegar primero a un destino que fuera más benigno para su desarrollo.

Las cavernas y los valles se sucedían unos a otros. Pasaban de largo, ya sea porque estaban ocupados o porque eran muy pequeños.

Así como ellos, había gran cantidad de pre-humanos avanzando hacia un futuro mejor, buscando el lugar ideal para vivir. La mayoría todavía pasaban gran parte de su vida en los árboles, mostrándose muy torpes cuando descendían al suelo, por lo que lo hacían muy raramente.

La ventaja de vivir en los árboles era que estaban libres de los depredadores terrestres, pero no así de las peligrosas víboras o de las gigantescas aves, los pterosaurios carnívoros, semejantes a unos fieros y veloces pelícanos, que en vuelo rasante atrapaban con sus enormes garras a sus víctimas y en el aire, sin mayores trámites, devoraban a los asustados seres, que no decidían si era mejor vivir en el suelo o en la copa de los árboles.

Los que vivían en la tierra o pasaban la mayor parte en ella, tenían más desarrollo intelectual que los arborícolas. Posiblemente mucho tenía que ver la relación de la posición de la columna cervical con la base de los huesos del cráneo, permitiendo mayor expansión del tejido nervioso, aumentando su masa y creando facilidades para modificar las estructuras finas, que cada vez los separaba intelectualmente del resto de seres vivientes; por otro lado, su alimento era más variado y su aspecto cada vez se hacía más humanoide.

Había pocos grupos, como el de la familia de *Pelo Largo* que alternaban las dos situaciones, que era lo más adecuado, demostrando que actuaban según las circunstancias, solucionando percances con una intuición positiva. Como por ejemplo al escapar de un depredador pesado como un mamut trepando a un árbol, o por el contrario cuando en un valle existían muchas aves carnívoras descendían a la tierra para estar más seguros.

En su tormentoso peregrinaje encontraron una zona donde los bosques se hicieron más escasos, por lo que disminuyeron su ritmo de marcha, también por dos circunstancias, una porque no había mucha comida y la otra porque el clima era más benigno.

Ahora se encontraban en la disyuntiva, si volver hacia atrás donde había medios para una adecuada alimentación, pero un riguroso frío o seguir adelante con un clima benigno, pero donde corrían peligro de pasar hambre.

El frío les recordaba una mala experiencia por lo que decidieron seguir el nuevo rumbo.

Por delante se les ofrecía una extensa sabana de hierbas altas, donde no se visualizaba ni montañas ni bosques. Grupos de homínidos se dispersaron en la gran planicie, buscando refugio para el intenso calor del medio día y el traicionero frío de la noche.

Para protegerse del luminoso sol, deambulaban si rumbo al amanecer y a la hora del crepúsculo y en las horas que el sol los castigaba sin misericordia, permanecían agazapados entre las altas hierbas.

La extensa sabana ofrecía otro tipo de experiencias, porque era una zona de patrimonio de feroces felinos, como los gigantes tigres dientes de sable, leones con melena y sin ella, feroces chacales, veloces leopardos y otros carnívoros hoy desaparecidos. Estas fieras se disputaban la gran cantidad de animales menores como ciervos, liebres gigantes, cabras, pequeños búfalos y equinos de diversa forma y tamaño.

A medida que se introducían en el interior de la extensa pradera, el calor se hacía más constante, tanto en el día como en la noche, cambiando el panorama del paisaje, con hierbas más bajas y escasez de grandes árboles, los cuales eran tan raros que para encontrar uno era preciso andar varios kilómetros.

El excesivo pelaje que tenían les molestaba pues les aumentaba la temperatura corporal, por lo que *Ojos grises* optó por arrancarse los pelos de las zonas que estaban al alcance de sus manos, dejando ver en las zonas libres una irrigada piel de color rosada.

Durante todo este tiempo, *Pelo Largo* quedó preñada varias veces, pero por la dificultad que les producía la marcha, abortaba todos los embarazos. En una oportunidad tuvo sextillizos, pero en la mayoría de las veces eran cuatrillizos, ya que su organismo estaba preparado para tener cuatro crías a la vez, por tener cuatro glándulas mamarias.

Probablemente en el futuro, las madres marcharían hacia la unigenitud, con dos glándulas alimentarias y como remanente, persistirán casos de gemelaridad y esporádicamente trillizos o cuatrillizos.

Llegó una etapa que ya no había ningún contacto con sus congéneres.

Caminaban solos por la extensa pampa, alimentándose de hierba y de pequeños roedores. Por ahora ya no se preocupaban del intenso frío ni las torrenciales lluvias, ahora les preocupaba el bochornoso calor de la nueva región. Apesadumbrados e inquietos no atinaban a tomar la decisión de volver hacia atrás. Estaban ante una nueva experiencia, a la cual sus organismos no lograban adaptarse, pues el excesivo pelaje era un lastre para su adaptación.

Si lograban sobrevivir, con el tiempo, por mutaciones genéticas de adaptación al medio, tendrían que perder el vello, pero eso sucedería en su descendencia, por ahora, ellos tendrán que soportar la peor parte, que era la de luchar contra esta desventaja.

Cuando llevaban cerca de diez lunas deambulando por la pradera, con reservada alegría, encontraron un grupo grande de homínidos.

Nunca habían visto un clan tan numeroso de pre-humanos, llamándoles la atención el orden con que se comportaban y la ciega obediencia al que desempeñaba la función de líder.

Se acercaron hacia ellos, tratando de averiguar si eran pacíficos u ofrecían algún peligro.

El instinto de *Pelo Largo*, con la experiencia adquirida a través de su azarosa existencia, le hacía actuar con cautela, para evitar sorpresas que atentarían contra la vida de los suyos. Había desarrollado un incipiente sentimiento de propiedad y que por ahora aún estaba en la penumbra de su inteligencia y que con el correr del tiempo, la humanidad lo desarrollaría como amor.

Estos homínidos tenían todas las características de los monos que hacen miles de años se habían transformado en una especie que se había adaptado perfectamente a los rigores extremos de los climas cálidos.

Tenían la piel completamente oscura, sin ningún tipo de pelaje, de esta manera toleraban mejor el calor y los rayos solares. Sus sistemas endocrinos habían recibido la estimulación adecuada y logrado una alta producción de melanina, dándole el tono oscuro, que atenuaban adecuadamente los efectos del sol sobre la piel.

El cuerpo era erguido y con una columna dorso-lumbar con marcada lordosis. El cráneo era dolicocefálico con escaso cabello, casi calvos. Sus cráneos tenían una capacidad de algo de más de 1200cc, con las cavidades oculares profundas, las cejas apenas esbozadas, con ojos de mirada inteligente. La nariz la tenían con fosas nasales anchas, que apenas sobresalían de los pómulos.

La mandíbula con marcado prognatismo, remataba en gruesos labios que apenas dejaban ver dientes con esbozo de los actuales caninos, incisivos y molares, preparados para alimentarse de vegetales y de carne. Las hembras eran de menor tamaño y tenían solamente dos glándulas mamarias y parían un crío por vez.

No conocían el fuego, no usaban armas y andaban desnudos. No eran altos, apenas sobrepasaban el metro y medio y sus extremidades inferiores, estaban excesivamente curvadas. Se acercaban bastante al esbozo de los antecesores de la raza Grimaldi, phitecus del mediterráneo, en su primitiva evolución.

Vivían debajo de un baobab, gran árbol de 25 metros de altura, cuyo frondoso y tupido ramaje de 50 metros de circunferencia, les proporcionaba sombra y los defendía del sol y de las eventuales lluvias. Estaban dirigidos por un jefe, que al atardecer daba grandes gritos, como si fuera un llamado para que todos se reunieran a su alrededor.

Sus cuerpos desnudos lo cubrían con barro, aumentando su horrible figura, posiblemente para resguardarse del sol y de los mosquitos, eso ya demostraba cierta culturización, a la que se agregaba la costumbre de colocar ramas secas en las copas de los árboles para aumentar la sombra, marcando una diferencia con otros pre-humanos, porque usaban elementos naturales que les rodeaban para construir un esbozo de vivienda.

Se supone que los climas cálidos favorecen el desarrollo de hombres con tendencia a la pereza, los ambientes fríos producen hombres apáticos y quedados, los templados hombres activos, las

llanuras y las montañosas, otros tipos, lo cual no es cierto, porque los factores que producen el desarrollo de una cultura están dados por la suma de variados elementos, que aislados no conducen a nada, pero que acumulados en un grupo humano, se gesta un desarrollo gradual, que cada vez se hace más apto para la supervivencia.

Ojos grises y Pelo Largo, al verlos por primera vez, sintieron gran curiosidad por esos nuevos seres que eran casi iguales a ellos con la única diferencia que no tenían pelo y que la piel era oscura.

Los peludos estuvieron todo un día contemplándolos, siempre a una prudente distancia.

Los observados no les hacían caso, pues ya habían visto pasar a varios grupos parecidos a ellos y no les llamaba la atención esos seres raros llenos de pelos.

Al amanecer del siguiente día, los morenos se dispersaron en diferentes grupos, quedando debajo del árbol los elementos jóvenes y los más pequeños. El trío de intrusos permanecía en su escondite, agazapados y comiendo hierbas tiernas. Cuando el sol del medio día caía con toda su maldad, produciendo una temperatura que bordeaba los 45 grados, llegó el primer grupo. Traían un ciervo de regular tamaño, al cual lo transportaban tirando de las patas y de la cola. Luego llegó otro grupo con dos liebres gigantes que lo colocaron al lado del ciervo. El grupo más numeroso trajo una presa parecida a un buey, el cual por su corpulencia era arrastrado con mucha dificultad. Finalmente apareció un grupo pequeño que no traía nada porque al parecer no habían tenido suerte en la caza.

Todas las presas las colocaron en un lugar expresamente preparado para ello. Después de un tiempo prudencial, posiblemente un obligado descanso, procedieron a sacar el cuero con los dientes y a exponer la carne. En la tarea intervenían todos, chicos y grandes y a la hora de comer las presas lo hacían sin belicosidad, no se disputaban las porciones a arañazos y gruñidos como hacían otros homínidos.

Comían despacio, como si estuvieran dándole tiempo al paladar de saborear la comida.

La carne sobrante la colocaron sobre una rama y las pieles las arrojaron lejos para entretener a los depredadores y ahuyentar a los buitres.

Toda la escena era observada atentamente por los intrusos, con curiosidad y admiración por el diferente comportamiento que tenían y que nunca habían visto.

Al caer la tarde, casi a la hora de la penumbra, el hambre acosaba a la familia de *Pelo Largo* y ella, al ver la carne colgada y a poca distancia, al parecer sin ningún resguardo, la necesidad corporal fue vencida y en un acto de osadía extrema, decidió tomar la iniciativa y arrastrarse, casi reptando a ras del suelo, acercarse a la rama donde estaba colgada una parte de la carne sobrante y con un salto felino, se apropió de una buena porción y se dirigió corriendo en dirección a los suyos.

Los negros sorprendidos por la acción, quedaron sin reacción y solo atinaron a ver cómo se alejaba con su botín y siguieron descansando debajo de su árbol.

Al siguiente día no salieron de caza, comieron los restos del día anterior y retozaron todo el día debajo de su bio-vivienda

Pelo Largo y su familia permanecían al acecho, protegiéndose del sol con la paja seca que encontraban y calmando la sed comiendo hierba tierna y jugosa.

Cuando a los negros se les acabó la carne, nuevamente salieron temprano al día siguiente. Como la vez anterior, en grupos. Pero esta vez volvieron más rápido, no traían caza, pero todos portaban frutas, hojas y tallos tiernos.

Pelo Largo tuvo un acto de inteligencia, seguramente producto de su ya larga existencia o por haber sobrevivido a tantas situaciones en que el hambre y la convivencia con grupos extraños, la habían llevado a intuir situaciones nuevas.

Al ver que todos traían algo, ella también recogió las plantas más tiernas de su entorno, se acercó al grupo y depositó su parte conjuntamente con las del resto. Fue una determinación espontánea, producto de un esbozo de inteligencia, que en ella por ser de mayor edad y por las vivencias acumuladas en su ya larga vida, su conducta fue estimulada por un débil rayo de inteligencia.

Cuando empezaron a comer, también empezó a hacerlo, despacio como lo hacían sus anfitriones, sin apurarse y mirando a los demás.

Ojos grises y su hijo permanecieron en su escondite sin atreverse a salir y al ver que no regresaba *Pelo Largo*, venciendo su timidez se acercaron con temor, a ver que había sucedido con la osada antropoide.

Para su sorpresa, no les hicieron ningún gesto belicoso y la pareja con su hijo se acomodaron en el suelo y pasaron la primera noche debajo del árbol.

Parecía que este grupo de pre-humanos habían desarrollado un gran instinto gregario, lo que les facilitaba para tener una homogeneidad física y la posibilidad de desarrollar un esbozo de comunicación. Aunque esto no es un factor determinante, ya que en la época actual existen animales muy laboriosos y gregarios, que hacen grandes obras como las hormigas, abejas, los castores y que se sepa no han desarrollado ningún tipo de comunicación inteligente, a pesar que muchos de estos grupos son anteriores al hombre en la faz de la tierra.

Capítulo 9

El pre-humano por efecto de un misterioso designio siguió un camino diferente que lo separó de los demás seres del planeta, desarrollando una enredada forma de vida, que no ha variado, pues sigue siendo sinuosa y oscura, con la diferencia que el hombre moderno ha ideado las armas para hacerla más diáfana y placentera. La evolución del hombre aún no ha terminado, seguirá hasta límites insospechados, uno de ellos es el sistema límbico del cerebro, donde se cree están los centros emocionales, sus estructuras no han terminado de organizarse o quizás la naturaleza nunca lo haga, para que cada ser, sea diferente a otro.

La familia de *Pelo largo* gradualmente fueron integrándose al clan, con la seguridad creciente que no eran antropófagos, por lo que cada vez se sentían más seguros dentro del grupo.

En los siguientes días empezaron a salir de caza con sus nuevos compañeros.

Como era su rutina lo hacían formando grupos, *Pelo Largo* y *Ojos grises* se integraron al más numeroso.

Otra sorpresa para los peludos fue que los negros tenían mas variedad de gruñidos que ellos, más suaves, más convincentes, como si fuera una verdadera comunicación y la relación entre los componentes no era brutal y sanguinaria a como estaban acostumbrados a ver entre otros phitecus en vías de desarrollo.

No hubo ningún gesto de rechazo a los recién llegados. El hijo de *Ojos grises* ya estaba por los 10 años y había salido alto como su padre por lo que fue fácil que se integrara al grupo de caza.

En una luminosa mañana, en que el día avizoraba que el clima iba a ser más caluroso que otros días, el que fungía de jefe, mediante pequeñas interjecciones, que eran como voces de aliento o de una incesante repetición de ordenes, se adelantó y empezó a caminar seguido por los cazadores del grupo. La familia de *Pelo Largo* también se unió al clan, como un acto de compañerismo para integrarse más íntimamente al grupo.

Anduvieron buen rato por la pradera, a los lejos se avistaba gran cantidad de animales, pero el jefe que se caracterizaba por ser el más comunicativo, no se decidía por la presa a cazar.

Leones, cebras, cebúes, jirafas, ciervos y veloces equinoides, pasaban delante del grupo en un desfile interminable, como si estuvieran mostrándose a ver quien era el más veloz.

Ya el sol empezaba a mostrarse con todo su esplendor, cuando el jefe negro dio una especie de orden, entonces sus compañeros empezaron a hacer un gran círculo. Así avanzaron hasta encerrar en el rodeo a un cuadrúpedo con su cría, sin cuernos, grande, parecido a un camello, pero sin joroba.

El círculo se fue cerrando poco a poco, no tenían piedras ni palos, la caza lo hacían acorralando al animal y entre todos lo tumbaban con golpes de puño en la cabeza y en el cuello.

Habían elegido esa presa, porque por proteger a su pequeña cría no iba a escapar y también al no tener cuernos ni garras no les iba a hacer daño.

El regreso a su gran árbol lo hicieron a paso ligero, seguramente para no ser sorprendidos por el fuerte y abrasador sol de medio día.

Los torsos morenos se cubrían de sudor y para neutralizar la pérdida de líquidos masticaban una planta semejante a un junco que tenía agua acumulada en su tallo.

Los que más sufrían del grupo eran *Ojos grises* y su familia. Su transpiración era el doble que los morenos, claramente se veía que por donde caminaban iban dejando huellas húmedas. Definitivamente este no era un clima para ellos.

Al llegar a lo que era la morada de la horda, se tumbaron al suelo laxados, sin deseos de comer.

Sus ojos desorbitados, sus mucosas secas y el corazón con una severa taquicardia, denotaban que estaba sufriendo una severa deshidratación.

Después del habitual descanso y de esperar a los otros grupos, los negros empezaron a comer.

Los peludos no se movían, desfallecían de cansancio, de calor y de sed.

Nadie los socorría, por ninguna mente pasaba la idea de traer tallos tiernos y exprimirlos en la boca deshidratada.

No se daban cuenta que sus huéspedes agonizaban.

La muerte como un proceso natural, no les llamaba la atención. Poco les importaba que sus ocasionales vecinos estuvieran a punto de morir. En su primitivo entendimiento consideraban que esto era un proceso contra lo cual no había nada que hacer.

Cayó la noche y la sed había enloquecido a *Júnior Ojos grises*, quien se quejaba con gruñidos largos y lastimeros, añorando sus heladas cavernas.

La noche y la muerte avanzaban inexorablemente. Completamente débiles, el pequeño clan familiar se debatía por sobrevivir y luchaban con todas sus energías contra algo que no era nada nuevo para ellos, que formaba parte de su existencia, pero que ahora al tocarles directamente, valoraban la verdadera importancia de existir.

Estaba por cumplirse un ciclo de vida, corto o largo, pero que encerraba el misterio de lo desconocido. No estaban capacitados para dilucidar los efectos de la muerte y lo que existe en el más allá. Faltaba mucho tiempo para que el hombre y sus descendientes tuvieran la esperanza de una gloria eterna después de muertos, sin ponerse de acuerdo, si es mejor la reencarnación o la resurrección; por ahora, para ellos la existencia era una lotería en la cual todos jugaban y pocos la ganaban.

Densos y negros nubarrones cubrieron el cielo y de a poco se fue formando una tormenta, los cambios atmosféricos presagiaban una copiosa lluvia, que significaba la salvación de los organismos sedientos. Empezaron a caer gruesas gotas, inundando de agua y barro la extensa sabana.

Volvió la vida a los secos organismos, en especial a los agonizantes, quienes, con la boca abierta dirigida hacia el cielo, bebían ávidamente la fresca agua que caía del cielo.

Pero la lluvia llegó demasiado tarde para *Júnior*, que murió lejos de sus padres.

En su desesperación por calmar su sed, en su lenta agonía se separó del grupo, buscando vida en algún lado. Ni *Pelo Largo*, ni *Ojos grises* se dieron cuenta de su desaparición. Acosados por la sed y ocupados en beber poco a poco el agua de la lluvia, no lo echaron de menos, cuando arrastrándose se fue a morir, buscando el camino por donde habían venido, añorando las felices y heladas regiones que habían dejado atrás.

Esta nueva pérdida de un hijo deprimió nuevamente a la pareja. Pero por el estado en que se encontraban, luchando por su propia vida, con un organismo débil, más cerca del ocaso que de la resplandeciente aurora, su reacción fue atenuada y tardía.

En su agonía, *Júnior*, deseaba enseñarles a sus padres el camino de regreso a casa, a sus tupidos bosques, a sus frondosos árboles, a sus frescos valles y sus seguras cuevas, pero no le alcanzó las fuerzas y murió con la duda, si su mensaje había sido entendido

La pareja de peludos tardó varios días en recuperarse, los negros siguieron con su habitual modo de vida, cazar cada dos días y alternarlos con alimentación vegetal.

Dejaban a la pareja de visitantes con los críos menores, produciéndose una simbiosis física de ayuda natural, porque los cuidaban de los ataques de los depredadores y esto se afianzó aún más, cuando un mediodía que llegaban con abundante caza y al acercarse al árbol vieron cómo *Ojos grises*, con su enorme talla y desesperados gruñidos ahuyentaban a una manada de felinos, semejantes a feroces chacales, que merodeaban tratando de hacer daño a los pequeños.

Esta acción permitió que abiertamente fueran aceptados, desempeñando función de guardianes, porque hasta ese momento eran ignorados por el grupo. No los hostilizaban, pero tampoco les habían manifestado complacencia.

Ojos grises contribuyó con el avance cultural del grupo al enseñarles a cazar con piedras, lo cual trajo como consecuencia que la caza sea más rápida y tener cierto respeto entre sus nuevos compañeros.

Con esta integración, los peludos aprendieron a tener otro tipo de comunicación, aprendiendo de los negros la diferencia que existía entre los sonidos guturales, que ya no eran gruñidos, más bien algo parecido a voces, a veces suaves, otras veces enérgicas, produciéndose un esbozo de comunicación, que fue rápidamente asimilado por los visitantes. Prácticamente ya habían logrado un completo acoplamiento, pero la pregunta era: ¿Permanecerán para siempre en la sabana? ¿Sus organismos lograrán subsistir al caluroso clima? O ¿Seguirán buscando un clima más benigno?

Pasaron varias lunas desde la llegada al gran árbol.

Los peludos no se alejaban mucho del hogar comunitario, temían al fuerte calor y solo se movilizaban para succionar tallos tiernos al amanecer y al caer la tarde. Entendían toda la comunicación de sus anfitriones y a veces intervenían en sus manifestaciones de alegría, como cuando venían contentos después de una buena caza y entonaban una especie de aullido alegre.

Los negros no tenían una relación de pareja formal, los machos se apareaban indistintamente con cualquier hembra, primando el instinto sexual, que en ocasiones desencadenaba en primitivas orgías y feroces peleas, por la posesión de determinada hembra.

Al parecer, este grupo de homínidos era lo más adelantado que poblaba los distintos valles donde se desarrollaba la vida. No trepaban a los árboles, no practicaban la antropofagia como rutina, parecía que formaban parte de *phitecantropus* que habían estado unidos por muchos miles de años y se habían dispersado de sus semejantes, en varios kilómetros a la redonda, donde cada clan o grupo tenía un jefe y un gran árbol por morada.

Ojos grises y *Pelo Largo* también intervenían en el modo de vida de sus protectores. Habían olvidado su vida entre los árboles, su alimentación se hizo más carnívora e intervenían en el intercambio de parejas.

A medida que sucedían los cambios de luna, *Ojos grises* seguía con la costumbre de arrancarse los pelos, para atenuar el excesivo calor, apareciendo debajo del espeso pelaje, una piel rosada muy sensible a las picaduras de los insectos.

Ambos tenían temor al sol del mediodía, habían venido buscando calor, pero este era demasiado y procuraban no alejarse mucho de su morada. Intuían que este medio de vida no era para ellos, estaban limitados en su libertad y les resultaba difícil aceptar que estando acostumbrados a caminar kilómetros y kilómetros por día, permanecieran horas y horas debajo de un árbol.

Además, se sentían extraños por tener el cuerpo lleno de pelos y que sus ocasionales compañeros carecían de estos y como costumbre muy animal, tengan permanentemente sus órganos genitales erectos y todo el tiempo estén copulando.

Ambos deseaban terminar con la situación, pero no sabían cómo decirse el uno al otro.

Los amaneceres de un nuevo día venían acompañados de renovadas amenazas para la supervivencia y el hecho de amanecer con vida ya era un triunfo, pero la zozobra continuaba a medida que pasaban las horas, viviendo la incertidumbre de si llegaran a la noche, lo que no les permitía tener tranquilidad en su espíritu en formación.

Siempre habían tomado decisiones por situaciones forzadas, como ante un peligro o un factor como el frío o la lluvia, pero ahora no sabían cómo hacerlo. Las horas de calor les aletargaban y comunicaba al organismo una apatía permanente, quedando la voluntad adormecida para tomar una decisión salvadora.

En el largo aprendizaje de comunicación no habían encontrado la forma de hacerse entender para determinadas circunstancias. En el cerebro de ambos quizás daba vueltas la idea de huir de allí, de ese infierno terrenal que los tenía prisioneros con libertad.

Carecían de la fórmula para iniciar el gran proceso de éxodo hacia otro lugar más adecuado para vivir. El alba de la felicidad no existía para ellos, eran esclavos de la primaria necesidad de subsistir y lo poco que quedaba de importante en sus vidas, estaban encerradas por la negra oscuridad del razonamiento.

En el arcaico cerebro de *Pelo Largo* se había grabado una sucesión de sílabas, que el jefe del clan pronunciaba cuando deseaba que lo siguieran para ir de caza: **To-to-to, to-to-to.**

Al escucharlo, los individuos se iban tras el jefe, como si esa sílaba fuera la orden para ponerse en marcha.

Todos los días, los peludos escuchaban la misma orden y en la mente de *Pelo Largo* empezó a germinar la idea del sonido, relacionando las sílabas, la orden y la acción.

Una mañana, cuando el sol porfiaba por salir a recorrer la amplia semiesfera celeste, *Pelo Largo*, en forma resuelta, se puso de pie y le hizo oír a su pareja: **to-to-to-to** y empezó a caminar.

Ojos grises la entendió y la siguió. Habían tomado una gran determinación.

Caminaron hasta antes del mediodía, luego se echaron al suelo protegiéndose del sol cubriéndose la cabeza y el cuerpo con hierba fresca.

Permanecieron así hasta el atardecer, volviendo a caminar hasta altas horas de la noche.

No tenían rumbo y no sabían a dónde ir, lo que deseaban era salir de ese infierno de calor, al cual sus organismos no estaban acostumbrados.

Las moscas, mosquitos y gusanos, cubrían sus cuerpos molestándolos permanentemente, sobre todo a *Pelo Largo*, que por tener mayor cantidad de vellos, anidaban en su piel con mayor facilidad, produciéndoles severas infecciones dérmicas.

A veces encontraban pequeñas lagunas, llenas de gran diversidad de animales, víctimas y depredadores en perfecta armonía, porque mientras los felinos estaban saciados, no corrían peligro los ciervos y sus semejantes.

Pelo Largo siempre llevaba consigo una piedra, un poco más grande que su puño, con las cuales *Ojos grises* mataba pequeños roedores para alternar su dieta vegetariana.

Los peligros no estaban ausentes, con la desventaja que no había árboles donde trepar, pero en cambio habían desarrollado la vista y el olfato, de tal manera que vislumbraban el peligro con facilidad, permitiendo cambiar de rumbo o esconderse agazapados entre la hierba.

Pasaron muchas lunas desde que empezaron esta nueva aventura y no visualizaban ningún bosque, ni una montaña, ni arroyos y con la novedad que *Pelo Largo* estaba por parir nuevamente.

De vez en cuando un terremoto sacudía la extensa pampa, abriendo profundas y anchas grietas en cuyas cavidades iban a parar animales y la incipiente vegetación.

Pelo Largo parió lo que iba ser por última vez, ya estaba por los 36 años, era una anciana para esa época. En cambio, *Ojos grises* estaba en la plenitud de su adultez. Ambos eran un prodigio de subsistencia, sobre todo *Pelo Largo*.

Podían considerarse realizados, dentro del remoto esquema de vida que les había tocado, pues todos los pre-humanos que les rodeaban difícilmente llegaban a los 30 años y ellos al supervivir habían acumulado gran experiencia, aprendiendo hasta dos formas de comunicarse, con los gruñidos y con los tonos suaves que habían aprendido de los negros.

Sabían que los extremos de frío y calor producían la muerte, conocían del dolor de perder un hijo, sabían que existían otros seres que se diferenciaban de los animales, conocían las plantas dulces y amargas, diferenciaban a los depredadores de los mansos, cuáles no eran peligrosos y debían cazar para que formen parte de su alimento y sabían defenderse de los insectos cubriéndose la piel con barro.

En algún rincón de sus cerebros empezaban a interconectarse sus vías nerviosas con sus centros motores y sensoriales, y más aún en algún compartimiento secreto, que hasta ahora es un misterio, empezaba a germinar en pequeña dimensión, lo que se conoce como espíritu, que marcaba la diferencia que existe entre el hombre moderno y el resto de los seres vivientes.

Habían llegado a acumular grandes experiencias, las cuales marcaban una diferencia en su comportamiento, de cuando eran jóvenes a la actualidad. Estaban más aptos para sobrevivir y sus cambios genéticos esperaban una oportunidad para manifestarse y producir un ser que sea superior a ellos.

En este último parto, como era una hembra experimentada, no tuvo contratiempos y los tres críos que nacieron fueron robustos y sanos. Dos eran hembras y el otro era macho, diferentes entre sí, pues el color de las hembras era moreno, con dos glándulas mamarias, cuerpo con escaso vello, la cara con rasgos todavía grotescos, donde emergía una mandíbula cuadrada, una nariz ancha y un arco superciliar delgado, que alojaban dos ojos de color negro.

El macho era un robusto crío, de piel de un color que difería de sus hermanas, no era rosada, ni negra. Era de un tenue color moreno, lleno de un fino vello castaño claro, que le cubría casi todo el cuerpo, respetando la cara, la planta de los pies y manos y los bordes internos de las extremidades. Tenía menos vello que su madre y sus rasgos faciales continuaban siendo ásperos,

pero tenía la frente amplia, cabeza marcadamente dolicocefalica y las cavidades oculares no muy profundas, alojaban ojos de mirada inteligente y de color marrón.

Era evidente que el nuevo parto, era producto de un cruce de *Pelo Largo* con uno de los machos sin pelo y de piel negra. En la mente de *Ojos grises* no cabría, ni le importaba, ni buscaba explicación a la diferencia física de sus hijos. Posiblemente su semen inoculado a una negra sin pelos, también este dando una cría diferente al grupo, iniciando así una mezcla de genes que sería el inicio del desarrollo de un nuevo tipo de homínidos.

Pelo Largo y *Ojos grises* disminuyeron su ritmo de marcha, había días que no avanzaban, quizás en sus mentes germinaba la oscura idea de permanecer para siempre en ese lugar. Con los críos pequeños, casi se volvieron sedentarios. Por largas lunas permanecieron en el mismo sitio, alimentándose de raíces, tallos tiernos, pequeños roedores y reptiles.

Pero lenta y sufrida, la vida continuaba.

La salud de *Pelo Largo* cada vez se deterioraba, al desgaste físico de la lactancia a tres críos, se agregaba la permanente lucha contra los insectos y las lesiones de la piel.

Había desarrollado habilidad para sobrevivir en ese medio tan agreste. Pero su labor en el mundo aún estaba lejos de la meta. No podía desfallecer ahora, la necesitaban para que transmita toda su sabiduría a su prole, que formaba parte de la última camada y más aún por su edad ya nunca volvería a procrear.

En la noche contemplando las estrellas y observando a sus pequeños, gemía con desgarradora tristeza al ignorar el futuro que les esperaba y quizás con la sospecha que también estos críos morirían.

El papel de *Ojos grises* era secundario, por días o a veces por semanas, solo se preocupaba por su alimentación, pero no la de los componentes de su familia. Era como si su conducta retrocediera a la fase primitiva, antes de conocer a *Pelo Largo* y se desconectara de todo lo que tuviera que ver con el espíritu gregario, tan importante para el desarrollo humano.

Esto obligaba a *Pelo Largo* a realizar esfuerzos extremos, salir a cazar y proveerse de vegetales tiernos, esfuerzo que atentaba contra su integridad, pero era necesario pues de ello dependía el bienestar de su prole y de ella misma.

Cuando los pequeños se destetaron, iniciaron nuevamente la marcha.

Evitaban caminar al mediodía, nunca les faltaba barro para cubrirse las heridas, elegían con cuidado las plantas más jugosas y muchas situaciones de peligro la resolvían con intuición, como aquella vez que divisaron en el cielo gigantescas aves carnívoras, que amenazadoramente

enfilaban hacia ellos, instintivamente se separaron, prácticamente enterraron entre las hierbas a sus pequeños y ellos se dirigieron en una loca carrera hacia una manada de ciervos, de esta manera distrajerón la atención de las aves asesinas, llevándolas hacia los cuadrúpedos.

¿Hasta cuándo duraría el peregrinaje? ¿Qué estaban buscando?

Habían pasado diez años desde que nacieron los últimos hijos y seguían en la búsqueda de un lugar más fresco. Prácticamente desde que amanecía era este su afán, como si un destino les estuviera esperando en algún otro lado.

Nunca permanecían en el mismo lugar más de dos o tres días, aunque existiera comida, ellos por costumbre, como si el destino les hubiera fijado una meta, iniciaban la marcha y como no tenían sentido de orientación pasaban por el mismo lugar varias veces.

Una tarde, primero con inusitada curiosidad y luego con gran alegría, después de tantos años de dificultoso peregrinaje, encontraron un arroyo de regulares dimensiones. Esto les dio muchas esperanzas, y con gran intuición empezaron a seguir su corriente aguas abajo, felices de poder refrescarse y beber varias veces al día.

El arroyo los llevaba a lugares más frescos. De vez en cuando emergían pequeños bosques, pero muy peligrosos, por estar ocupados por gran cantidad de depredadores.

La salud de *Pelo Largo* se fue recuperando, volvió a tener la actividad física de sus buenos tiempos y había días que tomaba el liderazgo del grupo.

A medida que avanzaban, el valle se ensanchaba, el clima era agradable, por lo que *Ojos grises* empezó a recuperar el pelaje perdido y *Pelo Largo* se sanó por completo de sus lesiones de la piel.

Habían llegado a un lugar del planeta que era una concentración de gran cantidad de seres vivientes.

La vegetación era abundante y los accidentes geográficos, variados.

Había colinas que terminaban en altas montañas, rodeados de ríos de diverso volumen, alternados con lagos y lagunas, volcanes en actividad y en vías de extinción y torrenciales lluvias de varias semanas, seguidos de días de esplendoroso sol.

Era el paraíso que estaban buscando.

Pero no estaban solos para disfrutarlo. Otros phitecantropus también lo habían encontrado.

Como si sus organismos o quizás algo superior les ordenara, cuando llegaron a lo que era el inicio de esa gran región, detuvieron la marcha.

Había terminado la búsqueda.

Todo tenían a mano, variedad de frutas, tallos, hojas verdes y tiernas, animales de pequeño y mediano tamaño, pero también peligrosos reptiles, felinos como zorros de larga cola, lobos gigantes, tigres diente de sable, leones sin melena y otras fieras ya extinguidas.

Si un hombre moderno se hubiera encontrado en la disyuntiva de elegir entre la inhóspita sabana y lo que tenía por delante, sin duda elegiría lo nuevo por conocer. La familia de *Pelo Largo* no tuvo estos problemas disquisitivos, intuitivamente decidieron que adonde habían llegado, era la ansiada meta que estaban persiguiendo.

Encontraron una cueva que fácilmente los cobijaba a los cinco, ideal para protegerse, sobre todo de los días de mucha lluvia o de sus potenciales enemigos que pululaban por doquier.

Se habían olvidado por completo de vivir entre las ramas, esa costumbre la perdieron cuando vagaron por muchos años en la extensa pradera, donde los grandes árboles eran escasos y sus organismos ya no se adaptaban a su antiguo modo de vida, por lo que no se preocuparon de ese olvido. Sus hijos crecieron sin la costumbre de subir a los árboles, por lo que esa posibilidad solo quedó como un lejano recuerdo de sus padres.

Los trillizos crecieron vertiginosamente, el macho se convirtió en un hombroide robusto, con cuerpo ligeramente encorvado, cubierto de un fino vello de color castaño. El rostro se caracterizaba por tener cuencas profundas, nariz ancha, arcos superciliares delgados, mandíbula cuadrada y labios muy gruesos.

Tenía menos talla que *Ojos grises* y en la inteligencia sobrepasaba a sus padres. Era inquieto, ágil y diestro en la caza con la piedra, convirtiéndose en el principal proveedor de carne del clan.

Sus hermanas eran diferentes, un vello muy fino de color negro les cubría el cuerpo, el rostro no era tan grotesco, labios delgados, nariz no muy ancha, dos senos y talla más baja que su progenitora. Los hermanos tenían en común la mirada inteligente, que parecía sonreír, lo habían heredado de la madre.

En la región era común la migración de humanoides de un lugar a otro, a veces en grupos pequeños, que no pasaban de la media docena o de quince a veinte individuos. Algunos muy belicosos, pasaban delante de la caverna aullando y golpeándose el pecho, destruyendo y arrancando las tiernas plantas que encontraban a su paso. En esta oportunidad la familia de *Ojos grises*, atemorizados, se escondían dentro de la caverna hasta que pase la horda salvaje.

El aspecto físico era casi similar en todos, tenían en común la posición erguida, pero se diferenciaban en la talla, pelaje denso en unos, escaso en otros, alternándose el tipo de cráneos ya sea redondos o alargados.

El planeta estaba en los inicios de la era Cenozoica y ya se perfilaba la aparición del antecesor directo del Homo Sapiens.

Las mutaciones genéticas dirigidas por una misteriosa fuerza, se realizaban lentamente, buscando la perfección, para que la criatura generada sea la que finalmente dominara su ambiente y toda la faz de la tierra.

Había homínidos que solo tenían dientes adecuados para comer carne, pues los tenían puntiagudos, todos ellos en forma de caninos, careciendo por completo de molares.

Otros, al contrario, solo tenían predisposición para alimentarse de vegetales y otro grupo que era el mayoritario, que podían tener una alimentación mixta.

Por detrás eran todos casi similares, espalda encorvada, piernas arqueadas, en cambio por delante, diferían en el tamaño de la frente, cuenca de los ojos y forma de la nariz.

El canibalismo se manifestaba en algunos grupos más que en otros, por lo que siempre había desconfianza cuando se encontraban hordas diferentes, costumbre ancestral que persiste hasta la actualidad, cuando iniciamos una relación con gente que no conocemos, parece a veces que nos comen con la mirada, sobre todo cuando se trata de personas muy jóvenes, ante la presencia de otros de mayor edad.

Los cinco integrantes de la familia, al contrario de otros grupos, permanecían constantemente unidos, solo se separaban cuando padre e hijo salían de caza; *Pelo Largo*, se encargaba de aglutinarlos con gruñidos afectuosos que solo ella sabía hacerlos. Instintivamente, con su afecto retenía a su hijo y a su pareja, nadie le había enseñado, nunca lo había visto, era algo que le nacía de lo más profundo de su formación, quizás un milagro o fruto del azar, pero allí estaba y cada vez tenía que ser más expresivo de lo contrario en cualquier instante se irían a otros valles siguiendo a phitecus belicosos y andariegos.

Pasó el tiempo y ya *Pelo Largo* no salía con frecuencia de la caverna, sus hijos le proveían de alimento. Ya era una anciana, sus movimientos eran limitados, sin fuerzas para la recolección de frutas y vegetales tiernos y menos aún para la caza de animales.

Cada vez que se percataba que su hijo se acercaba a la caverna, trayendo aromáticas frutas o tiernos cervatillos, se asomaba a la entrada y lo esperaba con amigable gesto. Sus hijas la observaban tratando de captar y aprender ese gesto de agradecimiento, novedoso para ellas y lo luminoso de su mirada las envolvía como si fuera un misterioso y bello manto. Ese destello brillante de sus ojos, esbozo de simpatía y alegría, se hizo una constante cada vez que su hijo, *Labios gruesos*, después de haber estado largo tiempo por los bosques, se acercaba a la entrada de la caverna.

Ojos grises se perdía por largas temporadas, sin importarle mayormente qué le pasaba a su compañera. Felizmente, los trillizos habían heredado la capacidad de aprendizaje de ambos y esa débil luz de ayuda al prójimo, que la madre les había inculcado indirectamente.

La capacidad intelectual era aún oscura. Las etapas de humanización que comprenden: La posición erguida, la alimentación mixta, fabricación de instrumentos, descubrimiento del fuego y la formación de lenguaje, estaba en sus inicios, aún faltaba muchos años para que arriben a un puerto cálido y deseado.

La filogenia o desarrollo e interrelación de los seres vivos, en el phitecantrophus, se debatía en una maraña de circuitos sin orden y con centros nerviosos sin función y desconectados de las principales vías de conducción.

La mente estaba aún virgen de pensamientos y sentimientos, pues sus cerebros esperaban al ordenador universal para iniciar el gran salto hacia la conquista de la tierra y del espacio.

El pudor o el impudor no existía, todos deambulaban desnudos y los actos corporales primarios, como defecar, eliminar gases, miccionar o copular se realizaban sin recato, como algo natural del organismo.

Para aparearse tampoco existían normas, lo hacían con cualquier tipo de hembra, la que encontraban al paso sin tener en cuenta la relación de especie o clan que existiese.

Por otro lado, los enfrentamientos entre los diferentes grupos eran muy frecuentes, con la única motivación de proveerse de alimento, con la muerte de sus congéneres.

En cierta ocasión se enfrentaron delante la caverna de *Pelo Largo*, un grupo de pelirrojos muy numeroso, contra un pequeño grupo de cabezones. Por su belicosidad y mayor número los de pelo rojo hicieron correr a los de cabeza ancha. Uno de estos que estaba rezagado, en su prisa por escapar de sus perseguidores cayó al tropezar con una rama. Ante la desesperación de que pronto sería comida de los pelirrojos, cogió el palo con que se había tropezado y empezó a blandirlo sin ton ni son.

Los ofensores desconcertados por los golpes detuvieron su ataque, pero por solo un instante, para luego arremeter con mayores bríos. A su vez, la respuesta del agredido no se hizo esperar, empezó a blandir con mayor energía el palo, manteniéndolos momentáneamente a distancia, hasta logró tumbar al suelo a varios de ellos.

Este novedoso artificio trajo como consecuencia una pausa en el ataque, que aprovechó el cabezón para ponerse a salvo, en una veloz carrera hacia el bosque. Todo el acontecimiento fue observado por la familia de *Pelo Largo*, en especial por su hijo *Labios gruesos*, que al comienzo

estuvo asustado, pero luego tuvo un gran aprendizaje, que le serviría de gran provecho en el futuro.

La valentía y el patriotismo son características que no se heredan, aparecen en circunstancias especiales, como cuando las agresiones de los vecinos a una determinada agrupación, se hacen continuas y lo que sucede es que los agredidos aprenden a defenderse, luego con el transcurso de los años, por necesidad se vuelven guerreros y cuando llegan al cenit de su desarrollo, se vuelven conquistadores. Pero esta habilidad la pueden perder, por falta de ejercicio.

La prueba la tenemos en muchos pueblos de la historia, que con sus conquistas logran esclavizar a sus vecinos, se olvidan de combatir, logran una vida tranquila y pacífica, olvidan su belicosidad y es en estos momentos que aprovechan sus enemigos para avasallarlos.

La utilización del palo como arma defensiva fue una gran novedad.

Posiblemente fue el inicio de una gran etapa. Se creaba la primera arma contundente de defensa y de ataque. Desde allí en adelante el antepasado del hombre se sentiría más seguro ante sus agresores y también se convirtió en un elemento primordial para la caza, porque ya no tendría que matar a sus presas con piedras y menos con la mano.

Desde ese episodio, en adelante, se veía a los diferentes grupos armados de palos de diferente calibre, especialmente a los jefes, quienes llevaban el más largo y grueso que podían, como signo de su autoridad. Esta ancestral costumbre, a través de generaciones, podría haber derivado en el uso del cetro como signo de poder y autoridad.

La muerte era una compañera habitual, tanto por los enfrentamientos internos, por causa de los depredadores, como por causas de la naturaleza o por las enfermedades.

Existía una incoordinación en el funcionamiento de órganos y sistemas que aún no habían llegado a su óptimo desarrollo. Eran seres torpes, inocentes, en una situación intermedia entre los animales y el pre-hombre. Su comportamiento se regía por el instinto, el cual solo estaba dirigido hacia la supervivencia.

No tenían defensas para las enfermedades banales, produciéndose la muerte por simples enfermedades respiratorias o de la piel, pues sus mecanismos orgánico-funcionales no producían la homeostasis a tiempo, desarrollando una rápida descompensación que los llevaba a la muerte.

Eran frecuentes los nacimientos de críos deformes, los cuales no sobrevivían y a veces no pasaban de la etapa neonatal. Por otro lado, las malformaciones internas, de órganos como el riñón, corazón, pulmones, vías digestivas, sistema nervioso y otros órganos nobles, también eran frecuentes, produciendo alta tasa de mortalidad en los diferentes grupos de pre-humanos,

superviviendo las especies que se seleccionaban espontáneamente, cuyos organismos nacían sanos por el azar.

Las facultades intelectuales y morales no vislumbraban en aparecer, esperaban la acción de un poder oculto, un ser superior, un ente aún sin nombre, al cual esté ligado en una necesaria subordinación natural.

En su desarrollo espiritual empezaban a sentirse diferentes del resto de los animales, porque por algún motivo, pensaban. Creando una separación social que cada vez se hacía más amplia, aunque el camino era largo y lo es en la actualidad, pues muchos humanos se han quedado todavía en la etapa de sus predecesores.

En algunas noches estrelladas, toda la familia se colocaba en la entrada de la caverna y la vieja madre, ronroneaba suavemente mirando el cielo. Sus ojos húmedos y brillantes, con instantáneos destellos de inteligencia, trataban de explicarse la grandiosidad y el misterio del firmamento, con sus estrellas, su polvo cósmico, su vía láctea y sus fugaces meteoritos.

Con su serena mirada, parecía preguntarle al universo el motivo de su existencia y la explicación de las causas y efectos de las cosas que le rodeaban. Como si estuviera en un profundo éxtasis, suplicando a las misteriosas fuerzas de la naturaleza, se debatía en una enmarañada incertidumbre que la sumergía en una negra noche de sufrimiento.

La vida de la familia de *Pelo Largo* continuaba con grandes progresos, *Ojos grises* continuaba con sus periodos de ausencia los cuales eran cada vez más continuos, pero su presencia ya no era necesaria en el medio. Su lugar había sido ocupado por su hijo *Labios gruesos*, quien había desarrollado un incipiente sentido de responsabilidad para proteger a su familia.

Habían mejorado la comunicación, pues tenían un cúmulo de voces guturales que habían reemplazado a los gruñidos. Estas voces eran alrededor de quince y formaban un grupo adecuado de sonidos para una interrelación, acorde con el desarrollo intelectual que poseían.

Su relación con otros grupos de homínidos no existía.

Al ser diferentes entre sí, no había hermandad física que los uniera y cada uno veía por sus necesidades primarias. El instinto gregario, necesario para protegerse de los peligros del entorno, no lo desarrollaban porque no todos se parecían. Tendría que adoptarlo tarde o temprano, en este sentido eran aún principiantes y su supervivencia dependía del acoplamiento con clanes que tengan cierta similitud.

Los pocos grupos que tenían rasgos similares, como los pelirrojos, los cabezones o los barbones, se volvían belicosos, tornándose peligrosos porque al ser numerosos adquirirían una inusitada

desintegración de su yo, tal como sucede en la actualidad, que algunas personas cuando están solas son extremadamente tímidas, sucediendo todo lo contrario cuando están en grupo.

En una de las tantas salidas de la cueva, *Ojos grises* demoró más de la cuenta y no volvió nunca más. Su ausencia no pasó de un pequeño incidente, que no cambiaba para nada el ritmo de vida de su familia. Su semilla germinaba seguramente en otra región, pero no en esta. Sus hijos no tenían sus genes. Lejos de allí, se desarrollaba un ser viviente alto, velludo y seguramente de hermosos ojos grises o azules, que no sabían quién era su padre y que diseminaría sus caracteres, hasta perderse en la multitud de nuevos seres, que en nada recordarían cómo era *Ojos grises*.

Labios gruesos asimiló rápidamente lo que vio en la pelea entre los pelirrojos y los cabezones. Consiguió un palo de dos metros de largo, del grosor de su brazo y empezó a utilizarlo como arma. Dejó de usar piedras. Ahora podía cazar animales más grandes, dándole de palazos en la cabeza. De allí, a usar la nueva arma como lanza había solo un paso, produciendo la muerte de la presa en forma más rápida, con la ventaja de que no se corría mucho peligro al no ser necesario acercarse demasiado al animal. También servía de una excelente arma defensiva contra los depredadores, pues su ataque inesperado podía ser neutralizado con la lanza y cuanto más grande, mejor.

Los pre-humanos se sentían seguros con este nuevo invento y en sus cerebros en vías de formación, era el invento que revolucionaba la vida de estos seres inferiores.

Posiblemente el diferente desarrollo que alcanzaron los diferentes grupos de homínidos, se debía a que el medio ambiente influyó en una dirección determinada y aparecieron los distintos grados de culturización. Es lógico que en los valles donde existían abundantes piedras, su modo de vida se adaptaría a este elemento y toda su actividad desde la construcción de viviendas, fabricación de armas, utensilios y cuanto elemento se le ocurriera tendría que tener como derivado común a la piedra. Por el contrario, en los lugares donde abundan los bosques, con sus respectivos derivados, como troncos, ramas y palos menores, su culturización será dirigida hacia el empleo de estos vegetales y sus derivados.

El desarrollo del hombre llegó a realizarse al parecer por circunstancias que parecen ser felices coincidencias, pero no podemos negar que las facultades intelectuales y morales, que lo han transportado al lugar que ocupa, no pueden haberse desarrollado de esta manera, si no por un oculto poder, que ignoramos como apareció, pero que está presente y que mora en algún lugar, por tener evidencias de su existencia, como un espíritu, un halo, un soplo con íntima relación con el alma humana.

En una mañana, mientras afuera llovía torrencialmente y durante 16 días no se veía el sol, dejó de gruñir *Pelo Largo*.

Murió de hambre, pues su hijo no podía traer alimento suficiente y lo poco que conseguía era devorado por las hembras jóvenes, que no tenían ningún reparo en dejar sin alimento a su madre.

Era la ley de la necesidad, una crueldad que no conocía de lazos familiares. La supervivencia estaba primero, por encima de los arcaicos valores morales que pudieran existir.

Sus hijos jóvenes aún, no llegaban a los 14 años, estaban empezando el largo camino de la supervivencia. Su madre, una sabia para su época, les había trazado el camino para lograr una larga vida y lo que era más importante, les había transmitido sus genes, biológicamente más aptos que sus predecesores.

No nos equivocáramos, si pensamos que sabiendo que ella había cumplido su largo ciclo, se hubiera inmolado para que sobrevivan sus hijas.

Atrás quedó una existencia llena de experiencias.

Aprendió mucho en su larga vida, desde que salió de las heladas regiones del norte, donde todos eran iguales, con cuerpos cubiertos de espeso pelaje, casi al borde de la animalidad, hasta llegar a una región de clima menos riguroso, más favorable para vivir y con una prole diferente a ella, más inteligentes y aptos, a quienes les había transmitido todo lo que había aprendido y les dejaba con mejores argumentos para defenderse de este agreste y peligroso mundo.

La ruta estaba señalada, ella era la base del gran edificio que estaba por empezar a construirse. Por donde fueran, sus hijos, si es que la muerte no les corta el camino, llevarán en su ser ese soplo espiritual, casi como una imperceptible brisa, que los diferenciaba de los demás seres del planeta y que con el tiempo van a convertirse en los progenitores de una estirpe capaz de dominar todo lo que le rodea.

Los instintos son modelos de conducta espontáneos, que se manifiestan en forma natural e inconsciente, biológicamente heredadas y son el producto de un complejo mecanismo de reflejos, por un misterioso afán de supervivencia. La vieja madre les había transmitido toda su sapiencia, quizás incipiente, pero de inmenso valor, porque la escasez de valores y moral era evidente. La moral todavía demoraría en aparecer, lo haría cuando con el tiempo se perfeccionara la mente y la inteligencia.

Posiblemente, los cromosomas de los hijos de *Pelo Largo* se alinearon en la forma que el gran poder oculto o LA GRAN CAUSA lo deseaba, disminuyendo su número a 46, eliminando los que no estaban conformes al futuro desarrollo deseado. La espiralada cadena de ADN y ARN continuarían modificándose, el camino recién empezaba y le esperaba muchos cambios, pero ya existía el patrón sobre el que sus descendientes a través de miles de años, tendrían la forma más adecuada para su desarrollo.

La región a donde había llegado la familia de *Pelo Largo* era la zona más habitada del planeta, porque ofrecía una serie de factores aptos para la supervivencia. Los enfrentamientos para ocupar un determinado lugar, daban lugar a cruentas luchas. Los nuevos que llegaban eran salvajemente cuestionados a pesar de que la sucesión de valles era muy amplia.

La brutal xenofobia era la causa del exterminio de gran variedad de phitecus, porque no estaban organizados ni en tribus, ni en clanes. Eran nómades salvajes que vagaban de un lugar a otro, con uno que fungía de jefe, que continuamente era defenestrado porque la autoridad y jefatura era efímera, ya que la conducta arcaica preponderante, así lo establecía.

En forma frecuente se encontraba hombroides en estado agónico o en avanzada fase de descomposición, quedando en este estado por la ausencia total de amor al prójimo, sentimiento aún no desarrollado y estaba lejano el día que un hombre, se interesara en calmar el dolor de otro hombre.

Existía una dolencia muy frecuente, que hacía sufrir a nuestros antepasados haciéndolos correr como enloquecidos, agarrándose la cabeza y jaloneándose los cabellos, aullando de dolor, con una desesperación que en algunos casos los llevaba a la muerte por las medidas heroicas para calmar el intenso mal.

Este terrible padecimiento a veces nos los dejaba dormir por varias noches y llegando en algunos casos a golpearse la cara con una piedra para acabar con su sufrimiento. Era el terrible dolor de muelas, enfermedad que era frecuente en los que tenían una dieta preferentemente carnívora, donde no incluían vegetales, que actuaban como limpiadores de los resquicios dentarios.

Los cruces de especies entre sí eran raros, no se producían porque las características dispares, como era lógico, los enfrentaban. En los parajes donde en forma forzosa se encontraban, se trababan en sangrientas luchas, que generalmente finalizaban con la muerte o la huida de los vencidos, produciéndose una lenta y brutal segregación con el homicidio premeditado de los que no eran iguales a los que se creían mayoría.

No existía la perversidad, pues esta apareció más adelante, cuando el hombre empezó a desear cosas por encima de lo natural. Todos sus actos se resignaban a la inocencia, por desconocimiento, por no saber diferenciar lo que es bueno y lo que es malo.

Grupos minoritarios que por razones de su naturaleza, por tener cola, colmillos en vez de dientes, hembras con ocho pezones, protuberancias en la frente semejante a cuernos, diferentes a otros más numerosos, que estaban unidos por la característica de tener vellos o caminar erguidos, apenas los divisaban, emprendían una loca carrera para no ser exterminados.

La subsistencia era difícil para estos grupos minoritarios, la ley imperante era mezclarse con los que eran mayoría o morir en el intento de vencer a sus enemigos.

Otra alternativa era la de buscar nuevos parajes, óptimos para la subsistencia, pero posiblemente estos no existían o su escaso desarrollo intelectual no lograban vislumbrar esta salvadora posibilidad.

La selección del individuo era forzada, por efecto del sentimiento arcaico de seguridad exterminaban a los menos numerosos. Pues al eliminar a los raros, ellos se aseguraban su supervivencia, tal como sucediera muchos miles de años después, cuando los Neardenthal fueron exterminados por los Cro-magnon.

La característica de algunos individuos o grupos humanos, de sacrificarse para que sus congéneres tengan mejor nivel de vida, no se hereda. Al desaparecer, no dejan hijos que hereden esta predisposición, pero si algún miembro de este grupo sobrevive, esta característica es copiada por sus descendientes. Esta sería la explicación a la diferencia que existe de las distintas formas de cultura económica, social, política y religiosa, de algunas naciones, con respecto a otras más atrasadas.

Los nuevos pre-homínidos que llegaban a la región, atraídos por su clima, no traían ningún esbozo de adelanto intelectual, ninguna organización tribal, ni familiar. Eran nómades vivientes, que buscaban un lugar para vivir, guiados por una fuerza interna que era su gran deseo de supervivir.

La violencia era continua, la familia de *Labios gruesos*, aterrada, permanecía durante varios días escondidos sin atreverse a salir, con el fin de resguardar sus vidas. A veces, el nuevo jefe añoraba la región donde había nacido, el caluroso llano, donde no había abundante caza, pero había tranquilidad y por su incipiente esbozo de raciocinio, se cruzaba la peregrina idea de volver. Su innato instinto nómada estaba intacto, quizás más adelante tendría que tomar una decisión que le cambie su destino. Por ahora, era aún muy joven y en el largo camino del aprendizaje tendría que esperar que se presenten las oportunidades que le brinda el mundo.

En ninguna parte del planeta conocían el fuego, ni usaban pieles para abrigarse, la animalidad latente campeaba por doquier, faltaban cientos de miles de años para lograrlo y pequeños grupos como la familia de *Labios gruesos*, se esforzaban con inusitada vehemencia, que les brotara desde su misterioso interior la diferenciación con sus congéneres.

Capítulo 10

El hombre, eje principal de este planeta, todavía estaba en formación.

El efecto de la gran luz intelectual todavía no aparecía. Estaba en formación el ser que le hable directamente a Dios, sin temerlo. De estar agradecido por existir, por ver la luz del día, de sentir la fragancia de una flor, de usar sus sentidos y su inteligencia para disfrutar de todo lo bueno y bello que le rodea.

El ente para el cual no existe el tiempo, que no es esclavo de sus ideas, para el que es igual la luz y la oscuridad, que no está atrapado por las exigencias de la sociedad, de los medios de comunicación, del dinero, del trabajo, ese ente que en algún lugar existe, se estaba tomando su tiempo, para hacer poco a poco, lento, pero en forma perfecta, a su máxima creación.

De todas las criaturas vivientes, el más orgulloso es el hombre porque es el único que piensa en Dios. Ha tenido la necesidad de buscarlo, por agradecimiento de estar en este mundo, y todos los pensantes en sus diversas etapas, en el desarrollo de todas las civilizaciones, espontáneamente lo han colocado por encima de todo lo existente. Algunas veces con temor, otras veces con profundo amor.

Para nosotros, la duración de la evolución-creación del hombre ha durado cientos de miles de años, pero para él, ha sido tan solo un pestañeo.

Mientras el hombre exista, continuará cambiando su aspecto exterior e interior, ya sea por efecto de las mutaciones espontáneas o inducidas, porque, de hecho, por naturaleza va a seguir evolucionando, ya que el hombre del año dos mil, no va a ser igual al del año ocho mil. Entre

otros aspectos de sus características físicas, aventuramos que ya casi no tendrá cabello, su aspecto externo será de una extrema delgadez, los pies se habrán convertido en superficies planas donde apenas se esbocen lo que eran los dedos. Órganos como el timo y el bazo ya no existirán, los sentidos como el olfato y el gusto estarán en vías de atrofiarse,

la comunicación será telepática, la carne habrá desaparecido de su dieta alimentaria, los viajes al espacio exterior serán una rutina, tanto existirán ciudades en el océano como en los continentes y la conquista de otros mundos será su principal preocupación.

Insaciablemente continuará acumulando y descubriendo nuevas maravillas de la tecnología en todos los campos.

Altivo y poderoso se sentirá dueño del universo y de la vida.

Entonces será el momento que tendrá que detenerse un instante en su agitada vida, volver la mirada hacia atrás, esconder su orgullo por haber llegado a donde está y dar paso a la más profunda y sincera humildad, para recordar y tener siempre presente de dónde vino y agradecer todos los días de su vida a su ordenador, que está haciendo del hombre, su obra perfecta.

En un vehículo espacial, a millones de kilómetros de la tierra, un hombre joven aún, capitán de la nave, está frente a una pantalla gigante desde donde su esposa y sus dos hijas, dos niñas de 8 y 10 años, le observan con rostros que demuestran que la felicidad es compañera habitual de sus vidas.

- *Voy a llegar dentro de dos periodos, - le comunica a su esposa con una alegre sonrisa.*
- *Qué bueno. Te extrañamos mucho, gracias a Dios que es tu último viaje.*
- *Efectivamente, cumplí con mi misión en el satélite J-12 y me he ganado mi cambio de actividad.*
- *Qué buena noticia, papi, te quiero mucho, - le dice la menor de sus hijas.*
- *Yo también, - contesta el feliz padre.*

La conversación prosiguió por unos minutos, hasta que se despidieron.

Apagó la luz de la pantalla y sus ojos con un deslumbrante brillo, se quedaron observando el misterioso espacio infinito. Era el mismo brillo, inteligente y amoroso, que hace cientos de miles de años, nuestra madre *PELO LARGO* tenía al esperar en la puerta de su caverna, a su hijo que le traía jugosas hierbas.

FIN



FONDO
EDITORIAL
COMUNICACIONAL